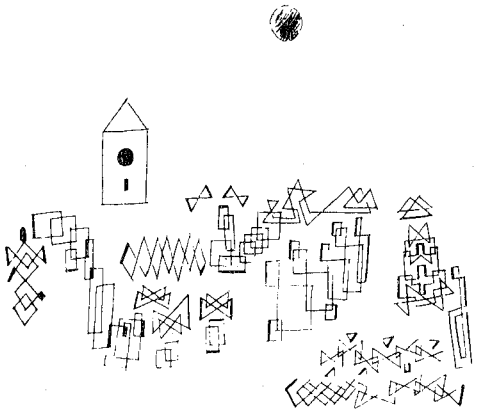
# italo calvino: marcovaldo



destinolibro 84

*Marcovaldo, o sea las estaciones en la ciudad*, se compone de veinte relatos, cada uno de ellos dedicado a una estación, por lo que el ciclo de las cuatro estaciones se repite cinco veces. Un fondo de melancolía tiñe el libro de un cabo a otro. Diríase que para el autor el esquema de las historietas cómicas ha sido sólo el punto de partida, en cuyo desarrollo se abandona a su vena lírica amarga y dolorosa. Marcovaldo, el protagonista, personaje bufo, moderno "buen salvaje", va en busca de la Naturaleza en medio de la ciudad de asfalto y cemento, pero sólo halla un caos deformado de vida artificial; sin embargo, nunca es pesimista, siempre está dispuesto a empezar de nuevo.

Italo Calvino nació en Santiago de las Vegas, cerca de La Habana, en 1923 y murió en Siena en 1985. Su infancia y juventud transcurrieron en San Remo; luego ha residido muchos años en Turín. Sus primeros cuentos, *Último viene el cuervo* y *El bosque de los animales*, muestran ya una de las principales características del estilo de Calvino: la de presentar experiencias de la vida real transfigurándolas en fantasía, como ocurre también en *Marcovaldo*.

destinolibro
84

Italo Calvino

Marcovaldo

Italo Calvino

# Marcovaldo

## o sea las estaciones en la ciudad

Ediciones Destino
Colección
Destinolibro
Volumen 84

Edición original:
*Marcovaldo ovvero le stagioni in città*
Giulio Einaudi Editore, Torino 1966
Traducido por Juan Ramón Masoliver
© Italo Calvino
© Ediciones Destino, S.A.
Consejo de Ciento, 425. 08009 Barcelona
Primera edición: mayo 1970
Primera edición en Destinolibro: abril 1980
Segunda edición en Destinolibro: noviembre 1980
Tercera edición en Destinolibro: noviembre 1985
Depósito legal: B. 36945-1985
ISBN: 84-233-1046-9
Impreso y encuadernado por
printer industria gráfica, sa.
Provenza, 388 08025 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

*Introducción seria y un tanto aburrida a un libro que no quisiera serlo, razón por la cual nuestros lectores pueden perfectamente saltárselo (aunque si algún profesor se decide a leerla encontrará las instrucciones para el uso).*

El libro *Marcovaldo o sea las estaciones en la ciudad* se compone de veinte relatos. Cada relato se dedica a una estación; el ciclo de las cuatro estaciones se repite por tanto en el libro cinco veces. Todos los relatos tienen el mismo protagonista, Marcovaldo, y presentan más o menos un esquema idéntico.

El volumen se publicó por primera vez en 1963, en Turín, por las ediciones de Einaudi, con ilustraciones de Sergio Tòfano. El texto de presentación (probablemente escrito por el autor) dice: «En medio de la ciudad de cemento y asfalto, Marcovaldo va en busca de la Naturaleza. Pero ¿existe todavía la Naturaleza? La que él encuentra es una Naturaleza desdeñosa, contrahecha, comprometida con la vida artificial. Personaje bufo y melancólico, Marcovaldo es el protagonista de una serie de fábulas modernas», que –dice más adelante la misma presentación– «se mantienen fieles a una clásica estructura narrativa: la de las historietas con tiras de ilustraciones de los periódicos infantiles».

Las características del protagonista se insinúan apenas: es un espíritu sencillo, es padre de familia numerosa, trabaja de peón o mozo en una empresa, es la última encarnación de una serie de cándidos hé-

roes pobrediablos a lo Charlot, con una particularidad: la de ser un «Hombre de la Naturaleza», un «Buen Salvaje» exiliado en la ciudad industrial. Desde qué lugar ha venido a la ciudad, cuál sea ese «altero ubi» que le pone nostálgico, no se nos dice; cabría definirlo como «inmigrado», si bien esta palabra no comparece nunca en el texto; quizá la definición resulte acaso impropia, porque todos en estos cuentos parecen «inmigrados» en un mundo extraño al que no pueden hurtarse.

La más cumplida presentación del personaje se halla en el primer relato: «Tenía este Marcovaldo un ojo poco adecuado a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por estudiados que estuvieran para atraer la atención, jamás detenían su mirada que parecía vagar por las arenas del desierto. En cambio, una hoja que amarilleara en una rama, una pluma que se enredase en una teja, nunca se le pasaban por alto: no había tábano en el lomo de un caballo, taladro de carcoma en una mesa, pellejo de higo escachado en la acera que Marcovaldo no notase, y no hiciese objeto de cavilación, descubriendo las mudanzas de las estaciones, las apetencias de su ánimo y la miseria de su existencia.»

Estas palabras pueden servir de presentación, tanto del personaje como de la situación común para todos los relatos, y que podría sintetizarse así: en medio de la gran ciudad, Marcovaldo 1) escruta la ronda



de las estaciones en los accidentes atmosféricos y en el menor signo de vida animal y vegetal, 2) sueña con el retorno a un estado de la naturaleza, 3) le espera una indefectible desilusión.

Los relatos se amoldan a ese esquema, a veces en la forma más sencilla, como de historieta ilustrada (así en los más breves: *Setas en la ciudad, El pichón municipal, La cura de avispas*, etc.), con la sorpresa de la viñeta final (mejor: con la sorpresa desagradable, puesto que se asemejan a esas historietas cómicas «sin palabras» que indefectiblemente terminan mal), mientras en otros casos se acercan al pequeño cuento amargo, casi realista (así *La fiambrera, El aire sano, Un viaje con las vacas*), para llegar a relatos en los que estado de ánimo y paisaje son preponderantes (tal la soledad del animal en *El conejo venenoso* o el extravío en la niebla de *Una equivocación de parada*).

Acaso para subrayar el carácter de fábula, los personajes de estos bosquejos de vida contemporánea –así se trate de barrenderos, vigilantes, cesantes, almaceneros– llevan siempre nombres altisonantes, medievales, casi de héroes de poema caballeresco, a partir del propio protagonista. Sólo los de los niños son nombres corrientes, tal vez porque sólo ellos aparecen tal cual son, y no como figuras caricaturescas.

La ciudad nunca se nombra: por algunos aspectos podría ser Milán, en otros (el río, las colinas) se puede reconocer Turín (ciudad donde el autor ha pasado gran parte de su vida). Semejante indetermina-

ción la ha querido el autor para significar que no es *una* ciudad, sino *la* ciudad, cualquier metrópoli industrial, en abstracto y típica, como abstractas y típicas son las historias contadas.

Todavía más indeterminada es la firma, la empresa en que trabaja Marcovaldo: no conseguiremos saber qué se fabrica, qué es lo que venden, bajo la misteriosa sigla «Sbav», ni qué contengan los cajones y cajas que Marcovaldo carga y descarga ocho horas al día. Es la firma, la empresa, símbolo de todas las firmas, las empresas, las sociedades anónimas, las marcas de fábrica que imperan sobre las personas y sobre las cosas de nuestro tiempo.

En contraste con la sencillez casi infantil de la trama de cada relato, el talante estilístico se cifra en alternar un tono poético-entrañado, casi precioso (al que tiende la frase en particular cuando apunta a hechos de la naturaleza), y el contrapunto prosaico-irónico de la vida urbana contemporánea, de las pequeñas y grandes miserias de la vida. Diremos incluso que el espíritu del libro reside esencialmente en este contrapunto estilístico: no está ausente ni siquiera en los cuentos de trama más elemental y breve, concentrado acaso en la primera frase, que asume la función de introducir el tema estacional («El viento, viniendo de sabe dónde a la ciudad, le trae regalos inesperados, de los que tan sólo se aperciben algunas almas sensibles, como las sujetas a la fiebre del heno, a las cuales hace estornudar el polen de flores de otras tierras»). En cambio en otros relatos, si bien la trama no va más allá de la consabida tira de viñetas, cada detalle da pie a un pasaje elaborado con esmero estilístico (por ejemplo, en *De unas vacaciones en banco*, la contraposición entre el color de la luna y el del semáforo que parpadea amarillo). Se llega así a las narraciones en donde la elaboración de la prosa se corresponde con la casi tan elaborada invención de relato, como la multicolor visión final de *La lluvia y las hojas*, o, resultado todavía más complejo, el comienzo de *El jardín de los gatos obstinados*, donde vemos a la ciudad de las especulaciones de la construcción tragarse la «ciudad de los gatos» que constituía el verdadero espacio vital también para los hombres.

Un fondo de melancolía tiñe al libro de un cabo al otro. Diríase que para el autor el esquema de las historietas cómicas haya sido sólo un punto de partida, en el desarrollo del cual se abandona a su vena lírica amarga y dolorosa. Pero Marcovaldo, pese a todos los reveses, no es nunca pesimista; está siempre dispuesto a descubrir, en medio del mundo que le es hostil, el portillo hacia un mundo a su medida; no se rinde jamás, está siempre dispuesto a empezar de nuevo. Verdad es que el libro no invita a mecerse en una actitud de superficial optimismo: el hombre contemporáneo ha perdido la armonía entre él y el medio en que vive, y la superación de tamaña discordancia es un cometido arduo, pues las esperanzas demasiado fáciles e idílicas quedan siempre en ilusorias. Pero la actitud

que aquí domina es la de la obstinación, de la no-resignación.

Estamos con ello en condiciones de definir mejor la posición de este libro frente al mundo que nos circunda. ¿Será la nostalgia, el duelo por un idílico mundo perdido? Una lectura con esta clave, común a buena porción de la literatura contemporánea que condena la inhumanidad de la «civilización industrial» en nombre de un complacerse en el pasado, sin duda es la más fácil. Pero si observamos más atentamente, veremos que la crítica de la «civilización industrial» se acompaña aquí de una crítica no menos decidida de todo sueño de «paraíso perdido». El idilio «industrial» es denunciado al par del idilio «campestre»: no sólo no es posible una «vuelta atrás» en la historia, sino que ese mismo «atrás» nunca ha existido, es pura ilusión. El amor de Marcovaldo a la Naturaleza es el que puede darse únicamente en un hombre de ciudad: por esto nada podemos saber en orden a su procedencia extraciudadana; este extraño a la ciudad es el ciudadano por excelencia.

En esta mirada al mundo tan crítica para con las situaciones y las cosas pero tan llena de simpatía hacia la persona humana, hacia las manifestaciones todas de la vida, reside, pues, la lección del libro, si «lección» podemos decir de una vena didascálica tan discreta, sencilla, nunca perentoria, abierta siempre a varias opciones, como es la del autor.

El libro está escrito en el curso de diez años: los primeros cuentos son de 1952, de 1963 los últimos.



El desenvolvimiento de la realidad social italiana entre ambas fechas y las correspondientes mudanzas en la atmósfera literaria acompañan la historia interna del libro, por más que en el mismo no haya nunca referencias directas a la actualidad (entiéndase en el sentido más general; por ejemplo, la polémica contra los productos alimenticios adulterados se traduce en el percance de *Donde es más azul el río*).

Una humanidad encarada con los problemas más elementales de la lucha por la existencia fue el tema del «neorrealismo» literario y cinematográfico en los años de indigencia y tensión de la posguerra. Las historietas de Marcovaldo comienzan cuando la oleada «neorrealista» presenta barruntos de reflujo: los temas que novelas y películas de la posguerra habían ilustrado ampliamente, así la vida de la pobre gente que no sabe qué echar a la olla para comida y cena, corren el peligro de convertirse en lugares comunes de la literatura, aunque en la realidad sigan siendo sobradamente actuales. El autor ensaya entonces este tipo de fábula moderna, de divagación comico-menlancólica al margen del «neorrealismo». Poco a poco, la atmósfera del país se transforma: a la imagen de una Italia pobre y «subdesarrollada» se contrapone la de una Italia que está alcanzando, siquiera en parte, el nivel de desarrollo técnico y de posibilidades de trabajo y de consumo de los países más ricos; nace la euforia (y la ilusión) del «milagro económico», del «boom», de la «sociedad opulenta». Igualmente en la literatura otros son los temas de

actualidad: no se denuncia ya tanto la miseria cuanto un mundo en donde todos los valores tórnanse mercancías que vender o comprar, en que se está a pique de perder el sentido de la diferencia entre las cosas y los seres humanos, y todo se mide en términos de producción y consumo. Las fábulas ironicomelancólicas de Marcovaldo marginarán, ahora, esa «literatura sociológica». La corrida de Marcovaldo y familia, siempre sin un cuarto, a través del supermercado atestado de artículos, da la imagen simbólica de dicha situación.

Un elemento siempre presente en la vida moderna, cual es la publicidad, de un relato a otro cambia en su relación con la familia de Marcovaldo: en los gélidos inviernos de la posguerra los niños toman los cartelones de anuncio por árboles de un bosque (*El bosque de la autopista*); la porfía entre dos marcas cuyo único prestigio reside en poner más anuncios luminosos que las demás, la confunden los moradores de la buhardilla con las mudanzas del firmamento (*Luna y Gnac*); y ved cómo (*Humo, viento y pompas de jabón*) las «campañas de lanzamiento» de los detergentes, a base de muestras gratuitas, invaden toda la ciudad de espuma iridiscente, que al final se amalgama con las nubes fumosas de las chimeneas.

Publicidad, frenesí por el «consumo», relaciones de interés disfrazadas de «relaciones humanas»: ¿a qué se reduce, en un mundo semejante, la fiesta de Navidad? En el último relato del libro (*Los hijos de Papá Noel*), una imaginaria «Unión Incremento Ventas Navideñas» lanza la campaña pro «Regalo Destructor».

Mas apenas el cuento cobra un significado, se compone en un apólogo, el autor se echa a un lado, en el modo elusivo que le caracteriza (convencido de que los significados reales de una historieta no son sino los que el lector acierta a encontrarle por su cuenta, mediante la reflexión), y se apresura a recordarnos que no ha sido más que un juego. Así en el final del último relato, con una disolución de imágenes frecuente en los libros del autor, el minucioso dibujo grotesco resulta estar inserto en otro dibujo, un dibujo de nieve y animales como de libro para niños, que después se transforma en dibujo abstracto y, al final, en página blanca.

¿Libro para niños? ¿Libro para jóvenes? ¿Libro para mayores? Hemos visto cómo estos planos se enlazan de continuo. ¿O más bien un libro en que el autor, a través del filtro de unas estructuras narrativas sencillísimas, expresa su propia relación, perpleja e interrogante, con el mundo? Tal vez esto también. Mas al presentar este libro para las escuelas, queremos brindar a la juventud una lectura en que los temas de la vida contemporánea son tratados con espíritu punzante, sin indulgencias retóricas, invitando en todo momento a la reflexión.

Primavera

## 1. *Setas en la ciudad*

El viento, viniendo de sabe dónde a la ciudad, le trae regalos inesperados, de los que tan sólo se aperciben algunas almas sensibles, como las sujetas a la fiebre del heno, a las cuales hace estornudar el polen de flores de otras tierras.

Un día, a la tira de tierra de un paseo ciudadano llegó, a saber cómo, una ráfaga de esporas, y se formaron hongos. Nadie se dio cuenta salvo el peón Marcovaldo, que precisamente allí tomaba cada mañana el tranvía.

Tenía este Marcovaldo un ojo poco adecuado a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por estudiados que estuvieran para atraer la atención, jamás detenían su mirada que parecía vagar por las arenas del desierto. En cambio una hoja que amarilleara en una rama, una pluma que se enredase en una teja, nunca se le pasaban por alto: no había tábano en el lomo de un caballo, taladro de carcoma en una mesa, pellejo de higo escachado en la acera que Marcovaldo no notase, y no hiciese objeto de cavilación, descubriendo las mudanzas de las estaciones, las apetencias de su ánimo y la miseria de su existencia.

Así fue que una mañana, esperando el tranvía que le llevaba a la compañía Sbav donde servía como



mozo, notó una cosa insólita cerca de la parada, en la tira de tierra estéril y costrosa que sigue el arbolado del paseo: de vez en cuando, al pie de los árboles parecía que se formaban chichones, alguno de los cuales se abría y dejaba asomar redondeados cuerpos subterráneos.

Se agachó a atarse los zapatos y miró con atención: ¡eran hongos, verdaderas setas, que estaban brotando precisamente en plena ciudad! A Marcovaldo pareció que el mundo gris y mísero que le circundaba se hiciese de pronto pródigo en riquezas ocultas, y que de la vida aún se pudiera esperar algo, además del salario-base, la contingencia, el subsidio familiar y el plus de carestía de vida.

Durante el trabajo estuvo más distraído que de costumbre; no se le quitaba del pensamiento que mientras él permanecía allí descargando paquetes y cajones, en la oscuridad de la tierra los hongos silenciosos, lentos, que sólo él conocía, iban madurando su pulpa porosa, asimilaban jugos subterráneos, rompían la costra de los terrones. «Bastaría con que lloviera una noche –se dijo–, y ya estarían a punto.» Y no veía la hora de hacer partícipes del descubrimiento a su mujer y a los seis hijos.

–¡Una cosa os diré! –anunció durante el menguado almuerzo–. ¡Antes de una semana comeremos setas! ¡Un buen plato de ellas! ¡Os lo aseguro!

Y a los hijos más pequeños, que ni sabían qué fueran las setas, explicó con auténtico transporte la hermosura de sus muchas especies, la delicadeza de su

sabor, y cómo había que cocinarlas; tanto, que interesó en el debate a su esposa Domitilla, que hasta entonces se había mostrado más bien incrédula y distraída.

–¿Y dónde andan esas setas? –preguntaron los chicos– ¡Dinos dónde crecen!

A cuya pregunta el entusiasmo de Marcovaldo se vio frenado por un razonamiento receloso: «Suponte que se lo explique, ellos van a buscarlas con la consabida banda de arrapiezos, se corre la voz en el barrio, ¡y las setas acaban en las cazuelas de los demás!» De modo, que un hallazgo que al momento le había embargado de amor universal el pecho, ahora le llevaba al frenesí de la posesión, le envolvía en un temor celoso y desconfiado.

–El lugar de las setas me lo sé yo, y sólo yo –dijo a los vástagos–, y ¡ay de vosotros si se os escapa ni una palabra!

A la mañana siguiente, Marcovaldo, conforme se aproximaba a la parada del tranvía, estaba lleno de aprensión. Inclinándose sobre el lugar respiró al ver los hongos algo crecidos, aunque no mucho, todavía casi enteramente ocultos por la tierra.

Seguía en esa posición, cuando se dio cuenta de que había alguien a su espalda. Se enderezó de golpe y trató de adoptar un aire indiferente. Era un barrendero que no le quitaba ojo, apoyado en su escobón.

El tal barrendero, en cuya jurisdicción se hallaban los hongos, era un joven cuatro ojos y alto como una pértiga. Se llamaba Amadigi, y a Marcovaldo siempre le resultó antipático, tal vez por culpa de aquellas gafas que escrutaban el asfalto de las calles en busca del menor vestigio natural para borrarlo a escobazos.



Era sábado y Marcovaldo pasó la media jornada libre rondando con fingida indiferencia aquel lugar, acechando de lejos al barrendero y los hongos, y echando la cuenta del tiempo que a éstos faltaba para estar en sazón.

Aquella noche llovió: como los campesinos tras meses de sequía se despabilan y saltan de júbilo al susurro de las primeras gotas, así Marcovaldo, único en toda la ciudad, se incorporó en la cama, llamó a los suyos. «Aquí está la lluvia, aquí está la lluvia», y aspiraba el olor a polvo mojado y moho fresco que llegaba de la calle.

Al amanecer –era domingo–, en unión de los niños, con un cesto que le prestaron, corrió escapado a los árboles. Allí estaban las setas, tiesas sobre su pie, con los sombreritos bien levantados sobre la tierra aún rezumante de agua. –¡Viva!– y se lanzaron a cosecharlas.

–¡Papá, mira ese señor cuántas se lleva! –dijo Michelino, y el padre levantando la cabeza vio, en pie junto a ellos, a Amadigi, también él cargado con un cesto lleno de hongos.

–Ah, ¿también ustedes las buscan? –soltó el barrendero–. ¿De modo que se pueden comer? Yo me he hecho con unas cuantas, pero no me acababa de fiar... Ahí abajo, en la avenida, las hay todavía más grandes... Bien, ahora que lo sé, voy a avisar a mis pa-

rientes que están allí discutiendo si es cosa de llevárselas o no... –y se alejó a buen paso.

Marcovaldo no pudo articular palabra: setas todavía más gordas, y que él no se hubiera dado cuenta, una cosecha que ni soñada, y se las llevaban tan ricamente, en sus propias narices. Por un momento se sintió como petrificado de ira, de rabia; luego –según sucede a veces– los vapores de aquellas pasiones individuales se transformaron en un arranque generoso. A aquellas horas, mucha gente estaba esperando el tranvía, con el paraguas colgado del brazo, porque el tiempo seguía húmedo e inseguro.

–¡Eh, vosotros! ¿Os queréis comer un buen plato de setas esta noche? –gritó Marcovaldo a la gente agolpada en la parada–. ¡Se han hecho setas aquí, en el paseo! ¡Venid conmigo! ¡Hay para todos! –y salió en pos de Amadigi, seguido por un nutrido cortejo.

Todavía hallaron setas para todos y, a falta de cestos, las ponían en los paraguas abiertos. Alguien propuso: –¡No estaría mal que hiciéramos una comida todos juntos!– Sin embargo, cada cual se quedó con sus setas y se marchó a su propia casa.

Pero pronto se volvieron a ver; es más, aquella noche, en la misma sala del hospital, después del lavado gástrico que a todos ellos salvó del envenenamiento; nada grave, porque la cantidad de hongos que comió cada cual fue bastante poca.

Marcovaldo y Amadigi tenían próximas las camas y se miraban de mal ojo.

Verano

## 2. *De unas vacaciones en banco*

Cada mañana al dirigirse a su trabajo, Marcovaldo pasaba bajo el verdor de una plaza arbolada, un cuadro de jardín público recortado en medio de cuatro calles. Alzaba la vista a las ramas de los castaños de Indias, donde eran más tupidas y sólo dejaban asaetear dorados rayos en la sombra transparente de linfa, y escuchaba la algazara de los pájaros desentonados e invisibles entre el ramaje. A él se le antojaban ruiseñores; y se decía: «¡Oh, quien pudiera despertar alguna vez al gorjeo de los pájaros y no a son de despertador y al chillido del nene Paolino y el maldecir de mi mujer Domitilla!», o bien: «¡Oh, si pudiera dormir aquí, solo en mitad de este verdor fresco y no en mi cuarto bajo y caluroso; aquí en el silencio, no entre ronquidos y el hablar en sueños de toda la familia y los tranvías que pasan allá, en la calle; aquí en la oscuridad natural de la noche, no en esa artificial de las persianas echadas, rayada por el reverbero de las farolas; oh, que pudiera yo ver hojas y cielo al abrir los ojos!» Con semejantes pensamientos, a diario emprendía Marcovaldo su jornada de ocho horas –más los extraordinarios– de peón no calificado.

Había, en una esquina de la plaza, bajo una bóveda de castaños de Indias, un banco apartado y medio escondido. Y Marcovaldo ya le había echado el ojo. En

aquellas noches de estío, cuando en la habitación donde dormían cinco no lograba conciliar el sueño, anhelaba el banco como quien, sin techo donde cobijarse, pueda soñar la cama de un palacio. Una noche, a la chita callando, mientras roncaba la mujer y los chicos coceaban en sueños, saltó de la cama, se vistió, se puso bajo el brazo su almohada, salió y tomó el camino de la plaza.

Allá estaban el fresco y la paz. Saboreaba de antemano el contacto de aquellas tablas de una madera –seguro estaba– muelle y acogedora, preferible, de todas todas, al machucado colchón de su cama; se quedaría mirando un minuto a las estrellas y los ojos se le cerrarían en un sueño reparador de tantos atropellos de la jornada.

Fresco y paz allá estaban, pero no libre el banco. Lo ocupaban dos novios mirándose a los ojos. Marcovaldo, discreto, se retiró. «Es tarde –pensó–, ¡no van a pasarse la noche al sereno! ¡Ya acabará el zureo!»

Pero aquellos dos no estaban zureando: se peleaban. Y tratándose de dos enamorados, una pelea nunca se puede decir a qué hora acabará.

Decía él: –¿Pero tú no vas a admitir que, diciendo lo que has dicho, sabías que me dabas un disgusto, y no gusto como aparentabas creer?

Marcovaldo comprendió que había para rato.

–No, no lo admito –respondió ella, y Marcovaldo ya se lo suponía.

–¿Por qué no lo admites?



–No lo admitiré jamás.

«Ay», pensó Marcovaldo. Con su almohada bajo el brazo, marchó a dar una vuelta. Se fue a contemplar la luna, que aparecía llena, grande sobre árboles y tejados. Regresó hacia el banco, rodeándolo desde lejos por no estorbarles, aunque en el fondo esperando que se sintieran molestos y se decidiesen a largarse. Pero estaban demasiado entregados a la discusión para darse cuenta de él.

–¿Lo admites, sí o no?

–¡No, no, no lo admito en absoluto!

–¿Pero admitiendo que lo admitieras?

–¡Admitiendo que lo admitiera, no admitiría lo que intentas hacer que admita!

Marcovaldo volvió a mirar para la luna, luego se fue a mirar un semáforo que quedaba poco más allá. El semáforo señalaba amarillo, amarillo, amarillo, sin parar de encenderse y volverse a encender. Marcovaldo cotejó la luna y el semáforo. La luna con su palidez misteriosa, amarilla también, pero más bien verde y algo azul, y el semáforo con aquel amarillejo vulgar. Y la luna, tan serena, irradiando su luz sin prisas, veteada de vez en cuando por sutiles restos de nubes, que ella con majestad dejaba caer a su espalda; y el semáforo entretanto sin acabar con su enciende y apaga, enciende y apaga afanoso, falsamente vivaz, aburrido y esclavo.

Regresó para ver si la muchacha había admitido: ni hablar, no admitía, es más, no era ya ella la que no admitía, sino él. La situación estaba enteramente

cambiada, y era ella la que decía a él: –Bueno, ¿lo admites? –y él que nones. Así pasó media hora. Por fin él admitió, o ella, la cuestión es que Marcovaldo les vio incorporarse y marchar cogidos de la mano.

Corrió al banco, se dejó caer en él, pero la verdad, tras tanta espera, algo de aquella delicia que esperaba encontrar ya no estaba en condiciones de sentirla, e incluso la cama de su casa no la recordaba ya tan dura. Mas se trataba de minucias, y su intención de gozarse aquella noche seguía invariable: hundió la cara en la almohada y se aprestó al sueño, a un sueño como hacía mucho tiempo ya no tenía por costumbre.

Ahora acababa de encontrar la posición más cómoda. No estaba dispuesto a cambiarla ni un milímetro por nada del mundo. Lástima sólo que permaneciendo así, su mirada no abarcara una perspectiva de árboles y cielo estrictamente, de modo que el sueño le cerrara los ojos ante una visión de absoluta serenidad natural, sino que frente a él se sucedían, en escorzo, un árbol, la espada de un general desde lo alto de su monumento, otro árbol, un tablón de ordenanzas municipales, un tercer árbol, y detrás, algo más lejos, aquella falsa luna intermitente del semáforo que seguía desgranando su amarillo, amarillo, amarillo.

Conviene advertir que en los últimos tiempos Marcovaldo tenía un sistema nervioso en tan malas condiciones que, pese a sentirse derrengado, bastaba la menor cosa, bastaba con que se le metiera en la ca



beza que algo le estaba molestando, y ya no se dormía. Y ahora le estaba molestando aquel semáforo que se encendía y se apagaba. Era allá abajo, lejos, un ojo amarillo que parpadeaba, solitario: no había por qué prestarle atención. Pero Marcovaldo debía tener un buen agotamiento nervioso: no quitaba ojo a aquel enciende y apaga y se repetía: «¡Lo bien que dormiría si no estuviera ese trasto! ¡Lo bien que iba a dormir!» Cerraba los ojos y le parecía sentir bajo los párpados el enciende y apaga de aquel botarate amarillo, guiñaba un ojo u otro y veía decenas de semáforos; los abría otra vez, y vuelta a empezar.

Se levantó. Había que colocar una pantalla entre él y el semáforo. Se llegó al monumento del general y miró en torno. Al pie del monumento había una corona de laurel, basante recia, pero ya seca y medio despampanada, montada sobre varillas, con una gran cinta descolorida: «*Los lanceros del Decimoquinto en el Aniversario de la Gloria.*» Marcovaldo trepó por el pedestal, izó la corona, la pinchó en el sable del general.

El guardián nocturno Tornaquinci efectuando su ronda cruzaba la plaza en bicicleta; Marcovaldo se disimuló detrás de la estatua. Tornaquinci había visto en el suelo moverse la sombra del monumento: se detuvo receloso. Escrutó aquella corona en el sable, echó de ver que era algo que no estaba en su sitio, mas no acertaba a saber qué. Dirigió allí arriba la luz de una linterna con reflector, dele-

treó: *Los Lanceros del Decimoquinto en el Aniversario de la Gloria*», cabeceó en signo de aprobación y se fue.

Para darle tiempo a alejarse, Marcovaldo volvió a dar la vuelta a la plaza. En una calle próxima, una brigada de obreros estaba arreglando una aguja de los raíles del tranvía. De noche, en las calles desiertas, esos grupitos de hombres tumbados en el resplandor de los soldadores autógenos, y sus voces que resuenan y al momento se cortan, adquieren un aire secreto como de gente que prepara algo que los habitantes diurnos no deberán saber jamás. Marcovaldo se aproximó, estuvo mirando la llama, los gestos de los operarios, con una atención un tanto embarazada y unos ojos que el sueño iba achicando. Se sacó de paquete un pitillo, para mantenerse despierto, pero no llevaba cerillas. –¿Quién me da lumbre? –pidió a los obreros–. ¿Con esto? –dijo el hombre de la llama oxhídrica, echando un vuelo de chispas.

Otro operario se levantó, tendiéndole el cigarro encendido.

–¿También usted hace la noche?

–No, hago el día –dijo Marcovaldo.

–¿Y qué hace en pie a estas horas? Nosotros, dentro de nada desmontamos.

Volvió a su banco. Se tumbó. Ahora el semáforo quedaba fuera de su vista; podía dormirse, por fin.

No se había dado cuenta del ruido, antes. Ahora aquel zumbido, como un oscuro soplo aspirante y a la vez como una carraspera interminable, y también



una crepitación, le llenaba los oídos. No hay sonido que atosigue más que el de ese soldador, una especie de grito en voz queda. Marcovaldo, sin osar moverse, acurrucado como estaba en el banco, apretado el rostro contra la maltrecha almohada, no veía escape, y el estridor le continuaba evocando la escena iluminada por la llama gris que salpicaba en derredor chispas de oro, los hombres agazapados con el vidrio ahumado ante la cara, la pistola del soldador en la mano agitada por un temblor rápido, el halo de sombra en torno al carrillo de las herramientas, al alto castillete que llegaba a los cables. Abrió los ojos, se dio vuelta en el banco, miró las estrellas entre las ramas. Insensibles, los pájaros continuaban durmiendo allá arriba en el follaje.

Adormecerse como un pájaro, tener un ala bajo la cual descansar la cabeza, un mundo de frondas suspendidas sobre el mundo terrestre, que apenas se adivina allá arriba, amortiguado y remoto. Se pone uno a no aceptar su propio estado presente y ya vete a saber adónde llegas: ahora Marcovaldo para dormirse hubiera necesitado algo que ni él mismo acertara a determinar, ni siquiera un auténtico silencio podía ya bastarle, antes bien algo como un leve aliento que cruza la espesura, o un murmullo de agua que brota y se pierde en un prado.

Le rondaba una idea por el magín, y se levantó. No precisamente una idea, pues medio atontado por el sueño que le rezumaba por todos los poros, no desplegaba a modo pensamiento alguno; pero sí una es-

pecie de recuerdo de que por allá en torno hubiera alguna cosa relacionada con la idea del agua, con su correr cantarín y sumiso.

En efecto, había una fuente, allí cerca, ilustre obra de escultura y de hidráulica, con ninfas, faunos, deidades fluviales que trenzaban surtidores, cascadas y juegos de agua. Salvo que estaba enjuta: de noche, en verano, dada la menor disponibilidad del acueducto, la paraban. Marcovaldo dio la vuelta en torno, poco menos que como sonámbulo; más que por razonamiento sabía por instinto que una fuente debe tener un grifo. Quien tiene ojos encuentra lo que busca, incluso con los ojos cerrados. Abrió el grifo: de las caracolas, de las barbas, de los ollares de los caballos se alzaron altos chorros, las fingidas breñas se velaron con mantos centelleantes, y aquella hermosura de agua sonaba como el órgano de un coro en la vasta plaza vacía, con toda la gama de zumbidos y chapoteos que puede hacer el agua. El guardián nocturno Tornaquinci, que volvía a pasar en bicicleta afanándose a pasar los comprobantes bajo las puertas, al ver estallar de pronto ante sus ojos la fontana como un líquido fuego de artificio, por poco no cayó de sillín.

Marcovaldo, tratando de abrir los ojos lo menos posible, para no dejarse escapar la pizca de sueño que le parecía haber atrapado, corrió a tumbarse otra vez en el banco. Pues sí, se sentía ahora como en el borde de un torrente, con el bosque sobre él, sí, dormía.

Soñó con una cena, el plato estaba tapado con



para que no se enfriara la pitanza. Lo destapó y había una rata muerta, que hedía. Miró en el plato de su mujer: otra carroña de rata. Frente a los chicos, otros ratones, más pequeños pero también medio podridos. Destapó la sopera y vio un gato con las tripas al aire, y el tufo lo despertó.

A poca distancia estaba el camión de la limpieza urbana que pasa de noche a vaciar los tanques de basura. Distinguía, a la media luz de las farolas, la grúa que graznaba a trompicones, las sombras de los hombres tiesos en lo alto de la montaña de barreduras, que guiaban con la mano el recipente colgado de la polea, lo vaciaban en el camión, lo apretaban a palazos, con voces broncas y quebradas como los tirones de la grúa: –Alza... Suelta... Maldita sea... –y ciertos topetazos metálicos como opacos gongs, y el acelerón del motor, lento, para detenerse poco más allá y volver a empezar la maniobra.

Pero el sueño de Marcovaldo se hallaba ya en una zona en que los ruidos no le alcanzaban, y aún éstos, con ser tan desmañados y chirriantes, quedaban como envueltos en un halo esponjoso de amortiguamiento, acaso por la consistencia misma de la basura estibada en el furgón; en cambio, lo que le mantenía en vilo era el hedor, el tufo avivado por una intolerable idea de hedor, en virtud de la cual los propios ruidos, esos ruidos amortiguados y remotos, y la imagen a contraluz del camión con la grúa no llegaban a su mente como ruido y vista sino tan sólo como hedor. Y Marcovaldo desvariaba, siguiendo en vano

con la fantasía de sus narices la fragancia de una ro-
saleda.

El guardián nocturno Tornaquinci sintió su frente
bañada en sudor al entrever una sombra humana co-
rriendo a gatas por un arriate, para arrancar rabiosa-
mente unas francesillas y desaparecer. Mas pensó si
se trataría de un perro, de evidente competencia de
los laceros, o de una alucinación, de competencia del
médico alienista, o de un licántropo, de competencia
no sabía de quién, pero no suya, a ser posible, y dio
media vuelta.

Entretanto, Marcovaldo, de vuelta a su yacija
apretaba contra su nariz el convulso pomo de fran
cesillas, intentando colmar el olfato con su perfume
aunque poco podía extraer de aquellas flores ca
inodoras; pero la sola fragancia de rocío, tierra
hierba estrujada constituía ya un gran bálsam
Ahuyentó la obsesión de la basura y se durmió. Era
alba.

El despertar fue un improviso abrirse el cielo lle
de sol sobre su cabeza, un sol que parecía haber b
rrado el follaje y lo restituía a la vista semiciega, po
a poco. Pero Marcovaldo no podía remolonear p
que un escalofrío le puso en pie de un salto: la
ciada de una manguera, con que los jardineros mu
cipales riegan los arriates, le hacía correr helado
regatos por la ropa. Y en torno a él armaban bulla
tranvías, los camiones del mercado, los carretone
mano, las furgonetas; y los obreros con sus velo
tores corrían a las fábricas y los cierres metálicos



las tiendas subían de golpe, y las ventanas de las casas arrollaban las persianas, y los vidrios centelleaban. Con los ojos y boca empegotados, entontecido, la espalda de una pieza y un costado molido, Marcovaldo se apresuraba hacia el trabajo.

## 3. *El pichón municipal*

Los itinerarios que las aves siguen en sus migraciones, hacia el sur o hacia el norte, en otoño o en primavera, rara vez atraviesan la ciudad. Las bandadas hienden el cielo altas sobre los estriados lomos de los campos y a lo largo del lindero de los bosques, y ora parecen seguir la ondulante línea de un río, o el surco de un valle, ora los invisibles caminos del viento. Pero cambian el rumbo en cuanto las cadenas de techos de una ciudad se les ponen delante.

Sin embargo, en cierta ocasión un vuelo de becadas otoñales apareció en la tajada de cielo de una calle. Y lo advirtió sólo Marcovaldo, pues no en vano andaba siempre con la cabeza a pájaros. Iba en un triciclo de reparto, y al ver las aves pedaleó más recio, como si fuera acosándolas, ganado por una fantasía de cazador, si bien es cierto que jamás se había echado a la cara más fusil que el del servicio militar.

Y andando de esa suerte, puestos los ojos en las aves que volaban, se encontró en mitad de un cruce, con el semáforo rojo, entre los coches, y faltó el canto de un duro que no le atropellaran. Mientras un guardia, de púrpura cara, le tomaba nombre y dirección, Marcovaldo siguió buscando con la mirada aquellas alas en el cielo, pero habían desaparecido.



En la empresa, la multa le valió agrios reproches.

–¿Ni siquiera los semáforos entiendes? –le chilló el jefe de sección, el señor Viligelmo–. ¿Pero qué estabas mirando, cabeza de chorlito?

–Una banda de becadas, es lo que miraba... –dijo el otro.

–¿Cómo; –y al señor Viligelmo, que era un provecto cazador, le brillaron los ojos. Y Marcovaldo se explicó.

–¡El sábado salgo con perro y escopeta! –dijo el jefe de sección, sintiéndose joven, sin acordarse más del rapapolvo–. Ha comenzado ya el paso, allá en las colinas. Sin duda se trataba de una banda ahuyentada por los cazadores, que ha ladeado hacia la ciudad...

Durante el resto del día el cerebro de Marcovaldo estuvo dale que dale como un molino. «Si el sábado, como es probable, hay pleno de cazadores en las colinas, no serán pocas las becadas que bajarán a la ciudad; y si me doy maña, el domingo como becada asada.»

La casa de vecindad en que vivía Marcovaldo era de las que terminan en azotea, con alambres para tender la ropa. Marcovaldo subió a la misma en unión de tres de sus hijos, con un bidón de liga, un pincel y un saco de maíz. Mientras los chicos esparcían por doquier el maíz, él untaba de liga el antepecho, los alambres, la caperuza de las chimeneas. Tanto la prodigó que Filippetto, jugando, casi se queda enganchado.

Aquella noche Marcovaldo soñó con una azotea cubierta de becadas presas en el pegamiento. Su mujer, Domitilla, más voraz que comodona, soñó ánades asados en lo alto de las chimeneas. La hija, Isolina, romántica ella, soñaba colibrís para adornarse el sombrerito. Michelino soñó que encontraría una cigüeña.

Al día siguiente, uno u otro de los niños subía de inspección al terrado: atisbaba furtivamente desde el tragaluz, que si estaban a punto de posarse no se fueran a espantar, y se volvía abajo a dar la novedad. Las noticias no acababan de ser buenas. Hasta que, al filo de mediodía, Pietruccio bajó gritando: –¡Ya están! ¡Papá! ¡Sube!

Marcovaldo voló arriba con un saco. Atascado en el visco estaba un pobre pichón, uno de esos grises palomos ciudadanos, acostumbrados al gentío y al bullicio de las plazas. Revoloteando a su alrededor otros pichones lo contemplaban tristemente, mientras él intentaba despegar las alas de aquel légamo en que tan torpemente se había posado.

La familia de Marcovaldo estaba mondando los huesecillos de aquel flaco y estropajoso pichón asado, cuando llamaron a la puerta.

Era la camamera de la dueña de la casa: –¡La señora quiere hablar con usted! ¡Venga en seguida!

Preocupado con razón, pues debía seis meses de alquiler y se temía el desahucio, Marcovaldo subió al apartamento de la propietaria, en la planta noble.



Nada más entrar en el salón vio que había ya una visita: el guardia de la cara bermeja.

–Venga acá, Marcovaldo –dijo la señora–. Me han llamado la atención con que en nuestra azotea alguien se dedica a cazar las palomas del municipio. ¿Sabe algo de eso, usted?

Marcovaldo se sentía una helera en todo el cuerpo.

–¡Señora! ¡Señora! –gritó en aquel momento una voz de mujer.

–¿Qué sucede, Guendalina?

Entró la lavandera. –He subido a tender al terrado, y se me queda empegotada toda la ropa. ¡Venga a estirar para soltarla, pero se rasga! ¡Toda echada a perder! ¿Por qué será?

Marcovaldo se pasaba una mano sobre el estómago como si le costara digerir.

Invierno

## 4. *La ciudad perdida en la nieve*

Aquella mañana lo despertó el silencio. Marcovaldo saltó de la cama con la sensación de que algo extraño había en el aire. No acertaba a calcular la hora, pues la luz entre las tablillas de la persiana no recordaba la de ninguna hora del día o de la noche. Abrió la ventana: de la ciudad ni rastro, había sido sustituida por una hoja en blanco. Aguzando la mirada distinguió, entre tanto blanco, algunas líneas casi borradas que correspondían a las de la vista habitual: las ventanas y los tejados y farolas de los alrededores, pero perdidas bajo la enormidad de nieve que les había caído encima durante la noche.

–¡Nieve! –gritó Marcovaldo a su mujer, es decir intentó gritar, porque la voz le salió embotada. Al igual que sobre líneas y colores y perspectivas, la nieve había caído sobre los ruidos, incluso sobre la posibilidad misma de hacer ruido; los sonidos, en aquel espacio acolchado, no vibraban.

Se dirigió a pie al trabajo; los tranvías no circulaban a causa de la nieve. Por el camino, abriendo él mismo su pista, se sintió libre como en ningún otro momento. En las calles de la ciudad cualquier diferencia entre acera y arroyo había desaparecido, vehículos no iban a transitar, y Marcovaldo, si bien se hundía hasta media pierna a cada paso que daba, no



tando cómo la nieve se le metía por los calcetines, era muy dueño de andar por el centro de la calle, de pisar los arriates, de cruzar fuera de las líneas prescritas, de avanzar en zigzag.

Las calles y avenidas se abrían inmensas y desiertas como blancos desfiladeros entre montañas a pico. La ciudad escondida bajo aquel manto, ¿sería la de siempre o acaso, durante la noche, la habrían cambiado por otra? ¿Quién sabe si bajo aquellos montículos blancos se hallaban todavía los postes de gasolina, los quioscos, las paradas del tranvía o si no eran más que sacos y más sacos de nieve? Anda que te anda, Marcovaldo soñaba que se perdía en una ciudad distinta: pero sus pasos le conducían precisamente al lugar de su trabajo cotidiano, al almacén de costumbre, y, no más cruzar el umbral, el peón se sorprendió al verse de nuevo entre aquellas paredes siempre iguales, como si la mudanza que había anulado a todo el mundo exterior hubiese respetado tan sólo a su empresa.

Lo que allí le esperaba era una pala, más alta que él. El jefe de almacén, el señor Viligelmo, tendiéndosela, dijo: –Quitar la nieve en la acera frente a la empresa corre de cuenta nuestra, es decir tuya. –Marcovaldo empuñó la pala y volvió a salir.

Quitar la nieve a paladas no es cosa de juego, en particular para quien anda ligero de estómago, pero Marcovaldo veía en la nieve una amiga, un elemento que anulaba la jaula de paredes en que estaba presa su vida. Y se puso con ahínco a la tarea, haciendo volar

grandes paladas de nieve desde la acera al centro de la calle.

También el parado Sigismondo estaba más que agradecido a la nieve, porque habiéndose apuntado aquella mañana entre los paleadores municipales, se le ofrecía finalmente la perspectiva de unos cuantos días de trabajo asegurado. Pero este sentimiento suyo, contrariamente a las vagas fantasías de Marcovaldo, se traducía en cálculos muy precisos de cuántos metros cúbicos de nieve había de remover para desembarazar tantos metros cuadrados; aspiraba, en una palabra, a quedar bien ante el capataz; y –su secreta ambición– a hacer carrera.

Sigismondo se da vuelta, ¿y qué es lo que ve? El trozo de arroyo recién despejado volvía a cubrirse de nieve con las paladas sin orden ni concierto de un tipo que se afanaba en la acera inmediata. Casi le dio un síncope. Corrió a plantarle cara, poniéndole su pala llena de nieve contra el pecho. –¡Alto, tú! ¿No serás el que lanzas allá la nieve?

–¿Eh? ¿Cómo? –se sobresaltó Marcovaldo, pero ya admitía–: Ah, tal vez sí.

–Bien, o te la recoges al momento con tu palita o te la hago comer hasta el último copo.

–Pero yo tengo que limpiar la acera.

–Y yo la calle, ¿y qué más?

–¿Dónde la pongo?

–¿Eres del Ayuntamiento?

–No. De la sociedad Sbav.

Sigismondo le enseñó a amontonar la nieve en el



bordillo y Marcovaldo le volvió a limpiar aquel trecho. Satisfechos, con las palas plantadas en la nieve, se detuvieron a contemplar el trabajo realizado.

–¿Tienes alguna colilla? –pidió Sigismondo.

Estaban encendiendo el cigarrillo que se habían partido, cuando un coche quitanieves recorrió la calle alzando dos grandes olas blancas que volvía a caer a los lados. Cualquier ruido aquella mañana era apenas un susurro: cuando ambos levantaron la vista, todo lo que llevaban limpiado estaba otra vez cubierto de nieve. –¿Qué sucede aquí? ¿Ha vuelto a nevar? –y alzaron los ojos al cielo. La máquina, sin parar sus escobones, ya estaba doblando la bocacalle.

Marcovaldo aprendió a amontonar la nieve formando un murete compacto. Si seguía haciendo murete de esos, se podría abrir calles para él solo, calles que condujeran donde sabía sólo él, y en las que los demás se extraviarían. Rehacer la ciudad, apilar montañas como casas, que nadie sería capaz de distinguir de las casas de veras. Si es que a estas horas todas las casas no se habían convertido en nieve, por dentro y por fuera; toda una ciudad de nieve con los monumentos y los campanarios y los árboles, una ciudad que se podía deshacer a palazos y volverla a hacer de otro modo.

Junto a la acera, en un determinado punto, había un montón de nieve bastante considerable. Marcovaldo se disponía ya a nivelarlo a la altura de sus muretes, cuando advirtió que se trataba de un automóvil: el lujoso coche del presidente del consejo de

administración, comendador Alboino, enteramente cubierto de nieve. En vista de que la diferencia entre un auto y un montón de nieve era tan escasa, Marcovaldo, con su pala, se puso a modelar la forma de un coche. Le salió bien: la verdad es que entre ambos no había modo de saber cuál fuera el verdadero. Para dar los últimos toques a su obra, Marcovaldo se valió de algunas cosillas que se le venían a la pala: un bote mohoso caía que ni pintado para modelar la forma de un faro; con un cacho de grifo la portezuela tuvo su tirador.

Hubo un general desgorrarse por parte de los porteros, ordenanzas y repartidores, y el presidente, comendador Alboino, salió del portón. Miope y eficiente, arrancó decidido a llegar al momento a su automóvil, empuñó el grifo que sobresalía, tiró, bajó la cabeza y se metió hasta el cuello en el montón de nieve.

Marcovaldo había doblado la esquina y estaba dando paladas en el patio.

Los chicos del patio habían hecho un monigote de nieve. –¡Le falta la nariz! –dijo uno de ellos. ¿Qué le ponemos? ¡Una zanahoria! –y corrieron a sus respectivas cocinas a buscar entre las legumbres.

Marcovaldo contemplaba el hombre de nieve. «De modo que, bajo la nieve, no se distingue lo que sea de nieve y lo que sólo esté cubierto. Salvo en un caso: el hombre, pues está claro que yo soy yo y no eso de ahí.»

Absorto en sus meditaciones, ni se dio cuenta de



que, desde el tejado, dos hombres gritaban: –¡Eh, don usted, échese a un lado! –Eran los que limpiaban de nieve las tejas. Y de pronto, una carga de tres quintales de nieve se le vino exactamente encima.

Los chiquillos regresaban con su botín de zahanorias. –¡Oh! ¡Han hecho otro hombre de nieve! –En mitad del patio había dos monigotes idénticos, próximos.

–¡Les pondremos nariz a los dos! –y hundieron sendas zanahorias en las cabezas de los dos hombres de nieve.

Marcovaldo, más muerto que vivo, notó, a través de la envoltura que lo tenía sepultado y hecho un sorbete, que le llegaba comida. Y masticó.

–¡Virgen Santa! ¡La zanahoria ha desaparecido! –Los chicos se asustaron de veras.

El más valiente no se amilanó. Tenía una nariz de recambio: un pimiento; y se la colocó al hombre de nieve. El hombre de nieve la engulló como la anterior.

Entonces probaron con un trozo de carbón, de esos en forma de bastoncito. Marcovaldo lo escupió con todas sus fuerzas. –¡Socorro! ¡Está vivo! ¡Está vivo! –Los chiquillos salieron de estampía.

En un rincón del patio había una reja por la que salía una nube de vapor. Marcovaldo, con torpe paso de hombre de nieve, hacia allá se encaminó. La nieve se disolvió a escape, corría en cien riachuelos por su ropa: reapareció un Marcovaldo tumefacto y embotado por un resfriado colosal.

Tiró de pala, sobre todo para calentarse, y se puso a trabajar en el patio. Tenía un estornudo que se había detenido en lo alto de la nariz, voy, no voy, y no se decidía a salir. Marcovaldo daba a la pala, los ojos cerrados a medias, y el estornudo seguía encaramado en lo alto de la nariz. De pronto: el «¡Aaaaa...» fue casi un movimiento sísmico, y el «...chússs!» más recio que el estallido de una mina. A causa del desplazamiento de aire, Marcovaldo fue a botar contra la pared.

Vaya con el desplazamiento: era una auténtica tromba de aire lo que el estornudo había provocado. Toda la nieve del patio se levantó en un remolino como de tormenta, y aspirada desde arriba se pulverizó en el cielo.

Cuando Marcovaldo pudo abrir los ojos después de su desvanecimiento, el patio estaba enteramente expedito, sin el menor copo de nieve. Y a los ojos de Marcovaldo volvía a presentarse el patio de siempre, sus paredes grises, los cajones del almacén, las cosas de cada día esquinadas y hostiles.

## Primavera

### 1. *La cura de avispas*

El invierno se fue y dejó en pos de sí los dolores reumáticos. Un ligero sol meridiano acudía a alegrar las jornadas, y Marcovaldo permanecía alguna hora contemplando el despuntar de las hojas, sentado en un banco, en espera de la vuelta al trabajo. Junto a él solía sentarse un vejete, engibado en su gabán que era un puro remiendo: tratábase de cierto señor Rizieri, jubilado y solo en el mundo, asiduo él también de los bancos soleados. De vez en cuando ese señor Rizieri daba un respingo, exclamaba –¡Ay! –y se engibaba todavía más en su gabán. Estaba cargado de reumatismos, de artritis, de lumbagos, que pescaba en el invierno húmedo y frío y le seguían acompañando el resto del año. Para consolarle, Marcovaldo le contaba las diversas fases de los reumatismos suyos, y los de su mujer y de su hija mayor Isolina, que, la pobrecilla, no subía demasiado sana.

Marcovaldo llevaba cada día la comida en un paquete de papel de periódico; sentado en el banco lo desenvolvía y pasaba el trozo de machucado diario al señor Rizieri, quien tendía impaciente la mano, diciendo: –Veamos qué noticias trae –y lo leía con no disminuido interés, aunque datara de dos años.

De ese modo topó un día con un artículo sobre el sistema de curar el reuma con el veneno de las abejas.

–Será con la miel –dijo Marcovaldo, siempre pro
penso al optimismo.

–No –objetó Rizieri–, con el veneno, dice aquí
con el del aguijón –y le leyó algunos pasajes. Depar
tieron largo rato en torno a las abejas, sus virtudes y
sobre cuánto podría costar aquella cura.

A partir de entonces, al transitar por los paseos
Marcovaldo aguzaba las orejas al menor zumbido
seguía con la vista a cualquier insecto que le volar
en torno. Así, observando los giros de una avispa d
considerable abdomen listado de negro y amarillo
vio que se metía por la oquedad de un árbol y que po
allí salían otras avispas: un jaleo, un ir y venir qu
anunciaban la presencia de todo un avispero dentr
del tronco. Marcovaldo se aprestó, sin perder mo
mento, a la caza. Tenía un bote de cristal, todavía co
dos dedos de mermelada. Lo depositó, destapad
junto al árbol. De allí a poco una avispa le andab
zumbando en torno, y entró, atraída por el olor azu
carado; Marcovaldo se apresuró a tapar el bote co
un trozo de papel.

Y al señor Rizieri, en cuanto le vio, pudo soltarl
–¡Ea, ea, ahora mismo le pongo la inyección! –mos
trándole el tarro con la enfurecida avispa prisionera

El vejete estaba indeciso, pero Marcovaldo po
nada del mundo se avenía a aplazar el experimento;
insistía en hacerlo allí mismo, en su banco: ni s
quiera hacía falta que el paciente se desnudase. Co
temor aliado a la esperanza, el señor Rizieri levant
un faldón del abrigo, de la chaqueta, de la camisa,



abriéndose paso entre las agujereadas prendas de punto destapó la parte de los lomos que le dolía. Marcovaldo aplicó en la misma la boca del frasco y quitó de un estirón el papel que hacía de tapadera. Al principio nada sucedió; la avispa permanecía quieta: ¿se habría dormido? Marcovaldo, para despertarla, dio un manotazo en el fondo del bote. Exactamente el golpe necesario: el insecto salió como una flecha y clavó el aguijón en los lomos del señor Rizieri. El vejete soltó un alarido, se incorporó de un salto y echó a andar como un soldado a paso de desfile, frotándose el lugar del pinchazo y desgranando una serie de confusas imprecaciones.

Marcovaldo estaba más que satisfecho, jamás el vejete se viera tan erguido y marcial. Pero un guardia se había parado allí cerca, y miraba con cara de asombro; Marcovaldo tomó a Rizieri del brazo y se alejó silbando.

De regreso a casa llevaba otra avispa en el bote. Convencer a su mujer de que se dejara pinchar no fue empresa de poca monta, mas al fin lo consiguió. Y durante un buen rato, Domitilla se quejó sólo, algo es algo, del escozor de la avispa.

Marcovaldo se dedicó a capturar avispas a troche y moche. Puso la inyección a Isolina por segunda vez a Domitilla, pues únicamente una cura sistemática procuraría alivio. A continuación se decidió a hacerse punzar también. Los niños, ya sabemos cómo son, decían: «–Yo también, yo también»–, pero Mar-

covaldo prefirió dotarles de tarros y encaminarlos a la captura de más avispas para proveer al consumo cotidiano.

El señor Rizieri vino a casa en su busca; le acompañaba otro vejete, el caballero Ulrico, que arrastraba la pierna y quería empezar de inmediato la cura.

Se corrió la voz; Marcovaldo ya trabajaba en serie, tenía siempre su media docena de avispas de reserva, cada una en su bote de cristal, dispuestas en una mesilla. Aplicaba el tarro en la espalda del paciente como si fuera una jeringuilla, estiraba la tapa de papel, y después del picotazo de la avispa frotaba con un algodón empapado de alcohol, con la soltura de mano de un médico provecto. Su casa constaba de una sola habitación, en que dormía toda la familia; la dividieron con un biombo improvisado, parte de acá la sala de espera, del otro lado el gabinete. En la sala de espera, la mujer de Marcovaldo acomodaba a los clientes y recibía los honorarios. Los chicos tomaban los tarros vacíos y corrían para el avispero a hacer provisión. A veces alguna avispa les picaba, pero no les caba casi ganas de llorar, porque ya sabían que era bueno para la salud.

Aquel año los reumatismos culebreaban entre la población como los tentáculos de un pulpo; la cura de Marcovaldo cobró mucho cartel; y el sábado por la tarde se vio su menguado desván invadido por un pequeño tropel de hombres y mujeres afligidos, quién apretándose con una mano la espalda o el costado, unos con aspecto astroso de mendigos, otros



con aire de personas acomodadas, atraídos todos por la novedad de aquel remedio.

–Aprisa –dijo Marcovaldo a sus tres hijos varones–, tomad los botes y a ver si atrapáis el mayor número de avispas posibles. –Los muchachos allá se fueron.

Era un día de sol, infinidad de avispas zurriaban por el paseo. Los muchachos solían darles caza a cierta distancia del árbol en que se hallaba el avispero, dedicándose a los insectos aislados. Pero Michelino aquel día, por acabar antes y agarrar más, se puso a cazar precisamente alrededor de la entrada del avispero. –Así es como se hace –decía a sus hermanos, e intentaba atrapar una avispa poniéndole encima el tarro en cuanto se posaba. Pero la otra escapaba cada vez y volvía a posarse más y más cerca del avispero. Se hallaba ya en el propio borde de la cavidad del tronco, y Michelino se disponía a ponerle el frasco encima cuando advirtió que otras dos avispas gordas se lanzaban contra él como si quisieran picarle en la cabeza. Se hizo a un lado, pero sintió la puñalada de los aguijones y, gritando de dolor, soltó el bote. Pero al instante, la aprensión por lo que acaba de hacer le borró el dolor: el tarro había caído dentro de la boca del avispero. Ya no se oía el más leve zumbido, no volvió a salir ninguna avispa; Michelino, sin fuerzas siquiera para gritar, retrocedió un paso, cuando del avispero brotó de súbito una nube negra, espesa, con un zumbido ensordecedor; ¡era la totalidad de las avispas que avanzaban en furioso jabardillo!

Los hermanos oyeron que Michelino lanzaba un alarido y le vieron salir por pies como jamás había corrido en toda su vida. Parecía movido a vapor, a tal punto la nube que arrastraba consigo recordaba el humo de una chimenea.

¿Adónde escapa un niño a quien persiguen? ¡Corre para casa! Así lo hizo Michelino.

Los transéuntes no llegaban a percatarse de lo que pudiera ser aquella aparición, mitad nube y mitad ser humano, disparada por las calles con un retumbo acompañado de zumbido.

Marcovaldo estaba diciendo a sus pacientes: –Tened paciencia, al momento llegan las avispas –cuando la puerta se abrió y el jabardillo invadió la pieza. No vieron siquiera a Michelino que corría a sumergir la cabeza en un barreño de agua: toda la habitación se llenó de avispas y los pacientes se abrazaban en el vano instante de sacudírselas, y los reumáticos hacían prodigios de agilidad y los miembros tullidos se soltaban en movimientos furiosos.

Acudieron los bomberos y después la Cruz Roja. Tendido en su catre del hospital, irreconocible de tan hinchado por las picaduras, Marcovaldo no se atrevía a corresponder a las imprecaciones que, de los demás catres de la sala, le lanzaban sus clientes.

## Verano

### 6. *Un sábado de sol, arena y sueño*

Para su reuma –le había dicho el médico de la Mutua–, este verano le convienen buenos baños de arena. –Y Marcovaldo, un sábado por la tarde, exploraba las orillas del río en busca de un sitio de arena enjuta y soleada. Pero donde había arena, el río era un interminable graznar de cadenas mohosas; dragas y grúas estaban en pleno trabajo: máquinas viejas como dinosaurios que excavaban dentro del río y vaciaban enormes cucharadas de arena en los camiones de las empresas de construcción apostados entre los sauces. La ringla de pozales de las dragas subían de pie y bajaban volcados, y las grúas alzaban en su largo cuello un bocio de pelícano que destilaba gotas del negro lodo del fondo. Marcovaldo se encorvaba tentando la arena, la estrujaba entre los dedos; estaba húmeda, puro barro, un lodazal: incluso donde al sol se formaba en la superficie una costra seca y desmenuzable, un centímetro más abajo estaba todavía mojada.

Los chicos de Marcovaldo, que el padre había llevado consigo en la idea de encargarles que le cubrieran de arena, no cabían en la piel con las ganas de darse un baño.

–¡Papá, papá, nos zambullimos! ¡Nadaremos en el río!

–¿Estáis locos? ¡Mirad el cartel «Peligrosísimo ba
ñarse»! ¡Se ahoga uno, cae al fondo como una piedra
–Y explicaba que, donde el lecho del río ha sido ex
cavado con las dragas, se forman embudos qu
atraen la corriente formando remolinos.

–¡El remolino, enséñanos el remolino! –A los chi
cos, la palabra sonaba alegremente.

–No se ve: te agarra de un pie, mientras nadas, y t
arrastra para abajo.

–Y eso de ahí, ¿por qué no se hunde? ¿Qué es? ¿Un
pez?

–No, es un gato muerto –explicaba Marcovaldo–
Flota porque tiene la tripa llena de aire.

–El remolino, al gato, ¿lo agarra de la cola? –pre
guntó Michelino.

El declive de la orilla herbosa se ensanchaba en de
terminado lugar, formando una plazoleta casi llana
en la que habían colocado un gran cedazo. Dos indi
viduos estaban procediendo a cribar un montón de
arena a palazos, y a palazos también la cargaban des
pués en una barcaza negra y baja, una especie de cha
lana, que flotaba allí cerca amarrada a un sauce. Los
dos hombres barbudos estaban trabajando bajo
aquel solazo sin soltar el sombrero y la chaqueta,
prendas hechas un pingo, y con pantalones que ter
minaban en harapos sobre las rodillas, dejando al
aire pierna y pie.

En aquella arena puesta a secar días y días, fina, li
berada de escorias, clara como arena del mar, reco
noció Marcovaldo la que buscaba. Pero la había des



cubierto demasiado tarde: ya la estaban amonto
nando en la barcaza para llevársela...

No, todavía no: los de la arena, una vez colocada
la carga, echaron mano a una frasca de vino, y luego
de pasársela un par de veces y haber bebido a cho
rro, se tumbaron a la sombra de los chopos para de
jar pasar la hora de más calor.

«¡Mientras estén ahí durmiendo, bien puedo ten
derme en su arena y darme el baño!» Pensó Marco
valdo, y a los niños, en voz baja, ordenó:

–¡Aprisa, ayudadme!

Saltó a la barcaza, se quitó la camisa, pantalón y
zapatos, y se metió bajo la arena. –¡Tapadme, con la
pala –dijo a sus hijos–. ¡No, la cabeza no; la necesito
para respirar y ha de quedar fuera! ¡Todo lo demás!

Para los chiquillos era como cuando se hacen
construcciones de arena. –¿Jugamos con los moldes?
¡No, un castillo con sus almenas! ¡Ni hablar: haga
mos un campo para canicas!

–¡Largo de aquí! –bufó Marcovaldo, bajo su sar
cófago de arena–. Mejor dicho: antes ponedme un
gorro de papel sobre la frente y los ojos. Y luego
saltáis a la orilla y os vais a jugar más lejos, no sea
cosa que se despierten los hombres y me echen de
aquí.

–Te podemos hacer navegar por el río tirando de
la soga de la barcaza desde la orilla –propuso Filip
petto, y ya tenía soltada a medias la amarra.

Marcovaldo, inmovilizado, torcía la boca y ojos
para reñirles. –¡Si no os largáis en seguida y me obli

gáis a salir de aquí debajo, os azoto con la pala! –Los chicos escaparon corriendo.

El sol dardeaba, la arena ardía, y Marcovaldo chorreando sudor bajo el gorrito de papel experimentaba, pese al sufrimiento de estar allí inmóvil cociéndose, la sensación placentera que dan las curas fastidiosas o las medicinas desagradables, cuando uno piensa: cuanto peor te sabe, es señal de que sienta bien.

Se adormiló, acunado por la corriente ligera que ora tensaba, ora aflojaba la amarra. Tensar y aflojar, el nudo, que antes Filippeto había aflojado a medias, se deshizo del todo. Y la chalana cargada de arena discurrió libre por el río.

Era la hora más calurosa de la tarde; todo dormía: el hombre sepultado en la arena, las pérgolas de los embarcaderos, los desiertos puentes, las casas que despuntaban con sus cerradas persianas por encima de los malecones. El río bajaba escaso, pero la barcaza, empujada por la corriente, evitaba las islillas de lodo que afloraban de vez en cuando, o bastaba una ligera sacudida en su panza para que volviera a ponerse al filo del agua más profunda.

A una de esas sacudidas, Marcovaldo abrió los ojos. Vio el cielo cargado de sol, cruzado por las nubes bajas del verano. «Cómo corren –pensó, de las nubes–. ¡Y eso que no hay una pizca de viento!» Y luego vio hilos de la electricidad que corrían también como las nubes. Volvió a un lado la mirada, lo poco que le permitiera el quintal de arena que tenía en



cima. La ribera derecha quedaba lejos, verde, y corría; la izquierda era gris, lejana, y en fuga también. Comprendió que se hallaba en medio del río, de viaje; nadie le respondía: estaba solo, sepultado en una barcaza de arena a la deriva sin timón ni remos. Sabía que hubiera debido levantarse, intentar acercarse a la orilla, pedir auxilio; pero al mismo tiempo la consideración de que el baño de arena requería una inmovilidad completa, se imponía a todo lo demás, le hacía sentirse obligado a permanecer allí lo más quieto posible, por no perder ni un solo instante precioso para su cura.

En aquel momento vio el puente; y por las estatuas y farolas que adornaban el pretil, por las espaciosas arcadas que invadían el cielo lo reconoció: jamás imaginó que llegara tan allá. Y mientras entraba en la opaca región de sombra que las bóvedas dejaban bajo sí, se acordó de la rápida. A un centenar de metros, pasado el puente, el lecho del río tenía un salto; la barcaza se iría cascada abajo volcando, y a él le sumergirían la arena, el agua, la chalana, sin la menor esperanza de salir vivo. Pero todavía, en aquel momento, su mayor desazón eran los benéficos efectos del baño de arena que se perderían en un instante.

Esperaba el batacazo. Y llegó: pero fue un batacazo de abajo para arriba. En el borde del salto, en plena estación de estiaje, se habían amontonado bancos de lodo, incluso enverdecidos, tal cual vez, con gráciles pies de cañas y juncos. La barcaza quedó allí encallada con todo su chato fondo, desplazando

bruscamente el cargamento de arena y al hombre se pultado en ésta. Marcovaldo se sintió lanzado al aire como por una catapulta, y en el mismo momento vio el río allá abajo. Es decir: no lo vio en absoluto, pues vio sólo el tropel de gente que tapaba el río.

Los sábados por la tarde, una multitud de bañistas se agolpaban en aquel trecho del río, donde el agua baja llegaba apenas al ombligo, enteros colegios de niños chapoteando a placer, y mujeres gordas, y caballeros que hacían el muerto, y muchachas en «bikini», y fatuos que se exhibían luchando, y colchonetas hinchadas, pelotones, salvavidas, neumáticos, barcas de remos, barcas con pagaya, barcas con bayona, canoas de goma, lanchas con motor, botes del servicio de salvamento, yolas de los clubs de remo, pescadores con red, pescadores de caña, ancianas de sombrilla, señoritas con pamela, y perros y más perros, de los falderos a los sanbernardos, de modo que no se veía un sólo centímetro de agua en todo el río. Y Marcovaldo, volando, no sabía si le tocaría caer en una colchoneta de goma o entre los brazos de alguna matrona junónica, pero de una cosa estaba seguro: que ni una sola gota de agua podía salpicarle.

## Otoño

### 7. *La fiambrera*

Las delicias de ese recipiente redondo y plano llamado «fiambrera» dependen en primer lugar del hecho de tener la tapa bien ajustada. Ya con el movimiento para desenroscar la tapadera se le hace a uno la boca agua, en especial si no sabe todavía lo que viene dentro, porque, por ejemplo, es su mujer quien le prepara la pitanza cada mañana. Destapada la fiambrera, aparece allí apretado el condumio: embutido y lentejas, o huevos duros y remolacha, cuando no polenta con bacalao, bien ajustado todo en aquel redondel como los continentes y mares en un mapa, y aunque la cantidad sea poca da la impresión de algo sustancioso y compacto. La tapa, una vez desenroscada, sirve de plato, de modo que resultan dos recipientes y puedes proceder a clasificar el contenido.

El peón Marcovaldo, en cuanto destapa la fiambrera y aspira ávidamente su aroma, ataca con los cubiertos que lleva siempre consigo, en la faldriquera, en un atadijo, desde que a mediodía come de fiambrera en vez de volver a casa. Los primeros toques de tenedor sirven para despertar un poco las entumecidas viandas, para dar el relieve y atractivo de un plato recién sacado a la mesa a esos manjares allí engurruñidos hace tantas horas. Entonces se empieza a ver que hay poca cosa, y uno piensa: «Conviene comerla

despacio», pero ya se ha llevado a la boca, rapidísi
mos y famélicos, los primeros viajes del tenedor.

El primer sabor es la tristeza de comer frío, pero
momento renacen los goces, conforme se descubre
los sabores de la mesa familiar, transportados a u
escenario insólito. Marcovaldo se dedica ahora
masticar lentamente: está sentado en un banco de u
paseo próximo al lugar donde trabaja; puesto que s
casa queda lejos y para volver a mediodía allá pierd
en tiempo y en billetes tranviarios, se lleva la comid
en la fiambrera, comprada adrede, y come al aire li
bre, viendo a la gente pasar, y luego bebe en un
fuente. Si es en otoño y luce el sol, escoge los sitio
donde llegue algún rayo; las hojas rojas y lustrosa
que caen de los árboles le sirven de servilleta; las pie
les del salchichón son para los perros callejeros qu
no tardan en hacérsele amigos; y las migajas de pa
las aprovecharán los pájaros, en un momento qu
por el paseo no transite nadie.

Piensa mientras come: «¿Por qué será que el sabo
de los guisos de mi mujer me gusta encontrarlo aquí
y en cambio en casa, entre las peleas, los llantos, la
deudas que son el tema de toda conversación, no
consigo apreciarlo?» Y al momento se le ocurre
«Ahora me acuerdo, esto son las sobras de la cena d
anoche.» Y vuelve a ganarle el descontento, acas
porque le toca comer sobras, frías y una miaja ran
cias, tal vez porque el aluminio de la fiambrera da u
sabor metálico a los alimentos, pero el pensamient
que le ronda el magín es: «Está visto que pensar en



Domitilla me estropea incluso las comidas que hago lejos de ella.»

En éstas, se apercibe de que está casi terminado, y otra vez le parece que el plato sea algún manjar muy apetitoso y raro, y come con entusiasmo y devoción los últimos restos del fondo de la fiambrera, los que más saben a metal. Luego, contemplando el recipiente vacío y pringoso, le invade otra vez la tristeza.

Entonces envuelve y se mete todo en al faldriquera, se levanta, es todavía temprano para volver al trabajo, en el amplio bolsillo del chaquetón los cubiertos tocan el tambor contra la fiambrera vacía. Marcovaldo va a una taberna y se hace servir un vaso hasta el borde; o entra en un café y se bebe una tacita; echa un vistazo a las pastas de la vitrina, a las cajas de caramelos y de guirlache, se persuade de que no es verdad que le apetezcan, de que precisamente no hay nada de nada que le apetezca, mira un momento el futbolín para convencerse de que quiere engañar el tiempo, no el apetito. Sale a la calle. Los tranvías otra vez pasan repletos, se va haciendo hora de volver al trabajo; y hacia allá se encamina.

En una ocasión su mujer compró, a saber por qué, una cantidad grande de salchichas. Y durante tres noches Marcovaldo no vio otra cena que salchichas y nabos. Ahora bien, las salchichas debían de ser de perro; de sólo olerlas perdía el apetito. En cuanto a los nabos, esa hortaliza pálida y desangelada era el único vegetal que Marcovaldo nunca había podido sufrir.

A mediodía, vuelta a empezar: su salchicha con

nabo allí, helada y grasienta, en la fiambrera. Desm
moriado como de costumbre, desenroscaba siempre
tapa con curiosidad y glotonería, sin acordarse de
que comió la vigilia para cenar, y cada día era la mism
desilusión. Al cuarto día, al primer golpe de tenedor o
fateó una vez más, se levantó del banco y, con la fiam
brera abierta, echó distraídamente paseo adelante. L
transeúntes veían a un hombre que paseaba tenedor e
mano y en la otra una cazuela de salchichas, y no par
cía decidido a llevarse a la boca el primer bocado.

Desde una ventana un niño llamó: «¡Eh, t
hombre!»

Marcovaldo alzó la vista. En el entresuelo de u
lujosa quinta había un niño de codos en el antep
cho, y posado en éste un plato.

–¡Eh, tú, hombre! ¿Qué comes?

–¡Salchicha y nabos!

–¡Dichoso tú! –dijo el niño.

–Vaya... –contestó Marcovaldo, vagamente.

–Y aquí teniéndome que comer sesos fritos...

Marcovaldo miró el plato del antepecho. Había u
frito de sesos mórbido y rizoso como un cúmulo
nubes. Las aletas de la nariz le vibraron.

–Y pues ¿qué no te gustan los sesos...? –preguntó
niño.

–No, me tienen aquí encerrado en castigo de
quererlos comer. Pero los tiraré por la ventana.

–¿Y la salchicha te gusta...?

–Oh, sí, parece una bicha... En casa nunca nos
ponen...



–Entonces tú dame tu plato y yo te doy el mío.

–¡Viva! –El niño no cabía en sí de gozo. Alargó al hombre su plato de porcelana con un tenedor de plata lleno de adornos, y el hombre le dio la fiambrera con el tenedor de estaño.

Así se pusieron a comer ambos a una: el niño en el antepecho y Marcovaldo sentado en un banco allá enfrente, los dos relamiéndose y pensando que en su vida habían probado manjar tan exquisito.

Cuando, de pronto, detrás del niño comparece una institutriz con los brazos en jarras.

–¡Señorito! ¡Válgame Dios! ¿Qué está comiendo?

–¡Salchicha! –responde el niño.

–¿Y quién se la ha dado?

–Ese señor de ahí –e indicó a Marcovaldo que interrumpió su lenta y diligente masticación de un bocado de seso.

–¡Escúpala! ¡Qué estoy oyendo! ¡Escúpala!

–Pero está buena...

–¿Y su plato? ¿El tenedor?

–Lo tiene el señor –e indicó otra vez a Marcovaldo, quien mantenía el tenedor en alto con un trozo mordido de seso.

La otra empezó a gritar: –¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Los cubiertos!

Marcovaldo se incorporó, echó una breve mirada al frito dejado a mitad, se acercó a la ventana, depositó en el antepecho plato y tenedor, miró a la institutriz con desdén, y se retiró. Oyó la fiambrera rodando por la acera, el llanto del niño, el portazo de la

ventana cerrada con furia. Se agachó a recoger fiam
brera y tapa. Estaban algo abollados; la tapa no en
roscaba bien. Se los echó a la faldriquera y salió pa
el trabajo.

Invierno

## 8. *El bosque de la autopista*

El frío tiene mil formas y mil maneras de moverse por el mundo: por el mar corre como una manada de caballos, a los campos se arroja como una nube de langosta, en las ciudades como una hoja de cuchillo corta las calles y se mete por las rendijas de las casas sin calefacción. En casa de Marcovaldo aquella noche habían terminado hasta la última astilla, y la familia, abrigada hasta los ojos, veía en la estufa empalidecer las brasas, y de sus bocas brotar las nubecillas a cada respiro. Nada decían ya; las nubecillas hablaban por ellos: la mujer las producía largas como suspiros, los hijos las soltaban absortos como pompas de jabón y Marcovaldo las lanzaba al techo a golpes como relámpagos de genio que al momento se disipan.

Finalmente Marcovaldo se decidió: –Voy por leña; a lo mejor encuentro. –Se embutió cuatro o cinco periódicos entre chaqueta y camisa como coraza contra un mal aire, disimuló bajo el gabán una larga sierra dentada, y así se lanzó a la noche, seguido por largas miradas esperanzadas de la familia, produciendo crujidos de papel a cada paso y con la sierra asomando de vez en cuando por el embozo.

Andar por leña en la ciudad: ¡casi nada! Marcovaldo se dirigió inmediatamente hacia un cacho de

jardín público que había entre dos calles. Todo e
taba desierto. Marcovaldo estudiaba las desnud
plantas una a una pensando en la familia que
aguardaba entre castañeteo de dientes...

El pequeño Michelino castañeteaba los diente
leía un libro de cuentos, tomado en préstamo de
bibliotequilla de la escuela. El libro hablaba de
niño, hijo de un leñador, que salía con su hachuela
hacer leña en el bosque. –Ahí es donde hay que
–dijo Michelino–, ¡al bosque! ¡Allá sí hay leña! –N
cido y crecido en la ciudad, en su vida había visto
bosque ni de lejos.

Dicho y hecho, lo combinó con sus hermanos: un
tomó una destral, otro un gancho, el tercero u
cuerda, dijeron adiós a su madre y partieron en bus
de un bosque.

Caminaban por la ciudad alumbrada por las far
las, y no veían más que casas: lo que es bosques, ni
sombra. Se cruzaban con algún raro transeúnte, m
no se atrevían a preguntarle dónde había un bosqu
Así llegaron donde se acababan las casas de la ciud
y la calle se convertía en autopista.

A ambos lados de la autopista los chiquillos vier
el bosque: una tupida vegetación de extraños árbol
cubría la vista de la llanura. Tenían troncos muy
nos, tiesos o torcidos; y copas chatas y extendid
con las más extrañas formas y más extraños color
cuando algún auto al pasar las iluminaba con los
ros. Ramas en forma de dentífrico, de rostro,
queso, de mano, de navaja, de botella, de vaca,



neumático, cubiertas con un follaje de letras del alfabeto.

–¡Viva! –soltó Michelino–, ¡aquí está el bosque!

Y los hermanos miraban embelesados a la luna despuntando entre aquellas extrañas sombras:

–Qué bonito es...

Michelino los devolvió de pronto al objeto que les llevó allá: la leña. En consecuencia abatieron un arbolillo que tenía forma de prímula amarilla, lo hicieron pedazos y se lo llevaron para casa.

Marcovaldo regresaba con su menguada carga de ramas húmedas, y se encontró con la estufa encendida.

–¿Dónde la habéis encontrado? –exclamó señalando los restos del cartel publicitario que, por tratarse de madera contraplacada, había ardido muy aprisa.

–¡En el bosque! –respondieron los niños.

–¿Y qué bosque?

–El de la autopista. ¡Está hasta arriba!

En vista de que la cosa era tan sencilla, y que otra vez hacía falta leña, más valía seguir el ejemplo de los chicos. Marcovaldo volvió a salir con su sierra y se encaminó hacia la autopista.

El agente Astolfo de la policía de carretera era algo corto de vista, y de noche, cuando cumplía corriendo en moto su servicio, la verdad es que necesitaba gafas; pero no lo decía, por miedo a que pudiera perjudicarle en su carrera.

Esta noche alguien ha denunciado que en la auto-

pista una banda de pilluelos está derribando los ca
teles de anuncio. El agente Astolfo sale de in
pección.

A los lados de la carretera, la selva de extrañas f
guras admonitorias y gesticulantes acompaña a A
tolfo, quien las escruta una a una, saliéndosele de l
órbitas los ojos miopes. De pronto, a la luz del fa
de la moto, sorprende a un granujilla encaramado
un cartel. Astolfo frena: –¡Eh!, ¿qué haces ahí, t
¡Bájate al momento! –El otro no se mueve y le saca
lengua. Astolfo se acerca y ve que se trata del anu
cio de unos quesitos, con un mofletudo que se rel
me–. Vaya, vaya –dice Astolfo, y parte a todo ga

Al rato, en la sombra de un cartel enorme, ilumin
una triste cara asustada. –¡Alto ahí! ¡No intentes e
capar! –Pero nadie se escapa: es un dolorido rost
humano pintado en mitad de un pie todo lleno de c
llos: el anuncio de un callicida–. Oh, perdón –di
Astolfo, y sale zumbando.

El cartel de un sello contra la jaqueca era una g
gantesca cabeza de hombre, con las manos sobre l
ojos por tanto dolor. Astolfo pasa, y el faro ilumina
Marcovaldo subido en todo lo alto, que con su sier
intenta cortarle un cacho. Deslumbrado por aque
claridad, Marcovaldo se hace un rebullo y perm
nece inmóvil, agarrado a una oreja de semejante c
bezudo, con la sierra que ha llegado ya a mitad de
frente.

Astolfo lo estudia a fondo, dice: –¡Ah, sí: sell
Destapa! ¡Un cartel eficaz! ¡Bien ideado! ¡El hom



brecillo allá arriba con su sierra representa la jaqueca
que parte la cabeza en dos! ¡Al momento lo he enten-
dido! –Y prosigue satisfecho su camino.

Todo es silencio y hielo. Marcovaldo lanza un sus-
piro de alivio, se afianza en el incómodo caballete y
reanuda su tarea. En el cielo iluminado por la luna se
propaga el apagado graznar de la sierra contra la
madera.

## 9. *El aire sano*

–Estos chicos –dijo el médico de la Mutua–, co
vendría que respiraran un poco de aire bueno,
cierta altura, que corrieran por los prados...

Se hallaba entre las camas del semisótano don
moraba la pobre familia, y aplicaba el estetoscop
contra la espalda de la pequeña Teresa, entre las p
letillas frágiles como las alas de un pajarillo de nid
Las camas eran dos y los cuatro niños, enfermos l
cuatro, asomaban apenas a la cabeza y a los pies
las mismas, con las mejillas acaloradas y los ojos b
llantes.

–¿Por prados comos el arriate de la plaza? –pr
guntó Michelino.

–¿Una altura como el rascacielos? –empalmó E
lippetto.

–¿Aire bueno de comer? –interrogó Pietruccio

Marcovaldo, largo y flaco, y su mujer Domitill
baja y rechoncha, permanecían apoyados en el co
a uno y otro lado de una desvencijada cómoda. S
mover el codo, levantaron ambos el otro brazo y
volvieron a dejar caer, gruñendo a una voz: –
dónde quiere que nosotros, ocho bocas, cargados
deudas, cómo quiere que lo hagamos?

–El lugar más bonito adonde podamos mandar
–precisó Marcovaldo–, es a la calle.



–Buen aire tomaremos –concluyó Domitilla– cuando nos lancen al arroyo y nos toque dormir al sereno.

La tarde de un sábado, en cuanto se pusieron buenos, Marcovaldo tomó consigo a los niños y se los llevó a dar un paseo por las colinas. Vivían en el barrio de la ciudad que de tales colinas quedaba más distante. Para llegar a sus laderas hicieron un largo recorrido en un tranvía atestado y los niños veían sólo piernas de pasajeros en torno a sí. Poco a poco el tranvía se fue vaciando; por las ventanillas, finalmente despejadas, asomó un paseo en cuesta. Así llegaron al final del trayecto y se pusieron en marcha.

Estaba entrando la primavera; los árboles florecían bajo un sol tibio. Los niños se miraban en torno un tanto desorientados. Marcovaldo les guió por un camino con escalones, que ascendía entre el verdor.

–¿Por qué hay una escalera si no tiene casa encima? –preguntó Michelino.

–No es una escalera de casa: es una especie de calle.

–Una calle... Y los coches, ¿cómo hacen con los escalones?

A los lados se alzaban tapias de jardines y, en éstos, los árboles.

–Paredes sin techo... ¿Ha habido bombardeo?

–Son jardines... una especie de patios... –explicaba el padre–. La casa está dentro, detrás de aquellos árboles.

Michelino meneó la cabeza, nada convencido:

–Pero los patios están dentro de las casas, nada de fuera.

Teresina preguntó: –¿Y en esas casas viven los á
boles?

A medida que iba subiendo, Marcovaldo parec
quitarse de encima el olor a moho del almacén e
que trasegaba fardos ocho horas al día, y las mancha
de humedad en las paredes de su vivienda, y el polv
que caía, dorado, por el cono de luz del ventanuco,
los golpes de tos en la noche. Sus hijos ahora le par
cían menos paliduchos y endebles, ya casi penetra
dos de aquella luz y aquel verdor.

–¿Os gusta esto, sí?

–Sí.

–¿Por qué?

–No hay guardias. Se pueden arrancar las planta
tirar piedras.

–¿Y respirar, respiráis?

–No.

–Aquí el aire es bueno.

Masticaron: –Qué va. No sabe a nada.

Ascendieron casi hasta la cresta de la colina. En u
recodo, la ciudad apareció, allá al fondo, tendida s
contornos sobre la gris telaraña de las calles. Los chic
triscaban por un prado como si en su vida no hubier
hecho otra cosa. Se alzó un hilo de viento; atardecía.
la ciudad algunas luces se encendían en un confuso lu
tre. Marcovaldo volvió a sentir una oleada de la impr
sión que le embargara cuando llegó de joven a la c
dad, y aquellas calles, aquellas luces le atraían como si
reservasen quién sabe qué. Las golondrinas se lanzab
en el aire de cabeza sobre la ciudad.



Entonces le invadió la tristeza de tener que regresar allá abajo, y descifró en el grumoso paisaje la sombra de barrio: le pareció una landa plúmbea, estancada, recubierta por el sinfín de escamas de los tejados y por las vedijas de humo flotantes sobre las estaquillas de las chimeneas.

Estaba haciendo fresco; tal vez conviniera llamar a los chicos. Pero al verles columpiarse tranquilos en las ramas más bajas de un árbol renunció a la idea. Michelino se llegó a él y dijo: –Papá, ¿por qué no venimos a quedarnos aquí?

–¡Ah, bobo, aquí no hay casas, no se queda nadie! –soltó Marcovaldo con enojo, precisamente mientras daba rienda suelta a su fantasía de poder vivir allí.

Y Michelino: –¿Nadie? ¿Y aquellos señores? ¡Mira!

El aire se estaba tornando gris y de los prados subía una porción de hombres, de varia edad, vestidos todos con un pesado traje gris, cerrado como un pijama, todos de gorro y bastón. Venían a grupos, algunos hablando en voz alta o riendo, hincando en la hierba los bastones o arrastrándolos colgados al brazo por el mango combado.

–¿Quiénes son? ¿Adónde van? –preguntó Michelino a su padre, pero Marcovaldo los miraba sin decir palabra.

Uno pasó a su lado; era un hombre grueso, cuarentón. –¡Buenas tardes! –dijo–. Y pues, ¿qué novedades nos trae de la ciudad?

–Buenas tardes –dijo Marcovaldo–, ¿pero a qu
novedades se refiere?

–Nada, es un decir –contestó el hombre, deteniéndose; tenía una cara ancha y blanca, con sólo un to que rosa, o rojo, como una sombra, justamente en alto de los carrillos–. Digo siempre lo mismo a quie viene de la ciudad. Llevo ya tres meses aquí, com préndalo.

–¿Y no baja nunca?

–¡Bah, cuando les dé la gana a los médicos! soltó una breve carcajada–. ¡Y a éstos! –y se batió co los dedos en el pecho, y todavía intentó la risotad un poco jadeante–. Por dos veces me han dado alta, como curado, y nada más volver a la fábric ¡catamplum, vuelta a empezar! Y me reexpiden pa acá. En fin, ¡aire!

–¿Y ellos también...? –dijo Marcovaldo aludiendo a los demás hombres que andaban por allí cerca, y mismo tiempo buscaba con los ojos a Filippetto, Teresa y a Pietruccio, a quienes había perdido vista.

–Todos compañeros de veraneo –añadió el hom bre, y guiñó un ojo–; es la hora del paseo, antes de retreta... Aquí vamos pronto a la cama... Se com prende, pues no podemos alejarnos de los límites

–¿Qué límites?

–Esto es todavía terreno del sanatorio, ¿no lo sa

Marcovaldo tomó de la mano a Michelino, qui había estado escuchando un poco asustado. La os ridad iba subiendo por las laderas; allá abajo, su



lo no se distinguía ya y no parecía haber sido tra-
do por la sombra sino haber dilatado su sombra
or doquiera. Era hora de regresar.

–¡Teresa! ¡Filippetto! –llamó Marcovaldo y salió
n su busca–. Perdone, sabe –dijo al hombre–, no
eo por dónde andan los otros.

El hombre se acercó a un desmonte. –Están ahí
dijo–, cogen cerezas.

Marcovaldo, en una hondonada, vio un cerezo
odeado por los hombres vestidos de gris, quienes
on sus bastones curvados se acercaban las ramas y
atrapaban los frutos. Y Teresa y los dos chiquillos
unto con ellos, más que contentos, arrancaban ce-
rezas y las tomaban de las manos de aquellos hom-
bres, y reían a coro.

–Es tarde –dijo Marcovaldo–. Hace frío. Vamos a
asa...

El hombre grueso movía la punta del bastón ha-
ia las hileras de luces que se encendían allá al
ondo.

–Por la noche –dijo–, con este bastón me doy un
aseo por la ciudad. Elijo una calle, una fila de faro-
es, y la voy siguiendo, así... Me detengo ante los es-
aparates, encuentro a la gente, la saludo... Cuando
amine por la ciudad, piénselo alguna vez: mi bas-
ón les sigue...

Los chiquillos regresaban coronados de hojas,
ando la mano a los asilados.

–¡Qué bien se pasa aquí, papá! –dijo Teresa–.
Volveremos a jugar, verdad?

–Papá –saltó Michelino–, ¿por qué no venimos no
sotros también a estar en compañía de estos señores
–¡Es tarde! ¡Saludad a los señores! Decid: graci
por las cerezas. ¡Adelante! ¡Vámonos!

Tomaron el camino de vuelta. Estaban cansado
Marcovaldo no daba respuesta a las preguntas. Fili
petto se empeñó en que le llevaran en brazos, Pi
truccio sobre los hombros, Teresa se hacía arrastr
de la mano, y Michelino, el mayor, iba solo delan
emprendiéndola a puntapiés con los guijarros.

Verano

## *10. Un viaje con las vacas*

Los ruidos de la ciudad, que en las noches de verano entran por las ventanas abiertas en las habitaciones de quienes no pueden dormir por el calor, los verdaderos ruidos de la ciudad nocturna se empiezan a oír cuando a determinada hora el anónimo estruendo de los motores se enrarece y calla, y del silencio surgen discretos, nítidos, graduados a tenor de la distancia, un paso de noctámbulo, el susurrido de la bici de un guarda nocturno, un acallado y lejano alboroto, y también el roncar de los pisos de arriba, el gemido de un enfermo, un viejo reloj de pared que sigue dando a cada hora sus campanillazos. Hasta que empieza, al amanecer, la orquesta de los despertadores en las casas obreras, y por los rieles pasa un tranvía.

Así una noche Marcovaldo, entre la mujer y los críos que sudaban en el sueño, permanecía con los ojos cerrados escuchando cuanto de ese polvillo de tenues sonidos se filtraba de las baldosas de la acera y por los bajos ventanos hasta el fondo de su semisótano. Percibía el tacón jovial y veloz de una mujer a deshora, la suela desclavada del recogedor de colillas, con sus irregulares paradas, el chiflido de quien se siente solo, y de vez en cuando un truncado baturrillo de palabras de un diálogo entre amigos, lo bas-

tante para adivinar si hablaban de deporte o de cua
tos. Pero en la noche calurosa aquellos sones perdía
todo resalte, se desleían como amortiguados por
bochorno que colmaba el vacío de las calles, y si
embargo parecían quererse imponer, sancionar s
propio dominio sobre aquel reino deshabitado. E
cada presencia humana Marcovaldo reconocía tri
temente a un hermano, como él encadenado, inclus
en época de vacaciones, a aquel horno de cemen
recocido y polvoriento, por las deudas, el peso de
familia, el salario escaso.

Y como si la idea de la imposible vacación le h
biese abierto de pronto las puertas de un sueño,
pareció oír a lo lejos un sonar de cencerros, y el l
drido de un perro, e incluso un corto mugido. Pe
estaba con los ojos abiertos, no soñaba: y trataba, a
nando el oído, de recibir mayor confirmación de t
vagas impresiones, o un mentís; y la verdad es que
llegaba un murmullo como de centenares de pas
lentos, disparejos, sordos, que se aproximaba y s
bresalía sobre cualquier otro ruido, a excepción pr
cisamente de aquel sonsonete herrumbroso.

Marcovaldo se levantó, se puso la camisa, los pa
talones.

–¿Adónde vas? –dijo la mujer, que dormía sólo c
un ojo.

–Está pasando una vacada por la calle. Voy a v

–¡Yo también! ¡Yo también! –coreaban los niñ
que sabían despertarse en el momento oportuno.

Era una vacada como suelen cruzar de noche



ciudad, a principios de verano, camino de las monta-
ñas para la alzada. Al subir a la calle con los ojos to-
davía medio pegados por el sueño, los chicos vieron
el río de grupas pardas y cárdenas que invadía la
acera, y se estregaba contra las paredes cubiertas de
carteles, los cierres echados, los postes de las señales
de prohibición de estacionamiento, los surtidores de
gasolina. Tentando con prudente pezuña el escalón
en las bocacalles, los hocicos a salvo de cualquier so-
bresalto de curiosidad y pegados a los lomos de las
que les precedían, las vacas llevaban consigo su fra-
gancia de heno y de florecillas campestres y leche y
el lánguido son de los cencerros, y la ciudad parecía
no tocarlas, absortas ya en su mundo de prados hú-
medos, nieblas y montañas y vados de riachos.

Impacientes, en cambio, como si no las tuvieran
todas consigo ante el empaque de la ciudad, se mos-
traban los vaqueros, quienes se afanaban en breves,
inútiles carreras por el flanco de la columna, al-
zando las varas y estallando en voces aspiradas y ro-
cas. Los perros, para quienes nada de lo humano es
ajeno, afectaban desenvoltura avanzando resuelta-
mente, campanilleando, muy pendientes de su ta-
rea, pero se comprendía que también ellos andaban
intranquilos y envarados, pues de lo contrario se
hubieran distraído por cualquier cosa y empezarían
a olisquear esquinas, farolas, manchas en el empe-
drado, que es el primer pensamiento de todo perro
ciudadano.

–Papá –dijeron los niños–, ¿las vacas son como los

tranvías? ¿Tienen paradas? ¿Dónde está el final d
trayecto de las vacas?

–Nada tienen que ver con los tranvías –expli
Marcovaldo–. Van a la alta montaña.

–¿Usan esquíes? –preguntó Pietruccio.

–Van a los pastos, a comer hierba.

–¿Y no les ponen multa si estropean los prado

Quien no hacía preguntas era Michelino, pu
mayor que los demás, tenía ya sus ideas sobre las v
cas, y ahora sólo trataba de comprobarlas, de obse
var los apacibles cuernos, los lomos y papadas de v
rio color.

Al efecto, seguía a la vacada trotando a su vé
como los perros de ganado.

Pasando el último hatajo, Marcovaldo tomó de
mano a los niños para volver a la cama, pero echó
falta a Michelino. Descendió a la habitación, pr
guntó a su mujer: –¿Michelino ha vuelto ya?

–¿Michelino? ¿No estaba contigo?

«Se ha puesto a seguir a la vacada y a saber dón
andará», pensó, y volvió disparado a la calle. Ya
vacada había dejado la plaza y Marcovaldo se afa
buscando la calle que habrían tomado. Diríase q
aquella noche varias vacadas estuvieran atravesan
la ciudad, cada una por una calle distinta, dere
cada cual hacia su valle. Marcovaldo encontró y
alcance a una vacada, pero al instante compren
que no era la suya; en un cruce vio que cuatro ca
más allá otra vacada pasaba en sentido paralelo y
rrió a su encuentro; allí los vaqueros le advirtie



que habían encontrado otra que marchaba en sentido opuesto. De esta suerte, hasta que el último eco de cencerro se diluyó a la luz del alba, Marcovaldo continuó dando vueltas y más vueltas inútilmente.

El comisario a quien acudió para denunciar la desaparición de su hijo, comentó: –¿En pos de una vacada? Habrá ido a la alta montaña, a pegarse un veraneo; dichoso él. Verás como vuelve gordo y moreno.

La opinión del comisario fue confirmada días después por un empleado de la empresa en que trabajaba Marcovaldo, y que regresaba del primer turno de vacaciones. En un puerto de montaña se topó con el chico: estaba con la vacada, mandaba saludos al padre, y se encontraba bien.

Marcovaldo, en el polvoroso achicharradero ciudadano, volaba con el pensamiento a su hijo afortunado, que ahora sin duda se pasaba las horas a la sombra de un abeto, chuflando con una ramilla en la boca, contemplando allá abajo a las vacas moverse lentas por el prado, y oyendo en la sombra del valle un murmullo de aguas.

La madre, en cambio, no veía la hora de que volviese: –¿Vendrá en tren? ¿Vendrá en coche de línea? Lleva ya una semana... Ha pasado el mes... Tendrá mal tiempo... –y no se tranquilizaba, no obstante que el tener uno menos a la mesa cada día era ya un alivio.

–Dichoso él, toma el fresco y se hincha de mantequilla y queso –decía Marcovaldo, y cada vez que en el fondo de una calle se le aparecía, velado apenas

por la calina, el recorte blanco y gris de las montañ
se sentía como sumergido en un pozo, a cuya luz, a
en lo alto, le parecía ver centellear espesuras de ar
y castaños, y zumbar abejas silvestres, y Michelí
allí arriba, galbanoso y satisfecho, entre la leche y
miel y las moras de bardal.

Pero también él esperaba el regreso de su hijo u
tarde y otra, si bien no pensara, como la madre,
horarios de trenes y autobuses: de noche estaba a
escucha de los pasos de la calle, como si el ventano
la habitación fuese la boca de una caracola que t
jera el eco, al aplicar el pabellón de la oreja, de l
ruidos montanos.

Hasta la noche en que, incorporándose de gol
para quedar sentado en la cama, no se trataba de u
ilusión, oyó aproximarse por el empedrado aquel
confundible zapalear de pezuñas hendidas, unido
repique de los cencerros.

Se precipitaron a la calle, él y toda la familia. R
gresaba la vacada, lenta y grave. Y por entre ella
horcajadas sobre el lomo de una vaca, agarrado a
collera, bailoteándole la cabeza a cada paso, ven
medio dormido, Michelino.

Lo tomaron en volandas, le abrazaron y besar
Él estaba medio aturdido.

–¿Cómo estás? ¿Era bonito?

–Oh... sí...

–Y a casa, ¿tenías ganas de volver?

–Sí...

–¿Es bonita la montaña?



Estaba en pie, frente a ellos, con el ceño fruncido, ura la mirada.

–Trabajaba como un mulo –dijo, y escupió con ra-la. Se le había puesto cara de persona mayor–. A la aída de la tarde desplazar los cubos a los ordeñado-s, de un animal a otro, de un animal a otro, y va-larlos luego en el bidón, aprisa, cada vez más aprisa, y así hasta las tantas. Y por la mañana temprano rastrar los bidones hasta los camiones que los ba-n a la ciudad... Y contar, contando siempre: los ani-ales, los bidones, y guay si te equivocabas...

–¿Pero en los prados podías estar? ¿Cuando los animales pacían...?

–Nunca te daba tiempo. Siempre había algo que acer. Que si la leche, que si el esquilmo, o el fiemo. Y todo para qué? Con la excusa de que no tenía con-rato de trabajo, ¿cuánto me han pagado? Una mise-ia. Pero si os figuráis que voy a daros algo, estáis uy equivocados. Ea, vámonos a dormir que me aigo a pedazos.

Se encogió de hombros, respiró fuerte y entró en a casa.

La vacada continuaba alejándose por la calle, lle-ándose consigo las engañosas y lánguidas fragan-las de heno y sones de cencerros.

## *11. El conejo venenoso*

Cuando llega el día de abandonar el hospital de
la mañana uno lo sabe, y si ya se siente fuerte de
bula por las crujías, recobra los andares para cua
esté en la calle, silba distraídamente, toma con
enfermos aires de hombre curado, no para mov
envidia, sino por el gusto de adoptar un tono ale
dor. Ve a través de las vidrieras el sol, o la nieb
hay niebla, oye el rumor de la ciudad: y todo es
tinto de antes, cuando a la mañana los sentía en
–luz y sonido de un mundo inalcanzable– desper
dose entre las barras de aquella cama. Ahora,
afuera está otra vez su mundo: sanado ya, lo r
noce como natural y acostumbrado; y de impro
vuelve a advertir el olor a hospital.

Marcovaldo así lo estaba percibiendo una mañ
curado ya, en espera de que le apuntasen no sé q
la carpeta de la mutua para marcharse. El mé
tomó los papeles diciéndole: –Aguarda aquí–
dejó solo en su laboratorio. Marcovaldo con
plaba los blancos muebles esmaltados que tant
bía odiado, las probetas llenas de sustancias torv
intentaba entusiasmarse con la idea de que est
punto de dejar todo aquello: pero no acababa de
tir la alegría que hubiera sido lógico esperar. A
por la preocupación de volver a su empresa a de



ar cajones, o la de los rastros que indefectiblemente
abrían hecho en el ínterin sus hijos, y sobre todo
or esa niebla ahí plantada y que le daba la impresión
tener que salir al vacío, de disolverse en una hú-
meda nada. Así hacía resbalar la mirada en derredor,
or una confusa necesidad de encariñarse con algo
allí dentro, pero todo lo que veía le sonaba a veja-
ión y pena.

Fue entonces cuando vio un conejo en una jaula.
ra un conejo blanco, de pelo largo y plumoso, con
n triangulito rosa por nariz, rojos los ojillos espan-
dos, las orejas casi sin pelo aplanadas sobre la es-
alda. No era gordo en verdad, pero en aquella jaula
ngosta su cuerpo ovalado henchía la tela metálica y
or los ojos de ésta pasaba mechones de pelo agita-
n de un ligero temblor. Junto a la jaula, sobre la
esa, se veían unos restos de hierba y una zanahoria.
Marcovaldo se imaginó lo desgraciado que debía
ntirse, allí enchiquerado, viendo la zanahoria y sin
derla catar. Y le abrió la portezuela de la jaula. El
nejo no salió: permanecía quieto, apenas con un
ve movimiento del hocico haciendo como que co-
la, por no perder la dignidad. Marcovaldo tomó la
nahoria, se la acercó, retirándosela luego lenta-
ente para hacerle salir. El conejo así lo hizo, mor-
ó circunspecto la zanahoria y con diligencia se
no a roerla sin que Marcovaldo la soltara. El hom-
e le acarició la espalda al tiempo que lo palpaba
ra ver si estaba gordo. Lo notó un tanto flaco, bajo
l pelo. De aquí, y del modo cómo tiraba de la zana-

horia, era fácil colegir que lo tenían un poco a die
«Si fuera mío –pensó Marcovaldo–, lo atiborra
hasta ponerlo como una bola.» Y lo contempla
con el ojo tierno del criador que acierta a conjugar
bondad para con el animal y la esperanza de ve
asado, en un mismo impulso de ánimo. Consider
que tras días y días de triste estancia en el hospital,
el momento de marchar descubría una presen
amiga, que hubiera bastado para colmar sus hora
sus cavilaciones.

Y fuerza era dejarla para regresar a la ciudad b
mosa, donde no se ven conejos

La zanahoria tocaba a su fin; Marcovaldo tom
animal en brazos y andaba buscando en torno a
más que darle. Le acercó el hocico a un pequeño
ranio en maceta que había sobre el escritorio del d
tor, pero el animal demostró que no era de su gu
En aquel preciso instante oyó Marcovaldo el p
del doctor que estaba entrando: ¿cómo explic
por qué tenía el conejo en sus brazos? Vestía su c
quetón de faena, ajustado a la cintura. A toda p
metió allí dentro el conejo, se abotonó, y para qu
médico no le viese aquel bulto sobresaliente sob
estómago se lo corrió atrás, hacia la espalda. El
nejo, espantado, ni se movía. Marcovaldo tomó
papeles, y se pasó el conejo para el pecho, porque
bía darse vuelta al salir. De esta suerte, con el co
escondido en el chaquetón, abandonó el hospital
dirigió al trabajo.

–Vaya, ¿por fin te curaste? –dijo el jefe de sec



eñor Viligelmo, al verle llegar–. ¿Y qué diablos te ha
alido, ahí? –y señalaba al pecho abombado.

–Llevo un emplasto caliente contra los calambres
dijo Marcovaldo.

En éstas el conejo se meneó, y Marcovaldo pegó
n brinco como un epiléptico.

–¿Qué te sucede? –saltó Viligelmo.

–Nada: el hipo –respondió el otro, y con la mano
mpujó el conejo hasta situárselo en la espalda.

–Aún estás algo pachucho, por lo que veo –dijo el
fe.

El conejo intentaba treparle por la espalda y Mar-
ovaldo, venga a enconger los hombros para hacerle
ajar.

–Tienes la tiritera. Vete a casa un día más. Mañana
ra de estar bueno.

A casa, Marcovaldo llegó teniendo el conejo por
orejas como un cazador afortunado.

–¡Papá! ¡Papá! –le aclamaron los niños saliendo a
encuentro–. ¿Dónde lo has encontrado? ¿Nos lo
alas? ¿Es un regalo para nosotros? –y al instante
naban por agarrarlo.

–¿Estás aquí? –dijo la mujer y, por la mirada que le
ó, Marcovaldo se dio cuenta de que la tempo-
da de hospital no había servido sino para que acu-
ulara más motivos de resentimiento contra él–.
n animal vivo? ¿Y para qué lo quieres? Lo pondrá
do perdido.

Marcovaldo desembarazó la mesa y en el centro de
misma colocó el conejo, que se agazapó como para

pasar desapercibido. –¡Cuidadito con tocarlo! –
jo–. Es nuestro conejo, y engordará tranquilo h
Navidad.

–¿Pero es conejo o coneja? –preguntó Michel

En la posibilidad de que fuese una coneja, Ma
valdo no había pensado. Al momento se le ocu
un nuevo plan: si se trataba de una hembra daría
nejitos y se podría organizar la cría. Y ya en su fa
sía las húmedas paredes de la casa se esfumab
veía una granja verde entre campos.

Era precisamente un macho, sin embargo. Pe
Marcovaldo la idea esa de la cría se le había m
ya entre ceja y ceja. Era un macho, pero un mach
tupendo, al cual bien se podía buscar mujer y los
dios para que se creara su familia.

–¿Y qué vamos a darle de comer, si no tenem
para nosotros? –dijo la mujer, cortante.

–Deja que yo me encargue –replicó Marcova

Al día siguiente, en la empresa, a unas macetas
plantas verdes de los despachos de Dirección, q
él tocaba cada mañana sacar al aire, regarlas y d
verlas a su sitio, arrancó sendas hojas: anchas h
relucientes por una cara y por la otra opacas; y s
metió en el chaquetón. Luego, a una empleada
venía con un manojito de flores preguntó: –¿Se l
dado su pichón? ¿Y no me regalará una? –que, po
puesto, pasó a su bolsillo. A un muchacho que
daba una pera, dijo: –Guárdame las mondas. –
aquí una hoja, allá una peladura, acullá un pétal
peraba quitar el hambre al animalito.



En esto, el señor Viligelmo lo mandó llamar. «¿Se
brán dado cuenta de las plantas peladas?», se pre-
ntó Marcovaldo, con su habitual complejo de
lpa.

Con el jefe de sección estaban el médico del hospi-
, dos individuos de la Cruz Roja y un guardia mu-
ipal. –Óyeme bien –dijo el médico–, ha desapare-
o un conejo de mi laboratorio. Si sabes algo te
nviene no dártelas de listo. Porque le hemos inyec-
o los gérmenes de una enfermedad terrible y
ede propargarla por toda la ciudad. Y no pregunto
e lo has comido, porque a estas horas ya no segui-
entre los vivos.

Afuera aguardaba una ambulancia; se montaron a
ape, y con un continuo gemido de sirena recorrie-
n calles y paseos hacia la casa de Marcovaldo: y por
amino quedó una estela de hojas y mondas y flo-
que Marcovaldo iba arrojando por la ventanilla
temente.

La mujer de Marcovaldo aquella mañana no tenía
amparo de nada que llevar a la cazuela. Miró al co-
o que su marido se trajo a casa el día antes, y que
ra estaba en una jaula improvisada, llena de par-
s de papel. «Ha venido muy a propósito –se dijo–.
ero no queda; lo del mes se fue con medicinas ex-
que la Mutua no paga; las tiendas ya no nos fían.
mo para dedicarlo a la cría, o esperar la Navidad
a ponerlo asado! ¡Nos saltamos las comidas y to-
vía tendremos que engordar a un conejo!»

–Isolina –dijo a la hija–, eres ya mayor, tien
aprender cómo se guisan los conejos. Empie
matarlo y despellejarlo y luego te diré lo que
hacer.

Isolina estaba leyendo un periódico de m
rosas.

–No –gruñó–, empieza tú por matarlo y pel
luego ya miraré cómo lo guisas.

–¡Guapa chica! –dijo la madre–. Para matar
tengo ánimos. Pero sé que es facilísimo, bast
rrarlo de las orejas y darle un golpe fuerte en
gote. Para despellejarlo, ya veremos.

–Nada de veremos –dijo la hija sin levantar
riz del periódico–, yo golpes en el cogote a un c
vivo no los doy. Y despellejarlo, ni pienso en

Los tres chicos asistían a este diálogo con o
terror.

La madre estuvo un momento cavilando, les
diciendo luego: –Niños...

Los críos, como si se hubieran puesto de acu
dieron la espalda a su madre y salieron de la
tación.

–¡Aguardad, niños! –dijo la madre–. Os iba a
si os gustaría salir con el conejo. Le ponemos un
nita cinta azul en el cuello y lo lleváis un po
paseo.

Los chiquillos se detuvieron y se miraron
ojos.

–De paseo, ¿dónde? –preguntó Michelino.

–Bueno, podéis dar una vuelta. Vais luego d



ora Diomira, le lleváis el conejo y le decís que
avor nos lo mate y despelleje, ella que es tan
sa.

madre había dado en la tecla: a los niños, ya se
e les impresiona con lo que les guste de veras, y
demás procuran no hacer caso. Esta vez dieron
na cinta larga de color lila, la ataron al cuello
nimalito y, arrancándosela de las manos, se lle-
a rastras el conejo reacio y medio estran-
lo.

Decid a la señora Diomira –recomendó la ma-
que después se puede quedar con un muslito.
mejor decirle: la cabeza. En fin: ella verá.

os niños acababan de salir cuando la casa de Mar-
ldo fue rodeada e invadida por enfermeros, mé-
, guardias y policías. Marcovaldo venía entre
más muerto que vivo. –¿Está aquí el conejo que
llevado del hospital? Rápido, enséñenos dónde
in tocarlo: ¡es portador de gérmenes de una en-
edad terrible! –Marcovaldo les condujo hasta la
pero estaba vacía. –¿Se lo han comido? –¡No,
–¿Pues dónde está? –¡Donde la señora Diomira!
os perseguidores reanudaron la caza.
lamaron a la puerta de la señora Diomira. –¿El
ejo? ¿Qué conejo? ¿Estáis locos? –Al ver la casa
dida por unos desconocidos, en bata blanca y de
forme, que buscaban un conejo, a la viejecita casi
lo el patatús. Del conejo de Marcovaldo no sabía
palabra.

En efecto, los tres críos, queriendo salvar de la

muerte al conejo, se les ocurrió llevarlo a un lugar
guro, jugar con él un buen rato y después dejarle i
en vez de detenerse en el rellano de la señora D
mira, decidieron seguir subiendo hasta la azotea
coronaba la finca. A la madre pensaban decirle
se soltó la cinta y había escapado. Pero no había
mal menos dispuesto a la fuga que aquel conejo.
cerle subir toda aquella escalera ya fue un proble
se agazapaba espantado en cada peldaño. Al final
vieron que tomarlo en brazos y subirlo a pulso

En el terrado quisieron hacerle correr, no co
Intentaron colocarlo en la cornisa para ver si and
como los gatos: pero al parecer le daba vértigo.
baron a izarlo en una antena de televisión por si s
mantenerse en equilibrio: no, se caía. Aburridos
rapaces lo desataron, dejando en libertad al ani
en un lugar donde se le brindaban los caminos d
tejados, mar oblicuo y anguloso, y se marchar

En cuanto se vio solo, el conejo empezó a r
llirse. Probó algunos pasos, miró en torno, ca
de dirección, se dio vuelta, y luego a pequeños
cos, a saltitos, se echó a andar por los tejados. Era
bestezuela nacida en cautiverio: su ansia de libe
no tenía anchos horizontes. No conocía de la
más beneficio que el de poder estar sin un po
miedo. Y ahora le era dado moverse, sin nad
torno a él que le causara miedo, tal vez como n
en su vida. El sitio era insólito, pero una idea cla
lo que fuera y lo que no fuera normal, tampoco
de ahora había tenido ocasión de formárse



desde dentro de sí se sentía roer por un mal indis-
into y misterioso, el mundo entero le interesaba
ada vez menos. De esta suerte se iba por los tejados;
y los gatos que lo veían saltar no comprendían quién
ería y retrocedían medrosos.

En tanto, desde las buhardas, las claraboyas, los al-
rafes el itinerario del conejo no pasó inobservado.
Y unos empezaron a situar barreños de ensalada en el
ntepecho espiando tras los visillos, alguien arrojaba
l corazón de una pera a las tejas tendiendo alrede-
or una lazada corrediza de cordel, otro más dispo-
a de una hilera de rodajas de zanahoria en la cor-
isa, que terminaban en su misma buharda. Y una
onsigna recorría todas las familias que vivían por
os tejados: –Hoy, conejo guisado –o Fricasé de co-
ejo– o conejo asado.

El bicho se había apercibido de semejantes mane-
os, de esas silenciosas ofertas de cebo. Y si bien tenía
ambre, desconfiaba. Sabía que cada vez que los
ombres procuraban atraerlo, alargándole comida,
urría algo oscuro y doloroso: o le clavaban una je-
inguilla en las carnes, o un bisturí, o lo metían a la
erza dentro de un chaquetón abotonado, o lo lle-
aban a rastras con una cinta al cuello... Y la memo-
a de esas desdichas formaba un todo con el mal que
ntía dentro de sí, con la lenta alteración de órganos
e advertía, con el presentimiento de la muerte. Y
n el hambre. Mas como si de tal cúmulo de moles-
as supiese que sólo el hambre podía ser aliviado, y
reconociera que esos falaces seres humanos le po-

dían proporcionar –además de sufrimientos cru
una sensación –de la que tan necesitado se hall
de protección, de calor doméstico, decidió ren
prestarse al juego de los hombres: salga lo qu
liere. Así es que empezó a comer las rodajitas d
nahoria, siguiendo la estela que, bien sabía, le
vertiría de nuevo en preso y mártir, pero volvie
gustar acaso por última vez del buen sabor terr
de las hortalizas. Ya se acercaba a la ventana de l
hardilla, ya una mano debía de estar dispuesta a
rrarlo: en cambio, de repente, la ventana se cerró
dejó afuera. Era un hecho al margen de su expe
cia: una trampa que se negaba a dispararse. El co
volvió grupas, buscó las demás muestras de in
en torno a sí, para elegir a cuál le conviniera c
Pero en su derredor las hojas de ensalada las re
ban, los lazos eran apartados, la gente asomada d
parecía, atrancaba ventanas y claraboyas, los ter
llos se despoblaban.

Lo sucedido es que una camioneta de la policía
bía cruzado la ciudad, gritando por un alta
«–¡Atención, atención! ¡Se ha perdido un co
blanco de pelo largo, aquejado de grave enferm
contagiosa! ¡Quien lo encuentre debe saber qu
carne es venenosa, y que el simple contacto p
transmitir gérmenes nocivos! ¡Quienquiera qu
vea, avise al más próximo puesto de policía, hos
o cuartelillo de bomberos!»

El terror se extendió por los tejados. Cada q
estaba en guardia y en cuanto divisaba al conejo,



un desmayado brinco pasaba de un techo al ve-
o, daba la alarma y todos desaparecían como al
rcarse una nube de langostas. El conejo avanzaba
equilibrio por los cimacios, esta sensación de so-
d, precisamente en el momento en que había
cubierto la necesidad de andar cerca del hombre,
le antojaba aún más amenazadora, intolerable.

En el ínterin el caballero Ulrico, provecto caza-
r, había cargado su fusil con cartuchos de perdigo-
zorreros, y se fue a apostar en una terracilla tras
chimenea. A lo que vio entre la niebla asomar la
mbra blanca del conejo disparó; pero tanta era su
noción ante la idea de los maleficios del bicho, que
círculo de perdigones granizó, algo desviado, en
tejas. El conejo oyó el fusilazo brotar alrededor, y
perdigón le traspasó una oreja. Comprendió: era
declaración de guerra; en adelante cualquier
to con los hombres quedaba roto. Y en prueba de
precio, ante lo que de algún modo le sabía a negra
gratitud, decidió acabar de una vez con la vida.

Un techo cubierto de chapa descendía muy incli-
do, e iba a dar en el vacío, en la opaca nada de la
bla. El conejo se posó en ella con sus cuatro patas,
tamente al principio, luego abandonándose. Y de
a suerte, resbalando, devorado y circuido por el
l, se encaminaba a la muerte. En el borde, la cana-
ra lo retuvo un instante, después se venció del otro
lo...

Y acabó entre las manos enguantadas de un bom-
ro, izado en lo alto de una escalera de mano. Estor-

bado aun en aquel extremo gesto de dignidad
mal, al conejo lo cargaron en una ambulancia
partió a toda velocidad para el hospital. A bord
hallaban asimismo Marcovaldo, su mujer, y sus
jos, internados para un período de observación y
serie de prueba de vacunas.

vierno

## 2. *Una equivocación de parada*

Para quien detesta la casa inhóspita, el refugio pre-
rido en las veladas frías es siempre el cinemató-
afo. La pasión de Marcovaldo eran las películas en
lor, sobre la pantalla panorámica que permite
razar los más dilatados horizontes: praderas, mon-
ñas rocosas, selvas ecuatoriales, islas en que se vive
ronado de flores. Se veía la película dos veces, salía
lo cuando cerraban el local; y en su magín seguía
bitando aquellos paisajes y respirando sus colores.
ro al volver para casa en la noche lloviznosa, el
uardar en la parada el tranvía número 30, el com-
robar que su vida ya no conocería más escenario
ue tranvías, semáforos, vivienda en semisótanos,
gones de gas, ropa tendida, almacenes y sección de
mbalaje, le iban desvaneciendo el esplendor de la
elícula en una tristeza desteñida y gris.

Aquella noche el film que había visto se desarro-
laba en las selvas de la India: del suelo pantanoso se
aban nubes de vapores, y las serpientes reptaban
or las lianas y se encaramaban a las estatuas de anti-
os templos engullidos por la jungla.

Al salirse del cine abrió los ojos en derredor, vol-
ó a cerrarlos, a abrirlos otra vez: no veía nada. Ab-
olutamente nada. Ni siquiera a un palmo de sus na-
ices. En las horas que permaneció allá adentro, la

niebla había invadido la ciudad, una niebla esp
opaca, que envolvía las cosas y los sonidos, tra
caba las distancias en un espacio sin dimensio
barajaba las luces en la oscuridad transformánd
en relumbres sin lugar ni forma.

Marcovaldo se dirigió maquinalmente a la par
del 30 y dio de narices contra el poste del cartel
aquel momento cayó en la cuenta de que era feli
niebla, al borrar el mundo en torno, le permitía
servar en sus ojos las visiones de la pantalla pan
mica. Incluso el frío parecía mitigado, como si la
dad se hubiera echado encima una nube a guis
manta. Marcovaldo, arropado en su gabán, se se
a cubierto de cualquier sensación exterior, disp
ble en el vacío, y podía colorear este vacío co
imágenes de la India, del Ganges, de la jungla
Calcuta.

Llegó el tranvía, evanescente como un fantas
campanilleando lentamente; las cosas existían
mínima proporción imprescindible; para Ma
valdo hallarse aquella noche al fondo del tra
dando la espalda a los demás pasajeros, fijand
vista más allá de los cristales en la noche vacía,
vesada sólo por indistintas presencias luminos
tal cual sombra más negra que la oscuridad era
tuación ideal para soñar despierto, para proye
ante sí y adondequiera que fuese un film ininter
pido sobre una pantalla sin límites.

Fantaseando de esta suerte había perdido la cu
de las paradas; de pronto se preguntó dónde est



o que el tranvía se quedaba casi vacío; escrutó al
vés de los cristales, interpretó los clarores que se
inuaban, dedujo que su parada era la próxima, se
anó hacia la salida en el último momento, se apeó.
hó un vistazo en derredor buscando algún punto
referencia. Pero las pocas sombras y luces que sus
os alcanzaban a percibir no se componían en nin-
na imagen conocida. Se había confundido de pa-
da y no sabía dónde estaba.

Conque encontrara a un transeúnte era cuestión
nada preguntar por la calle; mas, sea por lo solita-
o del lugar, la hora, el tiempo impracticable, no se
la ni sombra de alma viva. Por fin la columbró, una
mbra, y se detuvo a esperarla. No: se alejaba, qui-
a estaba cruzando, o caminaba por el centro de la
lle, podía ser no un peatón sino un ciclista, con una
icleta sin luces.

Marcovaldo gritó: –¡Haga el favor! ¡Haga el favor,
ted! ¿Sabe dónde queda la calle Pancrazio Pancra-
tti?

La figura se alejaba más, casi no se veía ya. Dijo:
or allí... –mas no se sabía hacia dónde indicase.
–¿Derecha o izquierda? –gritó Marcovaldo aun sin
ber si se dirigía al vacío.

Una respuesta llegó, o un cabo de respuesta: un
e...da!» que también podía ser «¡e...cha!». De to-
o modos, como uno no sabía hacia dónde miraba
otro, derecha o izquierda no significaban nada de
da.

Marcovaldo se encaminaba ahora hacia una clari-

dad que parecía proceder de la otra acera, algo
allá. Pero la distancia resultó ser mucho mayor:
bía que cruzar una especie de plaza, con su is
verde en medio y las flechas (únicas señales inte
bles) del giro obligatorio para los vehículos. La h
era avanzada, pero quedaba aún algún café abie
alguna taberna; el rótulo luminoso que se empez
a descifrar decía: Bar... Y se apagó; sobre lo que d
ser una vidriera iluminada cayó una lámina de
gror, alguna puerta ondulada. El bar estaba
rrando, y se hallaba todavía –creyó comprende
aquel momento– lejísimos.

Igual daba escoger otra luz: Marcovaldo, al pr
guir, no sabía si andaba en línea recta, si el punto
minoso hacia el cual se dirigía fuera siempr
mismo o se duplicara o triplicara o cambiase d
gar. El polvillo de un negro casi lechoso por ent
cual se movía era tan menudo que se lo sentía i
trarse en el gabán, entre los hilos del tejido, c
por un colador, empapándolo como una espon

La luz adonde arribó era la humosa entrada d
taberna. En el interior había gente sentada y otr
pie junto al mostrador, pero, sea por la ilumina
deficiente, sea por la niebla que se colaba en t
partes, también allí las figuras aparecían desenf
das, precisamente como en ciertas tabernas qu
ven en el cine, situadas en otros tiempos o en p
remotos.

–Ando buscando... por si ustedes saben... la
Pancrazietti... –empezó a decir, pero en la tab



bía bulla, borrachos que se reían creyéndole de los
yos, y las preguntas que consiguió formular, las
plicaciones que logró obtener, pecaban también
nebulosas y desenfocadas. Tanto más cuanto,
ra calentarse, pidió –o mejor: se dejó imponer por
que estaban junto al mostrador– un cuartillo de
no, en un primer momento, y luego medio litro
s, con alguna copita que, acompañada de grandes
notazos en los hombros, le ofrecieron aquéllos.
resumen que, al salir de la taberna, sus ideas
erca del camino de casa no estaban más claras que
tes, si en contrapartida y como nunca la niebla se
bía hecho capaz de contener a todos los continen-
y colores.

Con el calorcillo del vino en el cuerpo, Marco-
do anduvo, un buen cuarto de hora, a pasos que
edecían a la querencia de mover a diestra y sinies-
para comprobar la anchura de la acera (si todavía
taba siguiendo una acera) y manos que sentían la
cesidad de palpar de continuo las paredes (si toda-
estaba siguiendo una pared). La niebla, en sus
as, merced a la caminata, se le aclaraba; pero la ex-
rior seguía siendo espesa. Recordaba que en la ta-
rna le dijeron que tomara por una avenida, la si-
lera un centenar de metros, volviese luego a
guntar. Pero ahora no sabía cuánto llevaba an-
do desde la taberna, si es que no estaba dando la
elta a la manzana.

Aquellos parajes parecían deshabitados, entre pa-
des de ladrillo como tapias de fábrica. En una es-

quina campeaba, es verdad, sobre una placa, el n
bre de la calle, pero la luz del reverbero, suspend
en el centro del arroyo, no alcanzaba hasta allí ar
Marcovaldo para aproximarse al rótulo trepó po
poste de una prohibición de estacionamiento. Su
hasta frotar las narices en la placa, pero el let
aparecía borroso y él no tenía cerillas para al
brarlo mejor. Sobre la placa, el muro culminaba
una cornisa llana y ancha, y estirándose desd
poste de prohibición de estacionamiento Mar
valdo consiguió subirse en ella. Había entrevi
plantado en el reborde del muro, un gran cartel bl
quecino. Dio unos pasos sobre la cornisa, hast
cartel; allí el reverbero alumbraba las letras neg
sobre el fondo blanco, pero la inscripción «Entr
rigurosamente prohibida a las personas no autor
das» no le aportaba mayores luces.

El borde del muro ofrecía anchura bastante p
mantenerse en equilibrio y poder andar; es más, p
sándolo bien, era preferible a la acera, porque los
verberos quedaban a la altura justa para iluminar
pasos, marcando una franja clara en medio de la
curidad. En determinado lugar la pared conclu
Marcovaldo se halló frente al capitel de una pilas
no, formaba ángulo recto y proseguía...

Así, entre esquinas, repliegues, bifurcaciones,
lastras, el recorrido de Marcovaldo seguía un dis
irregular; varias veces se figuró que el muro ter
naba y al momento descubrió que continuaba en
dirección; y entre tanto arrodeo ya no sabía en



ección iba, es decir por qué lado debería saltar, si
ería volver a la calle. Saltar... ¿Y si el desnivel hu-
ra aumentado? Se acuclilló sobre una pilastra,
tó de escudriñar hacia abajo, de un lado y del
ro, pero ni el menor rayo de luz llegaba hasta el
lo: igual podía tratarse de un saltito de dos me-
s que de un abismo. No había más solución que
ntinuar por allá arriba.

Pero muy pronto vio el cielo abierto. Se trataba
una superficie plana, blanquecina, contigua al
uro: tal vez el techo de un edificio, de cemento
omo Marcovaldo comprobó al echar a andar por
mismo– que se prolongaba en la oscuridad.
onto se arrepintió de haberlo hecho: ahora había
rdido todo punto de referencia, estaba lejos de la
era de farolas, y cada paso que daba podía con-
cirle al borde del techo o, más allá, al vacío.

El vacío era en realidad un abismo. Abajo se vis-
mbraban unas lucecitas, como a gran distancia, y
allí estaban los reverberos, el suelo debía de que-
r mucho más abajo. Marcovaldo se hallaba sus-
ndido en un espacio difícil de imaginar: a intervа-
os, en lo alto, aparecían luces verdes y rojas,
puestas en figuras irregulares como constelacio-
es. Escrutando dichas luces con la nariz en alto, no
rdó en dar un paso en falso y caer en el vacío.
¡Muerto soy!», pensó, pero en el mismo mo-
nto se halló sentado en terreno blando; sus ma-
os palpaban hierba; había caído en mitad de un
prado, incólume. Las luces bajas, que se le antoja-

ban tan lejanas, no eran sino bombillas en fila a r
del suelo.

Un sitio insólito para poner luces, pero cóm
porque le trazaban un camino. Ahora su pie ya n
saba hierba sino asfalto: por entre los prados di
rría una gran carretera asfaltada, alumbrada
aquellos rayos luminosos a ras de tierra. En de
dor, nada: sólo los altísimos resplandores colorea
que aparecían y desaparecían.

«Una carretera asfaltada a algún lado lleva
Marcovaldo pensó, y se decidió a seguirla. Lle
una bifurcación, mejor a un cruce, cada brazo de
rretera flanqueado por aquellas lamparitas baj
con enormes cifras blancas marcadas en el sue

Se desanimó. ¿Qué más daba escoger para dó
tirar si a la redonda no había otra cosa que esa c
pradería herbosa y vacía niebla? Pero en el mi
instante vio, a la altura de un hombre, cierto m
miento de rayos de luz. Un hombre, efectivame
un hombre con los brazos abiertos, vestido –al p
cer– con un mono amarillo, agitaba dos paletas lu
nosas como las de los jefes de estación.

Marcovaldo corrió al encuentro del hombre y
tes aún de alcanzarle empezó a decir, muy agita
–Eh, usted, dígame, yo aquí, con toda esta nie
qué hago, oiga...

–No se preocupe –respondió tranquila y corté
voz del hombre de amarillo–, por encima de los
metros no hay niebla, vaya tranquilo, la escale
queda allí delante, los otros ya han subido.



Era un galimatías, pero alentador: a Marcovaldo sobre todo le gustó oír que a poca distancia había otras personas; siguió para reunirse con ellas, sin meterse en más preguntas.

La escalerilla misteriosamente anunciada era en realidad una escalerita de cómodos peldaños, entre dos parapetos, que blanqueaba en la oscuridad. Marcovaldo subió. Ante una puertecilla una muchacha le saludó con tanta amabilidad que parecía imposible no dirigiera precisamente a él.

Marcovaldo se deshizo en cumplidos: –¡A sus pies, señorita! ¡Las gracias que usted tiene! –Empapado de humedad y frío le parecía un milagro hallar refugio bajo un techo...

Entró, entornó los ojos deslumbrado. No estaba en una casa. Estaba, ¿dónde?, en un autobús, pudo colegir, un largo autobús con muchos sitios vacíos. Se sentó; de ordinario, para volver a casa tomaba no el autobús sino el tranvía porque el billete costaba algo menos, pero esta vez se había extraviado en una zona tan apartada que evidentemente sólo había servicio de autobuses. ¡Menos mal que llegaba a tiempo para esta que debía ser la última carrera! ¡Y qué mullidos, acogedores los asientos! Marcovaldo, ahora que lo sabía, se propuso tomar siempre el autobús, sin importarle que a los pasajeros les impusieran algunas obligaciones («...Sírvanse ajustarse los cinturones –decía un altavoz– y abstenerse de fumar...»), que el estruendo del motor al arrancar resultara un tanto exagerado.

Alguien de uniforme pasaba entre los asientos.

–Perdón, señor cobrador –dijo Marcovaldo– ¿sabe si hay alguna parada cerca de la calle Pancrazi Pancrazietti?

–¿Cómo dice, caballero? La primera escala Bombay, luego Calcuta y Singapur.

Marcovaldo miró en torno a sí. Los demás asient estaban ocupados por impasibles indios con su bar y su turbante. Había asimismo alguna mujer, e vuelta en un sari bordado, y con un circulito de la sobre la frente. La noche en las ventanillas fulg cuajada de estrellas, una vez que el avión, salvada tupida colcha de niebla, volaba en el cielo límpido las grandes alturas.

Primavera

## 13. *Donde es más azul el cielo*

Se vivía en un tiempo en que los más sencillos alimentos encerraban insidiosas amenazas y fraudes. No pasaba día sin que algún periódico no hablara de descubrimientos horrorosos en las cosas de la compra: el queso lo hacían con plásticos, la mantequilla con la estearina de las velas, en la fruta y verdura el arsénico de los insecticidas estaba concentrado en proporción mayor que las vitaminas, a los pollos, para engordarlos, los atiborraban de no sé qué píldoras sintéticas capaces de transformar en gallinácea a quien se comiera tanto así. El pescado fresco lo hacían pescado el año anterior en Islandia y le pintaban los ojos para que pareciera de ayer. En algunas botellas de leche había aparecido un ratón, no se sabe si vivo o muerto. De las de aceite no manaba el dorado jugo de las olivas, sino el sebo de viejos mulos, convenientemente destilado.

Marcovaldo en el trabajo o en el café oía contar semejantes cosas y cada vez sentía algo así como una coz de mulo en el estómago, o la carrerilla de un ratón por el esófago. En casa, cuando su mujer Domitilla volvía de la compra, la sola vista del capazo que en otros tiempos le llenaba de gozo, con el apio, las berenjenas, el papel basto y poroso de los cucuruchos de la tienda de comestibles y paquetes del toci-

nero, ahora le infundía un como miedo de que se
filtrasen presencias enemigas entre los muros
mésticos.

«Todos mis esfuerzos deben tender –se prometi
a conseguir para la familia alimentos que no hay
pasado por las manos arteras de los especulador
De mañana, camino del trabajo, no era raro cruza
con individuos provistos de cañas y con botas
agua, en dirección al paseo del río. «Ése es el
tema», se dijo Marcovaldo. Pero el río en el trecho
la ciudad, que recogía basuras, desagües y cloacas
inspiraba una profunda repugnancia. «He de bus
un sitio –se decía–, en que el agua sea verdad
mente agua, los peces verdaderos peces. Allí ech
el anzuelo.»

Los días se iban haciendo más largos: con su v
motor, al salir del trabajo, Marcovaldo se alarga
explorar el río aguas arriba de la ciudad, y los riach
los que a él afluían. Le interesaban en especial los
chos en que el agua corría más lejos de la carreter
faltada. Tomaba por los senderos, entre los grupo
sauces, a lomos del motociclo, hasta donde po
luego –dejándolo en una mata– a pie, hasta llega
vera del agua. En una ocasión se perdió: rodaba po
riscos enzarzados y abruptos y no daba con la m
senda, ni sabía ya por dónde caía el río: de pron
apartar unas ramas, vio, a pocas brazas allá aba
agua silenciosa –era un remanso del río, como u
queño y calmo fondeadero–, de un color azul qu
cordaba un laguito de alta montaña.



La emoción no le impidió escrutar por entre las le-
ves encrespaduras de la corriente. ¡Y al fin su obsti-
nación se veía premiada! Un latido, el regate incon-
fundible de una aleta en el filo de la superficie, y
luego otro, otro más; una felicidad como para no dar
crédito a sus ojos: allí era el lugar en que se congrega-
ban los peces de todo el río, el paraíso del pescador,
tal vez desconocido todavía para todos, salvo él. De
regreso (estaba oscureciendo) se detuvo a grabar se-
ñales en la corteza de los olmos, y a amontonar pie-
dras en determinados puntos para dar otra vez con el
lugar.

Ya sólo le faltaba hacerse con el equipo adecuado.
En realidad, lo tenía bien estudiado: entre los vecinos
de la escalera y el personal de la empresa había locali-
zado una decena de apasionados de la pesca. Con me-
dias palabras y alusiones a cada uno de ellos prome-
tiendo indicarle, en cuanto él se cerciorara, un sitio
bueno de tencas y que sólo él conocía, consiguió que un
poco de éste y otro poco de aquél le prestaran un arse-
nal de pescador como jamás viera más completo.

A estas alturas no le faltaba nada: caña, sedal, an-
zuelos, cebo, red, botas de agua, capacha, una her-
mosa mañana, dos horas de tiempo –de las seis a las
ocho– antes de ir al trabajo, el río con las tencas...
¿Cómo no pescarlas? Así fue: bastaba lanzar el sedal
y hacía presa; las tencas picaban libres de sospecha.
En vista que con la caña resultaba tan fácil, probó
con la red: eran tencas tan bien dispuestas que se pre-
cipitaban de cabeza en la red.

Cuando fue la hora de marchar, su capacha est
llena. Buscó un camino, río arriba.

–¡Eh, usted! –en un recodo de la ribera, entre
chopos, se mantenía erguido un tipo con gorra
guarda y gesto de pocos amigos.

–¿Yo? ¿Qué pasa? –dijo Marcovaldo advirtie
no sé qué amenaza para sus tencas.

–¿Dónde los ha pescado, todos esos peces? –di
guarda.

–¿Eh? ¿Por qué? –y Marcovaldo tenía ya el cora
en un puño

–Si los ha pescado ahí, ya los está tirando: ¿no
visto la fábrica río arriba? –y le indicaba en efecto
edificio largo y bajo que ahora, doblado el recod
vislumbraba más allá de los sauces, y que arroja
aire humo y en el agua una nube densa de un in
ble color entre turquesa y violeta–. ¡Por lo meno
agua, de qué color es, lo habrá visto! Fábrica de
turas: el río está envenenado a causa de ese azul, y
peces lo mismo. ¡Arrójelos en el acto, o si no se
confisco!

Marcovaldo, por su gusto, los hubiera arrojad
más lejos posible y al instante quitárselos de enc
como si sólo el olor bastara para envenenarle.
en presencia del guarda no quería hacer semej
papelón.

–¿Y si los he pescado más arriba?

–Esto es otro cantar. Se los confisco y le po
multa. Río arriba de la fábrica hay un coto de p
¿No ve el cartel?

–Yo, a decir verdad –se apresuró a contestar Mar-
valdo–, llevo la caña porque sí, para presumir con
amigos, pero los peces se los he comprado al pes-
dero de ese pueblo de ahí al lado.

–Nada hay que objetar, entonces. Sólo falta pagar
consumos: aquí estamos fuera del fielato.

Marcovaldo había abierto la capacha y la estaba
ciando en el río. Alguna de las tencas debía de estar
davía viva, porque se escabulló más que contenta.

Verano

## 14. *Luna y Gnac*

La noche duraba veinte segundos, y veinte seg
dos el GNAC. Durante veinte segundos se veía el c
azul estriado de nubes negras, la hoz de la luna
ciente dorada, acentuada por un impalpable hal
luego estrellas, que al mirarlas espesaban su p
zante pequeñez, hasta la polvareda de la Vía Lác
todo ello visto a toda prisa, cada pormenor en
uno se detenía representaba perder algo del c
junto, porque los veinte segundos pasaban en
guida y empezaba el GNAC.

El GNAC era una parte del anuncio lumin
SPAAK-COGNAC sobre el tejado de enfrente, que
manecía veinte segundos encendido y veinte
gado, y cuando estaba encendido no se veía
más. La Luna, improvisadamente, se descolorí
cielo se tornaba uniformemente negro y chato,
dían las estrellas su fulgor, y los gatos y las gatas
desde hacía diez segundos lanzaban maullido
amor dirigiéndose lánguidamente al encuentro
las canaleras y los cimacios, ahora, con el GNA
acurrucaban en las tejas, el pelo erizado, ante la
forescente luz del neón.

Asomada a la buhardilla en que vivía, la famil
Marcovaldo se abandonaba a dos opuestas corri
de pensamientos. Ahora la noche, e Isolina, qu



ba hecha una mujercita, se sentía transportada por
l claro de luna, el corazón se le derretía, y hasta el
ás apagado graznar de radio de los pisos inferio-
s de la casa le llegaba como el rasgueo de una sere-
ata; ahora el GNAC, y aquella radio parecía tomar
tro ritmo, un ritmo de jazz e Isolina pensaba en
ancings radiantes de luz, y la pobrecita de ella sola
llá arriba. Pietruccio y Michelino desencajaban los
os en la noche y se dejaban penetrar por el cálido
blando miedo de estar rodeados de bosques llenos
bandidos; luego, el ¡GNAC! y se abalanzaban uno
ntra otro, en alto el pulgar y con el índice ten-
ido: –¡Manos arriba! ¡Soy Nembo Kid! –Domitilla,
madre, al apagarse la noche pensaba: «Es hora de
ue los chicos se retiren, este aire les hará daño. ¡E
olina asomada a estas horas, eso no está nada
en!» Pero al momento todo se volvía otra vez lu-
noso, eléctrico, afuera igual que adentro, y Do-
itilla se sentía como de visita en una casa de
ntín.

Fiordaligi, en cambio, jovencito melancólico,
da vez que se apagaba el GNAC veía aparecer en la
luta de la *g* el ventanuco apenas iluminado de una
uhardilla, y detrás de los cristales un rostro de mu-
hacha color de luna, color de neón, color de luz en
noche, una boca casi aún de niña que en cuanto él
sonreía abríase imperceptiblemente y ya parecía
orecer en una sonrisa, cuando de la oscuridad vol-
a a dispararse la despiadada *g* del GNAC y aquel
tro perdía sus perfiles, se transformaba en una

tenue sombra clara, y de la boca de la niña no hab
modo de saber si había respondido a su sonrisa.

En medio de tamaña tempestad de pasiones, M
covaldo intentaba enseñar a sus hijos la posición
los cuerpos celestes.

–Aquel es el Carro Mayor, uno dos tres cuatr
allí la lanza, aquel el Carro Menor, y la Estrella Po
marca el Norte.

–Esa otra, ¿qué marca?

–Esa marca *c*. Pero nada tiene que ver con las est
llas. Es la última letra de la palabra COGNAC. Las
trellas, en cambio, marcan los puntos cardina
Norte Sur Este Oeste. La Luna tiene los cuernos
cia el oeste. Cuarto creciente, cuernos a poni
Cuarto menguante, cuernos a levante.

–Papá, ¿entonces el coñac es menguante! ¡
tiene los cuernos a levante!

–Nada de creciente o menguante: es un rótulo
ha puesto ahí la empresa Spaak.

–Y la Luna, ¿qué empresa la ha puesto?

–La Luna no la ha puesto ninguna empresa. E
satélite, y está desde siempre.

–Si la Luna está siempre, ¿por qué cambi
cuernos?

–Son los cuartos. Cuando sólo se ve un cac

–También el COGNAC sólo se ve un cacho.

–Por el tejado de la casa Pierbernardi, que e
alto.

–¿Más alto que la Luna?

Y así, cada vez que se encendía el GNAC, los



de Marcovaldo se confundían con los comerciantes
rrestres, e Isolina transformaba un suspiro en el ja-
eo de un *mambo* a media voz, y la muchacha de la
uhardilla desaparecía en aquel anillo ofuscador y
río, escondiendo su respuesta al beso que Fiordaligi
nalmente se atrevió a mandarle en la punta de los
dos, y Filippetto y Michelino, con los puños ante
cara, jugaban a la ametralladora aérea –Ta-ta-
-tá... –contra el anuncio luminoso, que al cabo de
inte segundos se extinguía.

–Ta-ta-tá... ¿Has visto, papá, que lo he apagado
n una sola ráfaga? –dijo Filippetto, pero ya, sin luz
neón, su fanatismo guerrero se había desvanecido
los ojos se le llenaban de sueño.

–¡Ojalá –se le escapó al padre– se hiciera trizas! Os
eñaría el León, los Gemelos...

–¡El León! –Michelino se llenó de entusiasmo–.
guarda! –Se le había ocurrido una idea. Tomó el ti-
omas, lo cargó con chinas de las que siempre te-
en el bolsillo una reserva, y disparó con todas sus
rzas contra el GNAC.

Se oyó la granizada caer desparramándose por las
as del techo de enfrente, en la chapa de la canalera
ntineo de los cristales de una ventana alcanzada,
ong de una guija allá abajo contra la pantalla de
farol, una voz desde la calle: –¡Llueven piedras!
, allá arriba! ¡Sinvergüenza! –Pero el anuncio lu-
noso, precisamente en el momento del tiro, se ha-
apagado al terminar sus veinte segundos. Y todos
la buhardilla empezaron mentalmente a contar:

uno dos tres, diez once, hasta veinte. Contaron die
nueve, tomaron aliento, contaron veinte, contar
veintiuno veintidós con el temor de haber cont
demasiado aprisa, pero no, nada, el GNAC no se v
vía a encender, no era sino un negro garabato ape
descifrable y trenzado a su castillete como la vid
pérgola. –¡Aaah! –exclamaron todos y el manto
firmamento se alzó infinitamente estrellado so
ellos.

Marcovaldo, interrumpido cuando tenía lev
tada la mano para dar un bofetón a Michelino,
tióse como proyectado en el espacio. La oscuri
que ahora reinaba a la altura de los tejados tendía
especie de barrera que relegaba allá abajo el mu
donde seguían remolineando jeroglíficos amarill
verdes y rojos, y guiñadores ojos de semáforo,
luminoso navegar de los tranvías vacíos, y los a
invisibles impeliendo adelante el cono de luz d
faros. De ese mundo no subía hasta allí más que
difusa fosforescencia, vaga como un humo. Y a
vantar la mirada libre de deslumbramientos, se a
la perspectiva de los espacios, las constelacion
dilataban en profundidad, el firmamento gira
placer, esfera que todo lo contiene y no la cont
ningún límite, y sólo un aclararse de su trama,
especie de mella, daba hacia Venus, por mejor r
tarla sola sobre el marco de la tierra, con su firm
rida de luz estallada y contenida en un punto

Suspendida en ese cielo, la Luna, más que mo
su abstracta apariencia de media luna, revela

naturaleza de esfera opaca iluminada en su redor por
os oblicuos rayos de un Sol perdido para la Tierra,
ero que conserva –como sólo puede verse algunas
oches de comienzos de verano– su cálido color. Y
Marcovaldo al contemplar aquella estrecha orilla de
una perfilándose allá entre sombra y luz, experi-
entaba la vaga nostalgia de arribar a una playa mi-
grosamente soleada en plena noche.

Así permanecían asomados a la buharda, los chi-
os con el susto del descomunal resultado de su acto,
olina embelesada como en éxtasis, Fiordaligi con el
rivilegio de distinguir el ventanuco apenas ilumi-
ado y finalmente la sonrisa lunar de la muchacha.
a madre se recobró: –Venga, venga, es de noche,
qué hacéis ahí asomados? ¡Os va a dar no se qué,
ajo este claro de luna!

Michelino apuntó el tirador hacia arriba. –¡Y yo
pago la Luna! –Le echaron la garra y lo mandaron a
ormir.

En lo que restaba de aquélla y por toda la noche si-
iente, el anuncio luminoso del tejado de enfrente
lo rezaba SPAAK-CO y desde la buhardilla de Marco-
aldo se veía el firmamento. Fiordaligi y la mucha-
a lunar se enviaban besos en los dedos, y tal vez ha-
ándose a mudas llegarían a concertar una cita.

Pero a la mañana del segundo día, sobre el tejado,
ntre dos castilletes del anuncio luminoso, se recor-
aban muy chiquitas las figuras de dos electricistas
n mono que revisaban hilos y tubos. Con el aire de
viejos que prevén qué tiempo hará, Marcovaldo

sacó la cabeza y dijo: –Esta noche será otra vez u
noche de GNAC.

Alguien estaba llamando a la puerta. Abrier
Era un caballero de gafas. –Perdonen, ¿podría ec
una ojeada a su ventana? Gracias –y se presen
Doctor Godifredo, agente de publicidad lumin

«¡Estamos aviados! ¡Nos harán pagar el ras
–pensó Marcovaldo y ya estaba fulminando a los
jos con los ojos, sin acordarse de sus raptos astro
micos–. Verás que se asoma a la ventana y se
cuenta de los tiros sólo podían salir de aquí.»
tentó parar el golpe: «Ya sabe, son chiquillos, se
tretienen así con chinas de nada, a los gorriones
me imagino cómo han podido dar en el rótulo d
Spaak. Pero les he castigado, eh, ¡vaya si los he ca
gado! Y puede estar seguro de que no volverá a re
tirse.

El doctor Godifredo prestó atención. –En re
dad, yo trabajo para el «Coñac Tomawac», no pa
casa «Spaak». Venía a estudiar las posibilidades d
anuncio luminoso en este tejado. Pero cuénte
cuente a pesar de todo, que me interesa.

Y así fue cómo Marcovaldo, a la media hora
rraba un trato con el «Coñac Tomawak», el prin
competidor de la «Spaak». Los chicos debían di
rar con el tiragomas contra el GNAC cada vez q
reparara el anuncio.

Será la gota que colme el vaso –dijo el docto
difredo. No se equivocaba: al borde de la ruin
los considerables desembolsos en gastos de pu

dad, la «Spaak» interpretó las continuas averías de su
mejor anuncio luminoso como un mal agüero. El le-
rero que unas veces decía COGAC otras COAC o CONC
difundía entre los acreedores la idea de una quiebra;
llegó un momento en que la agencia publicitaria se
negó a hacer más reparaciones si no se le pagaban los
atrasos; el anuncio a oscuras aumentó la alarma entre
los acreedores; la «Spaak» hizo bancarrota.

En el cielo de Marcovaldo la Luna llena se redon-
deaba en todo su esplendor.

Entraba en el último cuarto cuando los electricis-
tas volvieron a trepar por el tejado de enfrente. Y
aquella noche, con caracteres de fuego, caracteres al-
tos y gruesos dos veces más que antes, se leía COÑAC
TOMAWAK, y ya no había Luna ni firmamento ni cielo
en la noche, tan sólo COÑAC TOMAWAK, COÑAC TOMA-
WAK, COÑAC TOMAWAK que se encendía y se apagaba
cada dos segundos.

El más afectado de todos fue Fiordaligi; la bu-
harda de la muchacha lunar había desaparecido de-
jando de una enorme, una impenetrable *uve doble*.

Otoño

## 15. *La lluvia y las hojas*

En su empresa, entre otras incumbencias, co
pondía a Marcovaldo la de regar cada mañan
planta del tiesto del vestíbulo. Era una de esas p
tas verdes para interior, con un tallo enhiesto y
gado del que se separan, aquí y allá, sobre largos
billos, hojas anchas y lustrosas: en una palabra,
de esas plantas con tal forma de planta, con hojas
de forma de hoja, que no parecen de veras. Ma
por eso era menos planta, y como tal sufría, po
de estar allí, entre la cortina y el paragüero, le f
ban luz, aire y rocío. Marcovaldo cada mañana
cubría alguna mala señal: en una hoja el rabillo s
clinaba como si ya no pudiera sostenerla, otr
estaba picando con manchas como la cara de un
con sarampión, la punta de la tercera amarill
hasta que, una u otra, ¡tac!, la encontraban
suelo. Entretanto (lo que más pena daba) el tallo
planta se estiraba, se estiraba, ya no ordenadam
frondoso, sino desnudo como un bastón, con u
petillo en lo alto que le daba apariencias de coco

Marcovaldo desembarazaba de hojas caídas
vimento, quitaba el polvo a la sanas, vertía en
de la planta (lentamente, que no se saliera
ciando las baldosas) media regadera de agua, i
diatamente engullida por la tierra del tiesto. Y



encillos movimientos ponía un cuidado como en
ningún otro de su trabajo, poco menos que la com-
pasión por las desgracias de alguien de la familia. Y
suspiraba, quién sabe si por la planta o por él: porque
en aquel arbusto que amarilleaba, larguirucho, entre
las paredes de la empresa, reconocía a un hermano en
desventuras.

La planta (así, simplemente, se la llamaba, como si
cualquier nombre más preciso fuera inútil en un me-
dio en que a ella sola tocaba representar al reino ve-
getal) había arraigado en la vida de Marcovaldo a tal
punto que ocupaba sus pensamientos a toda hora del
día y de la noche. La mirada con que escrutaba en el
cielo cómo se acumulaban las nubes, no era precisa-
mente la del ciudadano que se pregunta si debe o no
sacar el paraguas, sino la del agricultor que un día y
otro aguarda el término de la sequía. Y a lo que, le-
vantando la cabeza de su trabajo, advertía a contra-
luz, a través del ventano del almacén, la cortina de
lluvia que empezaba a caer espesa y silenciosa, lo de-
jaba todo, corría a la planta, cargaba con el tiesto y lo
colocaba fuera, en el patio.

La planta, al sentir el agua resbalarle por las hojas,
parecía esponjarse para ofrecer la mayor superficie
posible a las gotas, y de gozo colorearse con su verde
más brillante: o por lo menos así se le antojaba a
Marcovaldo que se paraba a contemplarla olvidando
ponerse a cubierto.

Allá se quedaban en el patio, hombre y planta, uno
frente a otra, el hombre casi percibiendo sensaciones

de planta bajo la lluvia, la planta –perdida la costum
bre del aire libre y los fenómenos de la naturalez
aturdida punto menos como el que de pronto se
mojado de pies a cabeza y con el traje como una so
Marcovaldo, nariz en alto, saboreaba el olor de la ll
via, un olor –para él– de bosques y de prados, y p
seguía en su pensamiento recuerdos indistintos. P
entre esos recuerdos asomaba, más claro y próxim
el de los dolores reumáticos que le asaltaban c
año; y entonces, a toda prisa, volvía bajo techad

Al término del horario de trabajo tenían que
rrar el local. Marcovaldo preguntó al jefe de alm
cén: –¿Puedo dejar la planta fuera, ahí en el pa

El jefe, señor Viligelmo, era un tipo que evit
cualquier responsabilidad demasiado gravosa.

–¿Estás loco? ¿Y si la roban? ¿A quién le toca
ponder?

Pero Marcovaldo, viendo el provecho qu
planta sacaba de la lluvia, no se decidía a volverla
cárcel: hubiera sido malgastar aquel regalo del c
–Podría guardarla yo hasta mañana... –propuso
cargo en el portaequipajes y me la llevo a casa.
este modo le hago recibir la mayor cantidad po
de lluvia...

El señor Viligelmo lo meditó un rato, conclu
seguido: –Lo que significa que tú respondes d
–y asintió.

Marcovaldo atravesaba la ciudad bajo una llu
cántaros, curvados sobre el manillar de su bic
con motor, cubierto por su chaqueta de viento



permeable. Detrás, en el portapaquetes, había atado
el tiesto, y bici, hombre y planta parecían una cosa
sola, o mejor el hombre gibado y hecho un rebujo de-
aparecía, y se veía sólo una planta en bicicleta. De
vez en cuando, por debajo de la capucha, Marco-
valdo volvía la mirada atrás hasta ver flamear a su es-
palda una hoja goteante; y cada vez le parecía que la
planta estaba más alta y frondosa.

En casa –una buhardilla con antepecho en el teja-
do–, a la que Marcovaldo apareció con la maceta
entre los brazos, los chiquillos le rodearon en
corro.

–¡El árbol de Navidad! ¡El árbol de Navidad!

–Nada de eso, ¿cómo se os puede ocurrir? ¡No
falta poco para Navidad! –protestaba Marcovaldo–.
¡Cuidado con las hojas, que son delicadas!

–Por si en esta casa estamos en una lata de sardinas
–rezongó Domitilla–. Si encima nos traes un árbol,
tendremos que largarnos nosotros...

–¡Si es una plantita de nada! La pondré en el ante-
techo...

Desde que dejaron el semisótano por el altillo, la
vida de Marcovaldo y familia había mejorado no
poco. Pero también el vivir pegado al tejado presen-
taba inconvenientes: el techo, por ejemplo, tenía al-
guna gotera. Las gotas caían de cuatro o cinco pun-
tos muy concretos, a intervalos regulares; y Marco-
valdo colocaba al pie orinales o cacerolas. Las
noches de lluvia cuando estaban ya acostados, se oía
el tic-toc-tuc de los distintos goteos, que te daba un

repeluzno como en presagio de reumatismos. Aqu
lla noche, en cambio, a Marcovaldo, cada vez que
su sueño inquieto se despertaba y abría el oído,
tic-toc-tuc le sonaba a musiquilla alegre: le de
que la lluvia continuaba, blanda e ininterrumpida
nutría a la planta, impulsaba a la linfa por los d
les pedúnculos, desplegaba las hojas como ve
«¡Mañana, al asomarme, la encontraré más c
cida!», pensaba.

Mas por mucho que lo hubiese pensado, al a
al otro día la ventana no podía dar crédito a
ojos: la planta obstruía ahora media ventana, las
jas habían duplicado por lo menos su número, y
no estaban reclinadas por su propio peso sino
hiestas y vibrantes como espadas. Descendió la
calera con el tiesto abrazado al pecho, lo ató en
portapaquetes y corrió hacia el trabajo.

Había dejado de llover, pero el día seguía in
guro. Marcovaldo no había saltado del sillín, y
volvía a caer alguna gota. «En vista de que le va
bien, la dejo todavía en el patio», pensó él.

En el almacén, de cuando en cuando acudía
ventano que daba al patio. Semejante distraerse
trabajo, al jefe del almacén no le gustaba.

–Bueno, ¿qué tienes hoy, tanto mirar afuera?

–¡Crece! ¡Venga a verlo también, señor V
gelmo! –y Marcovaldo le llamaba con la man
hablaba casi en voz baja, como si la planta no
biera enterarse–. ¡Mire cómo crece! ¿Verdad qu
crecido?



–Sí, ha crecido bastante –admitió el jefe, lo que para Marcovaldo fue una de esas satisfacciones que la vida del trabajo reserva rara vez al personal.

Era sábado. La faena terminaba a la una y hasta el lunes no había que enganchar. Marcovaldo bien querría volverse a llevar la planta, pero la verdad, puesto que ya no llovía, no acertaba a encontrar una excusa. Sin embargo, el cielo no estaba despejado; nubes negras, cúmulos, aparecían aquí y allá. Fue donde el jefe, quien, apasionado por la meteorología, tenía colgado sobre su mesa un barómetro. –¿Cómo pinta, señor Viligelmo?

–Malo, sigue siendo malo –le dijo–. Por lo demás, aquí no está lloviendo, pero en el barrio donde vivo, yo acabo de telefonear a mi mujer.

–Entonces –se apresuró a proponer Marcovaldo–, yo llevaría la planta a dar una vuelta por donde llueve –y, dicho y hecho, volvió a colocar el tiesto en el portapaquetes de su bici.

El sábado por la tarde y el domingo, Marcovaldo se los pasó así: caracoleando sobre el sillín de su bicicleta con motor, llevando a la grupa la planta, escrutaba el cielo, buscaba una nube que le pareciera de buenas intenciones, y corría por las calles hasta dar con la lluvia. De vez en cuando, al darse vuelta, veía un poco más alta la planta: alta como un taxi, como las furgonetas, ¡como el tranvía! Y con hojas cada vez más anchas, por las que el agua resbalaba sobre su capucha impermeable como desde una ducha.

A estas alturas era un árbol sobre dos ruedas, aque-

llo que corría por la ciudad desorientando a g
dias, conductores y peatones. Y las nubes, e
tanto, seguían los caminos del viento, abanica
con lluvia un barrio y acto seguido lo abandona
y los transeúntes, uno tras otro, alargaban la ma
volvían a cerrar el paraguas; y, por calles y pase
plazas, Marcovaldo corría tras su nube, curv
sobre el manillar, arrebujado en la capucha sin
mar más que la nariz, con el motorcillo p
deando a todo gas, manteniendo la planta e
trayectoria de las gotas, como si la cola de lluvia
la nube dejaba en pos de sí se hubiera enredad
las hojas y de esta forma todo corriese arrast
por una misma fuerza: viento, nube, lluvia, pl
ruedas...

El lunes Marcovaldo se presentó de vacío al s
Viligelmo.

–¿Y la planta? –preguntó en el acto el jefe d
macén.

–Ahí afuera. Venga.

–¿Dónde, dónde? –inquirió Viligelmo–. N
veo.

–Ésa de ahí. Ha crecido bastante... –e indic
árbol que llegaba al segundo piso. Estaba plan
no ya en el viejo tiesto, sino en una especie de t
y en vez de la bicicleta Marcovaldo se había a
ciado un triciclo con furgoneta.

–¿Y ahora, qué? –se enfureció el jefe–. ¿Cóm
dejamos en el vestíbulo? ¡Ni siquiera cabe po
puertas!



Marcovaldo se encogió de hombros.

–¡La única –prosiguió Viligelmo–, es devolverla al
vero y que nos la cambien por otra de las debidas
mensiones!

Marcovaldo subió de nuevo a su montura.

–Allá voy.

Reanudó la carrera por la ciudad. El árbol llenaba
verdor el centro de las calles. Los guardias, preo-
pados por la circulación, le detenían en cada cruce;
luego –cuando Marcovaldo explicaba que devolvía
planta al vivero para quitarla de en medio– le per-
itían proseguir. Pero, anda que te anda, Marco-
ldo la calle del vivero no se decidía a tomarla. A la
ea de separarse de su criatura, ahora que la había
bido con tanto éxito, se le partía el corazón: cavi-
ba que en su vida nada le había procurado tantas
tisfacciones como esta planta.

De modo que seguía yendo y viniendo por calles y
azas y riberas y puentes. Y un verdor de selva tro-
cal se extendía hasta cubrirle la cabeza, los hom-
os, los brazos, haciéndole desaparecer en la ver-
ura. Y semejante profusión de hojas y rabillos e
cluso el tallo (que seguía siendo delgadísimo) osci-
ban y oscilaban con una especie de continuo tem-
lor, sea que algún chaparrón todavía viniera a sacu-
rlos, sea que las gotas cayeran más espaciadas, o se
terrumpieran por completo.

Dejó de llover.

Era hacia la caída de la tarde. Al final de las calles,
en el espacio entre las casas, se posó una luz confusa

de arco iris. La planta, tras el impetuoso esfuerzo
crecimiento que la mantuvo tensa mientras dur
lluvia, se sentía poco menos que exhausta. Ma
valdo, entregado a su carrera sin meta, no se
cuenta de que a su espalda las hojas, una a una,
saban del verde intenso al amarillo, un amarillo
oro.

Desde un buen rato antes, un cortejo de velo
tores y autos y bicis y muchachos venía en pos
árbol que daba vueltas por la ciudad, y Marcova
sin apercibirse, y gritaban: –¡El baobab! ¡El bao
–y con estentóreos ¡Oooh! de admiración asistía
amarillecer de las hojas. Cuando una hoja se
prendía y se iba por los aires, muchas manos se a
ban para asirla al vuelo.

Empezó a soplar viento; las hojas de oro, a
gas, corrían a media altura, planeando. Marcov
estaba convencido de tener a su espalda el árbo
davía verde y frondoso, hasta que de pronto –q
por llegarle el viento sin obstáculos– se volvi
árbol se había esfumado: apenas un palito de
con una aureola de pelados pedúnculos, y toda
última hoja amarilla por copete. A la luz del
iris todo lo demás parecía negro: la gente po
aceras, las fachadas de las casas que formaba
lera; y contra esa negrura, ni altas ni bajas, vol
ban las hojas de oro, brillantes, a centenares; y
nos rojas y rosas a cientos se alzaban de la so
para atraparlas; y el viento levantaba las hoj
oro hacia el arco iris de allá al fondo, y a las m

a los gritos; y arrancó asimismo la última hoja que
e amarilla se tornó anaranjada, después roja-viole-
-azul-verde, después de nuevo amarilla, y después
esapareció.

## *16. Marcovaldo en el supermercado*

A las seis de la tarde la ciudad caía en manos de
consumidores. A lo largo de toda la jornada la g
ocupación de la población productora era produ
producían bienes de consumo. A una hora deter
nada, como por el disparo de un interruptor, deja
de producir y, ¡andando!, se lanzaban todos a co
mir. A diario, una floración impetuosa no acab
de abrirse tras los escaparates iluminados, ni los
jos chorizos de estar colgando, las torres de plato
porcelana de alzarse hasta el techo, las piezas de
dos desplegarse y disponer la muestra como ru
de pavo real, y ya irrumpía el gentío consumid
desmantelar, a roer, a palpar, a arramblar con t
Una fila ininterrumpida serpeaba por las aceras
soportales, se alargaba a través de las puertas cr
leras en los comercios alrededor de todos los mo
dores, impelida por los codazos de cada quisqu
las costillas de cada prójimo a modo de conti
golpes de émbolo. ¡Consumid!, y tocaban los ar
los y los dejaban y vuelta a tocarlos y se los arr
ban mutuamente de las manos; ¡consumid!, y ob
ban a las pálidas dependientas a desplegar sob
tablero más y más ropa blanca; ¡consumid!, y lo
rretes de cordel encarnado giraban como peo
las hojas de papel floreado sacudían sus alas e



lendo las compras en paquetitos, y los paquetitos
n paquetes y los paquetes en paquetones, atado
da uno con su nudo de lazada. Y sucesivamente pa-
uetones paquetes paquetitos bolsas bolsicos se
rremolinaban alrededor de la caja en un atasco inso-
uble, manos que hurgaban en los bolsillos buscando
os bolsicos y dedos que hurgaban en los bolsicos
uscando los sueltos, y allá abajo, en un bosque de
ernas desconocidas y faldones de gabanes, los
ños, que ya no llevaban de la mano, se perdían y llo-
aban.

Una de aquellas tardes Marcovaldo salió con la fa-
illia a distraerse. Hallándose sin un cuarto, su dis-
acción consistía en ver cómo los demás hacían
ompras; por lo mismo que el dinero, cuanto más
rcula, tanto más lo espera quien no lo tiene: «Tarde
temprano acabará por caer, por poco que sea, tam-
én en mis bolsillos». Aunque a Marcovaldo su
aga, entre que era poca y que en la familia eran mu-
os, y que había que pagar plazos y deudas, se le iba
momento de cobrarla. Con todo, no dejaba de ser
n entretenimiento, en particular, el darse una vuelta
or el supermercado.

El supermercado funcionaba en régimen de self-
rvice. Tenía sus carritos, una especie de gavetas de
mbre con ruedas, y cada cliente empujaba su ca-
ito y lo llenaba que era una bendición de Dios.
mbién Marcovaldo al entrar se hizo con su carrito,
no su mujer y uno cada uno de sus cuatro hijos. Y
llá marchaban en procesión empujando sus carri-

tos, entre mostradores atestados de montañas de
sas comestibles, señalándose unos a otros las lon
nizas y los quesos y nombrándolos, cual si reco
cieran en la multitud caras de amigos, o por lo me
de conocidos.

–Papá, ¿y esto lo podemos poner? –preguntab
cada minuto los críos.

–No, no hay que tocarlo, está prohibido –d
Marcovaldo acordándose de que al final de la vu
les aguardaba la cajera para la suma.

–¿Y por qué aquella señora lo toma? –insist
viendo a tanta buena mujer que, si entraron p
comprar sólo un par de zanahorias y un apio, no
dían resistir ante una pirámide de latas y ¡tu
¡tum!, ¡tum!, con un gesto entre absorto y resign
dejaban caer latitas de tomates pelados, melocot
en almíbar, anchoas en aceite que tamboreaban
carrito.

La cuestión es que, si tu carrito está vacío y
otros llenos, llega un momento en que no lo ag
tas: entonces te entra una envidia, una congoja,
te puedes contener. En esta coyuntura Marcov
después de haber instado a la mujer y a los hijos
no tocaran nada, dobló veloz por una travesía
los mostradores, se hurtó a la vista de sus famili
y tomando de un anaquel una caja de dátiles la d
sitó en su carrito. Quería únicamente darse el g
de pasearla diez minutos, ostentar él también
compras como los demás, y después devol
adonde la había encontrado. Esa caja, y de pas



roja botella de salsa picante, y un paquetito de café, y un cartucho azul de fideos. Marcovaldo tenía la impresión de que, haciéndolo con cuidado, podía por lo menos durante un cuarto de hora experimentar el gozo de quien sabe elegir un artículo, sin tener que pagar ni un real. ¡Pero guay si le veían los chicos! ¡Al momento les daría por imitarle y a saber el lío que se armaba!

Marcovaldo se afanaba en no dejar rastro, recorría un camino en zigzag por las secciones, siguiendo ora a atareadas criaditas ora a damas emperifolladas. Y al tiempo que una u otra alargaba la mano para tomar una calabaza amarilla y olorosa o una caja de queso en porciones, él las imitaba. Los altavoces difundían musiquillas alegres: los consumidores se movían o paraban siguiendo el ritmo, y en el momento preciso tendían el brazo y se hacían con un artículo y lo metían en su cestilla, siempre al compás de la música.

El carrito de Marcovaldo estaba ahora repleto de mercancía; sus pasos le llevaban a adentrarse en secciones menos frecuentadas; los productos de nombre cada vez menos descifrable venían en cajas con figuras que no dejaban sacar en claro si se tratase de abono para lechuga o de simiente de lechuga o de lechuga propiamente dicha o de veneno para la oruga de la lechuga o de cebo para atraer a los pájaros que se comen a esos gusanos o acaso condimento para la ensalada o para los pajaritos fritos. Por si acaso, Marcovaldo se llevaba dos o tres cajas.

De esta suerte andaba entre dos altos setos de mos-

tradores. De pronto el corredor se acababa y ven
un largo espacio vacío y desierto con las luces
neón que hacían brillar los azulejos. Marcovaldo
encontraba allí, solo con su carro de bienes, y
fondo de aquel espacio vacío estaba la salida, c
la caja.

Su primer impulso fue lanzarse de cabeza emp
jando el carrito como un tanque y escapar del
permercado con el botín antes de que la cajera
diese dar la alarma. Pero en aquel momento
otro pasillo próximo asomó un carrito más c
gado aún que el suyo, y quien lo empujaba era
mujer, Domitilla. Y, por otra parte, asomaba
tercero y Filippetto que arrempujaba sacando fu
zas de flaqueza. Era aquél un punto en que los
sillos de muchas secciones convergían, y de c
embocadura salía un hijo de Marcovaldo, to
dando a sus carricoches estibados como buq
mercantes. Todos habían tenido la misma ide
ahora al volverse a encontrar advertían que hab
reunido un completo muestrario de las disponib
dades del supermercado. –Papá, ¿entonces so
ricos? –preguntó Michelino–. ¿Habrá como
comer un año?

–¡Atrás! ¡Aprisa! ¡Alejaos de la caja! –excl
Marcovaldo dando media vuelta y escondién
él y su impedimenta, detrás de los mostrador
se pegó una carrera doblado en dos como ba
fuego del enemigo, volviendo a perderse po
secciones. Un estruendo resonaba a sus espa



volvióse y vio a toda la familia que, empujando sus vagones como un tren, galopaba pisándole los talones.

–¡Aquí nos presentan un cuenta de a millón!

El supermercado era espacioso e intrincado como un laberinto: había para dar vueltas horas y horas. Con tantas provisiones a disposición, Marcovaldo y los suyos habrían tenido para pasar todo el invierno sin salir de allí. Pero los altavoces ya habían interrumpido su musiquilla, y decían:

–¡Atención! ¡Dentro de un cuarto de hora el supermercado se cierra! ¡Por favor, acérquense a la caja!

Había llegado la hora de deshacerse de la carga: ahora o nunca. Al llamamiento del altavoz el tropel de clientes se entregó a una furia frenética como si se tratase de los últimos minutos del último supermercado en el mundo entero, una furia no se sabe si de llevarse todo lo que había o de dejarlo todo, en fin una de empujones en torno a los mostradores, que Marcovaldo con Domitilla e hijos aprovechaban para reponer la mercancía en los anaqueles o para deslizarla en los carritos de otras personas. Las restituciones se hacían un tanto al buen tuntún: el papel matamoscas en el mostrador del jamón, un repollo entre las tartas. A una señora, no se dieron cuenta de que en lugar del carrito empujaba un cochecito con un niño de pecho: lo reforzaron con una frasca de barbera.

Eso de privarse de las cosas sin haberlas siquiera

catado era un sufrimiento como para que se te salt
ran las lágrimas. No extrañe que, en el mismo m
mento que dejaban un tubo de mahonesa, les vinie
a la mano un racimo de plátanos, y se lo quedaran;
un pollo asado en lugar de un escobón de nylon; c
cuyo sistema sus carritos, al compás que se vaciaba
se volvían a llenar.

La familia con sus provisiones subía y bajaba p
las escaleras mecánicas y en cada piso desemboca
en pasos obligados que cerraba una cajera de cer
nela apuntando con una máquina calculadora cre
tante como una ametralladora contra cuantos m
traban trazas de salir. El divagar de Marcovald
familia se parecía cada vez más al de animales enj
lados o de reclusos en una luminosa prisión de
ros con paneles de colores.

Apareció un lugar en que los paneles de la pa
estaban desmontados, había una escala de mano
apoyada, martillos, herramientas de carpintero
albañil. Una empresa estaba construyendo una
pliación del supermercado. Cumplido su horari
trabajo, los operarios se habían marchado deja
las cosas de cualquier modo. Marcovaldo, provi
nes al frente, se coló por el agujero de la pared
otro lado reinaba la oscuridad; él siguió adelan
la familia, con los carritos, en pos de él.

Las llantas de goma de los carritos botaban p
suelo como desempedrado, a trechos arenoso, l
por un piso de tablas mal ajustadas. Marcov
avanzaba balanceándose por una tabla; los ojos

guían. De pronto vieron delante y detrás y arriba y abajo una porción de luces sembradas a lo lejos, y el vacío en torno.

Se hallaban en al armarzón de tablones de un andamiaje, a la altura de una casa de siete pisos. La ciudad se abría a sus pies con un centellear luminoso de ventanas y rótulos y chispazos eléctricos de los troles de los tranvías; más arriba aparecía el cielo tachonado de astros y de luces rojas de antenas de las emisoras de radio. El andamiaje temblaba bajo el peso de tamaña cantidad de mercancía en falso. Michelino dijo:

–¡Tengo miedo!

De la oscuridad avanzó una sombra. Era una boca enorme, sin dientes, que se abría adelantándose sobre un interminable cuello metálico: una grúa. Bajaba hacia ellos, se detenía a su altura, la quijada inferior contra el borde del andamio. Marcovaldo inclinó el carrito, vació su mercancía en las fauces de hierro, y siguió adelante. Domitilla hizo otro tanto. Los chicos imitaron a sus padres. La grúa cerró sus fauces sobre todo aquel botín del supermercado y con un graznador movimiento de poleas echó la cabeza atrás, alejándose. Abajo se encendían y giraban los letreros luminosos de mil colores que invitaban a comprar los productos en venta en el gran supermercado.

## *17. Humo, viento y pompas de jabón*

Cada día el cartero depositaba algún sobre en buzones de los inquilinos; sólo en el de Marcoval no había nunca nada, porque jamás le escribía nad y a no ser por algún último aviso para pagar la lu el gas, su buzón no hubiera servido de nada en soluto.

–¡Papá, hay correo! –exclamó Michelino.

–¡Quita allá! –le responde–. ¡Es el anuncio de c tumbre!

En todas las cajetas para el correo destacaba hoja doblada de color azul y amarillo. En ella se cía que para una buena colada el Blancasol era el jor de los productos; a quien se presentara con la jita azul y amarilla se le daría una muestra grat

Como quiera que esas hojas eran estrechas y a algunas asomaban por la boca de las cajetas; otra daban por el suelo hechas una pelota o sólo un arrugadas, pues muchos vecinos al abrir la caje nían por costumbre tirar en el acto los papelote blicitarios que la llenaban. Filippetto, Pietruc Michelino, en parte recogiéndolos del suelo, en estirándolos por la hendidura, en parte incluso pricándolos con un alambre, empezaron a colecci bonos Blancasol.

–¡Tengo más yo!



–¡No, señor, cuéntalos! ¿Qué te juegas que yo tengo muchos más?

La campaña publicitaria del Blancasol había batido todo el barrio, portal por portal. Y portal por portal los hermanitos se dedicaron a batir el barrio, acaparando los bonos. Alguna portera les puso en fuga, gritando: «¡Granujas! ¿Qué es lo que veníais a robar? ¡Telefoneo a los guardias!» Alguna, en cambio, se alegró de que hicieran un poco de limpieza llevándose tanto papelucho como se depositaba a diario.

Por la noche, las dos menguadas habitaciones de Marcovaldo estaban enteramente amarillas y azules de hojitas de Blancasol; los chicos las contaban y volvían a contar amontonándolas en paquetes como los cajeros de los bancos con los billetes.

–Papá, con todos los que tenemos, ¿podremos montar una lavandería? –preguntaba Filippetto.

Por aquellos días, el mundo de la producción de detergentes andaba muy agitado. La campaña publicitaria de Blancasol tenía alarmadas a las marcas competidoras. Para lanzar sus productos, también ellas distribuyeron por todas las cajetas postales de la ciudad cupones análogos que daban derecho a muestras gratuitas y cada vez mayores.

Los chicos de Marcovaldo, en los días próximos, vieron un trabajo loco. Las cajetas postales florecían cada mañana como los melocotoneros en primavera: hojillas con dibujos verdes, rosas, azul celeste, anaranjado prometían coladas más blancas a quien usara Spumador o Lavoluz o Jabonalba o Lim-

pialín. Para los muchachos, las colecciones de cup
nes y bonos-regalo se complicaban con más y m
clasificaciones nuevas. Al mismo tiempo, se ens
chaba el coto de caza, extendiéndose a los portales
otras calles.

Naturalmente, tales maniobras no pasaron de
percibidas. Los chiquillos de la vecindad no tarda
en comprender a qué caza se dedicaban todo el sa
día Michelino y sus hermanos, e inmediatame
aquellas hojitas, a las que hasta entonces ninguno
ellos prestó la menor atención, se convirtieron en
helado botín. Siguió un período de rivalidad entre
diversas bandas de chiquillos, durante el cual la re
gida en una zona mejor que en otra dio pie a dispu
y escaramuzas. Luego, al cabo de una serie de al
cados y negociaciones, se pusieron de acuerdo:
arreglo para organizar la caza rentaba más que el
queo sin orden ni concierto. Y la recogida de hó
fue tan metódica, que en cuanto el hombrecillo
Candiflor o del Aclaraquick daba la vuelta por
porterías, su recorrido era espiado y seguido pas
paso, y el material recién distribuido lo requisaba
momento los pilluelos.

Al mando de las operaciones, como es lógico
guraban siempre Filippetto, Pietruccio y Michel
pues la primera idea la tuvieron ellos. Llegaron
cluso a convencer a los demás de que los cupo
eran patrimonio común, y había que conserva
todos juntos. –¡Como en un banco!– precisó
truccio.



–¿Somos dueños de una lavandería o de un banco? –preguntó Michelino.

–¡Qué más da, somos millonarios!

Los chicos no dormían ya de puro excitados y se perdían en proyectos para el futuro:

–En cuanto recojamos todas las muestras, reuniremos cantidades inmensas de detergentes.

–¿Dónde los meteremos?

–¡Habrá que alquilar un almacén!

–¿Por qué no un barco?

La publicidad, al igual que las flores y los frutos, va a estaciones. Al cabo de unas semanas, la estación de los detergentes concluyó; en las cajetas no aparecían más que anuncios pregonando callicidas.

–¿Nos dedicamos a recogerlos también? –propuso alguien. Mas prevaleció la idea de aplicarse en el acto al recaudo de las riquezas acumuladas en detergentes. Se trataba de presentarse en las tiendas prescritas, a que les dieran una muestra por cada cupón: pero esta nueva fase de su plan, sencillísima en apariencia, resultó ser mucho más larga y complicada que la primera.

Las operaciones debían desarrollarse en orden abierto: un chico cada vez en cada tienda. Cabía presentar hasta tres y cuatro cupones de vez, pero de marcas diferentes, y si los dependientes pretendían dar sólo una muestra de una marca y nada más, había que decir: «La mamá quiere probarlos todos para ver cuál es mejor.»

Las cosas se complicaban cuando, como ocurría

en muchas tiendas, la muestra gratuita la daban úni-
camente a quien compraba algo; jamás las madr-
habían visto a los chicos tan ansiosos de ir con enca-
gos a la droguería.

En fin, que la transformación de los bonos
mercancía iba para largo y requería gastos supl-
mentarios porque los encargos con los dineros de
mamás eran pocos y muchas las droguerías que
plorar.

Para reunir fondos no había más remedio que ac-
meter de inmediato la tercera fase del plan, vale de
la venta del detergente ya obtenido.

Decidieron que irían a venderlo por las casas,
cando el timbre. –¡Señora! ¿Le interesa? ¡Colada p-
fecta! –y ofrecían la caja de Aclaraquick o el sobr-
Blancasol.

–Sí, sí, venga, gracias –decía alguna, y en cua-
recibía la muestra les daba con la puerta en las
rices.

–¿Cómo? ¿Y pagar? –y descargaba puñetazos e-
puerta.

–¿Pagar? ¿Pero no es gratis? ¡Largo de aquí, gol-

Por aquellos días, en efecto, pasaban casa por
agentes de las distintas marcas para entregar m-
tras gratuitas: tratábase de una nueva ofensiva pu-
citaria emprendida por todo el ramo de deterger-
en vista del escaso fruto de la campaña de los cu-
nes de regalo.

La casa de Marcovaldo parecía el almacén de
droguería, llena hasta arriba de productos Candi-



Limpialín, Lavolux; pero de tamaña cantidad de mercancía no había modo de sacar ni un cuarto; era género que se regalaba, como el agua de las fuentes.

Por otra parte, entre los agentes de las empresas no tardó en correr la voz de que algunos muchachos efectuaban sus mismas visitas de casa en casa vendiendo aquellos mismos productos que ellos ofrecían gratis. En el mundo del comercio son frecuentes las oleadas de pesimismo: se empezó a decir que mientras ellos, que los regalaban, la gente respondía que los detergentes no les importaban un comino, a quienes lo hacían pagar, en cambio, se los compraban. Se reunieron las secciones de estudios de las diversas sociedades, se consultó a especialistas de «marketing»: se llegó a la conclusión de que una competencia tan desleal podía provenir sólo de receptadores de mercancías robadas. La policía, previa la consabida denuncia contra desconocidos, comenzó la batida del barrio en busca de ladrones y del escondrijo de la refurtiva.

En un momento el detergente se hizo tan peligroso como la dinamita. Marcovaldo se asustó: –¡En mi casa no quiero ver ni un solo gramo de estos polvos! –Pero no se sabía dónde meterlos, pues nadie los quería guardar en su casa. Tomaron la decisión de que los niños lo arrojaran todo al río.

Era antes del amanecer; al puente llegó un carretón tirado por Pietruccio y empujado por sus hermanos, cargado con cajas de Jabonalba y Lavolux, luego otro carretón idéntico tirado por Uguccione, el hijo

de la portera de enfrente, y otro más, y más toda
En mitad del puente se detuvieron, dejaron pas
un ciclista que todo era volverse a curiosear, y lu
–¡Allá va! –Michelino empezó el lanzamiento de
jas al río.

–¡Idiota! ¿No ves que flotan? –gritó Filippet
¡Hay que volcar en el río los polvos, y no las ca

Y de las cajas abiertas, una por una, caía una su
nube blanca, se posaba en la corriente que pa
absorberla, volvía a aparecer en un pulular de d
nutas burbujas y al fin parecía irse al fondo. ¡As
bien! y los chicos continuaban descargando m
gramos sobre miriagramos.

–¡Fijaos, allí abajo! –gritó Michelino, y seña
aguas allá.

Pasado el puente venía la rápida. Donde l
rriente embocaba la bajada, las burbujas habían
saparecido; volvían a presentarse a la vista algo
allá, pero ahora covertidas en gruesas burbuja
se hinchaban empujándose unas a otras desde a
una ola de jabonadura que se encrespaba, se ag
taba, era ya tan alta como la presa, una espuma
queante como de tazón de barbero bien trab
con la brocha. Dijérase que todos aquellos pol
marcas rivales tuvieran el puntillo de dar prue
su efervescencia: el río derramaba jabonadura
los muelles, y los pescadores, que a las primera
estaban ya con las botas a remojo recogían sus
jos y salían por pies.

Por el aire matutino corrió una chispa de v



Un racimo de burbujas se soltó de la superficie del
gua, y revolaba ligero. Despuntaba el día y las bur-
bujas se coloreaban de rosa. Los niños las veían pasar
ltas sobre su cabeza y exclamaban:

–¡Oooh...!

Las pompas de jabón volaban siguiendo los invisi-
les rieles de las corrientes de aire sobre la ciudad,
mbocaban las calles a la altura de los tejados, siem-
re librándose de rozar salientes y canaleras. Pero la
mpacidad del racimo se iba deshaciendo: ora una,
tra después, las pompas echaban a volar por su
enta, y tomando cada una su derrotero diverso por
ltitud y presteza y trazado, vagaban a media altura.
iríase que se habían multiplicado; mejor: en reali-
d era así, porque el río seguía rebosando espuma
mo un hervidor de leche que no retiran del fuego.
el viento, el viento lanzaba a lo alto babas y blon-
s y cúmulos que se alargaban en guirnaldas irisa-
s (los rayos del sol oblicuo, salvando los tejados, ya
bían tomado posesión de la ciudad y del río), e in-
dían el cielo por encima de los hilos y las antenas.
Sombras oscuras de obreros corrían para las fábri-
s en sus velomotores crepitantes y el jabardillo
rderosazul cernido sobre ellos les seguía como si
da quien arrastrara consigo un racimo de globos
dos al manillar con una larga guita.

No tardaron en darse cuenta los de un tranvía:

–¡Fijarse! ¡Eh, mirad! ¿Qué es lo que hay allá
rriba? –El conductor paró y echó pie a tierra: se
aron todos los pasajeros y fijaron la vista en el

cielo, se detenían las bicis y los velomotores y los c
ches y los quiosqueros y los panaderos y todos
transeúntes mañaneros, y entre éstos Marcoval
que se encaminaba al trabajo, y todos contemplab
boquiabiertos el vuelo de las pompas de jabón.

–¿No será cosa atómica? –preguntó una ancian
el miedo se contagió al gentío, y quien veía venírs
encima una pompa huía gritando:

–¡Es radioactiva!

Más las pompas continuaban con su maripo
irisadas y frágiles y ligeras, que bastaba un sopl
¡piff! se deshacían; con lo que en la gente la alarm
fue por donde había venido. –¡Radioactivas de
¡Si es jabón! ¡Pompas de jabón como las de los ni
–y una frenética alegría se adueñó de todos. –¡M
aquélla! ¡Y ésa! ¡Y la otra! –porque veían volar a
nas enormes, de dimensiones increíbles, que a
zarse se unían, haciéndose dos o tres veces mayo
y el cielo y los tejados y rascacielos a través de s
jantes cúpulas transparentes cobraban formas y
lores nunca vistos.

Por sus chimeneas, las fábricas habían empez
despedir humo negro como cada mañana. Y lo
jambres de pompas se encontraban con las nub
humo y el cielo estaba dividido entre corrient
humo negro y corrientes de espuma irisada, y
gún remolino de viento diríase que luchaban,
un momento, un momento sólo, pareció que l
de las chimeneas lo conquistaban las pompas
luego se armó tal mescolanza –entre el hum

aprisionaba al arco iris de la espuma y las esferas de jabonadura que aprisionaban un velo de granitos de hollín– que no se sacaba nada en claro. Hasta que Marcovaldo, busca que buscarás en el cielo, ya no conseguía ver más pompas, sino sólo humo humo humo.

## 18. *La ciudad entera para él*

La población durante once meses del año que
su ciudad que guay con tocársela: los rascacielos
distribuidores automáticos de cigarrillos, los c
con pantalla panorámica eran motivos indiscuti
de continua atracción. El único habitante a quie
lugar a dudas no cabía atribuir tal sentimiento
Marcovaldo; aunque lo que él pensara –prim
costara saberlo, dada su escasa disposición com
cativa, y –segundo– pintaba tan poco que, sea c
fuere, tampoco importaba.

Así transcurría el año, comenzaba el me
agosto. Y, de pronto, se asistía a un cambio de
mientos general. A la ciudad ya no la quería n
los mismos rascacielos y pasos subterráneos d
tones y aparcamientos, hasta entonces tan que
se hacían antipáticos e irritantes. La población
nía otro deseo que largarse cuanto antes: y así
llenar trenes y embotellar autopistas, para el
mes se habían ido lo que se dice todos. Meno
Marcovaldo era el único habitante que no ab
naba la ciudad.

Salió a pasear por el centro, aquella mañ
desplegaban anchas e interminables las calle
de coches y desiertas; las fachadas de las casa
el seto gris de los cierres metálicos bajados a l



nitas tablillas de las persianas, aparecían cerradas como glacis. Durante todo el año Marcovaldo soñó con usar la vía pública como tal vía pública, vale decir caminando por en medio: por fin se podía hacer, y podía pasar también los semáforos en rojo, y cruzar en diagonal, y detenerse en el centro de las plazas. Mas cayó en la cuenta de que el goce no residía tanto en hacer esas cosas insólitas, cuanto en verlo todo de un modo distinto: las calles como vaguadas, o lechos de ríos sin agua; las casas como bloques de cerros abruptos, o paredes de acantilados.

La verdad es que saltaba de los ojos que algo faltaba: no precisamente la hilera de coches estacionados, o el atasco en los cruces, o el flujo de la multitud a la entrada de los grandes almacenes o el islote de gente parada en espera del tranvía; lo que faltaba para colmar los espacios vacíos y curvar tanta superficie a escuadra, acaso fuera una inundación por rotura de las tuberías del agua, o una invasión de raíces de los árboles del paseo que levantaran el pavimento. La mirada de Marcovaldo escrutaba en torno por si tomara una ciudad diversa, una ciudad de cortezas cascamas y grumos y nervaduras bajo la ciudad de pintura y alquitrán y vidrio y estuco. Y ya la casa de ciudad frente a la cual pasaba a diario se le revelaba en su realidad de cantera de gris arenisca porosa; la valla de una obra era de tablas de un pino todavía fresco, con nudos que parecían yemas; en la muestra del gran comercio de tejidos se veía una formación de polillas durmiendo.

Dijérase que, al momento de abandonarla l
hombres, la ciudad hubiese caído en poder de habi
dores hasta ayer escondidos, que ahora tomaban
delantera: la paseata de Marcovaldo siguió un bu
trecho el itinerario de una hilera de hormigas, lue
la desviaba el vuelo de un escarabajo extraviado, d
pués se entretenía acompañando el sinuoso avan
de una lombriz. No sólo los animales invadían
campo: Marcovaldo descubría que en los quio
de periódicos, en su cara norte se forma un ligero
tracto de moho; que los arbolejos en tiesto de las
rrazas de los restaurantes se esfuerzan en emp
sus ramas fuera del marco de sombra de la ac
¿Pero existía todavía la ciudad? Aquel aglomerado
materias sintéticas que encerraba las jornadas
Marcovaldo se revelaba ahora como un mosaico
piedras dispares, perfectamente distintas a la vi
al tacto, por dureza y calor y consistencia.

Sin acordarse de la función de las aceras y d
pasos cebra, Marcovaldo recorría las calles z
gueando como una mariposa, y de pronto el radi
de un «spider» lanzado a cien por hora se le vino
milímetro de la cadera. A medias por el susto, a
dias por el desplazamiento de aire, Marcovaldo
un brinco y cayó cuan largo era.

El coche, con un largo maullido, frenó dando
una vuelta sobre sí mismo. Descendió un gru
pollos en mangas de camisa. «¡Aquí me van a d
cas –pensó Marcovaldo–, por circular por el arr

Los mozallones venían armados de extraño



trechos. –¡Al fin lo hemos encontrado! ¡Finalmente! –decían, rodeando a Marcovaldo. –Aquí tenemos –dijo uno de ellos llevándose un bastoncito de color de plata a la boca– al único habitante que haya quedado en la ciudad el día de Ferragosto. Permita caballero, ¿quiere decir sus impresiones a los telespectadores? –y le metió el bastoncito plateado debajo de la nariz.

Había estallado una luz cegadora, hacía un calor de horno, y Marcovaldo estaba a punto de desmayarse. Apuntaban contra él reflectores, «telecámaras», micrófonos. Balbuceó no sabía qué: cada tres sílabas que él profería le interrumpía aquel jovenzuelo, torciendo para sí el micrófono. Ah, pues, usted quiere decir... –y se lanzaba a hablar durante diez minutos.

En fin, le hicieron la entrevista.

–¿Y ahora qué, puedo irme?

–Pues sí, claro, se lo agradecemos muchísimo. Es más, si usted no tiene nada mejor que hacer... y se quisiera ganar algún billetejo... ¿le molestaría quedarse aquí a echarnos una mano?

Toda la plaza andaba revuelta: furgonetas, vagones de herramientas, tomavistas con su plataforma, acumuladores, focos y cables, brigadas de tipos con mono que zascandileaban sudorosos sin dar golpe.

–¡Aquí está, ha llegado! ¡Ha llegado! –De un descapotable fuera de serie se apeaba una estrella cinematográfica.

–¡Ánimo, muchachos, podemos empezar la se
cuencia de la fuente!

El director del «teleservicio» *Locuras de Ferragos*
comenzó a dar órdenes para filmar el chapuzón de
famosa actriz en la principal fuente de la ciudad

Al peón Marcovaldo le habían encargado de tras
gar por la plaza un sartenón de reflector con su p
sado pedestal. La gran plaza zumbaba ahora de m
quinarias y crepitar de focos, resonaba de martill
zos contra los improvisados andamios de tubo y
órdenes a voz en cuello... A los ojos de Marcoval
cegado y aturdido, la ciudad de cada día había vue
por sus fueros, desplazando a la otra, entrevista ap
nas un momento, o quizá solamente soñada.

Otoño

## 19. *El jardín de los gatos obstinados*

La ciudad de los gatos y la ciudad de los hombres están una dentro de otra, pero no son la misma ciudad. Pocos gatos recuerdan los tiempos en que no existía tal diferencia: las calles y las plazas de los hombres eran también calles y plazas de los gatos, y el césped, y los patios, y los balcones, y las fuentes: se vivía en un espacio amplio y variado. Pero desde hace bastantes generaciones los felinos domésticos están prisioneros en una ciudad inhabitable: las calles ininterrumpidamente son recorridas por la circulación mortal de los coches escachagatos; en cada metro cuadrado de lo que antaño fue jardín o solar o restos de una olvidada demolición, ahora descuellan condominios, bloques populares, rascacielos flamantes; no hay zaguán que no esté atestado de autos en estacionamiento; los patios uno tras otro los cubren con una solera y se transforman en garajes o en cines o en almacenes u oficinas. Y donde se extendía una altiplanicie ondulante de tejados bajos, cimacios, azoteas, depósitos de agua, balcones, buhardas, cobertizos de chapa, ahora se practica la sobreedificación general de todo cuerpo sobreedificable. Desaparecen los desniveles intermedios entre el ínfimo suelo de la calle y el excelso cielo de los sobreáticos; el gato de las nuevas camadas busca en vano el itinera-

rio de sus padres, el pretexto para el blando salto d
la balaustrada al remate de la canalera, para el dispa
rado trepar por las tejas.

Pero en esta ciudad vertical, en esta ciudad com
primida donde todos los huecos tienden a llenarse
cada bloque de cemento a compenetrarse con otro
bloques de cemento, se abre una especie de contr
ciudad, de ciudad en negativo, que consiste en taj
das vacías entre muro y muro, distancias mínim
prescritas por las ordenanzas municipales entre u
construcción y otra, entre las traseras de dos edi
cios es una ciudad de abatideros, lunas, canales
ventilación, entradas cocheras, barreduelas, paso
los sótanos, como una red de canales enjutos en
planeta de yeso y alquitrán, y cabalmente por esa
a ras de las paredes maestras corre todavía el antig
pueblo de los gatos.

Marcovaldo, a veces, para matar el tiempo, seg
a algún gato. Era en el intervalo del trabajo entre
doce y media y las tres, cuando, a excepción de M
covaldo, todo el personal se iba a casa a comer, y
–que se llevaba la comida en el bolso– utilizaba co
mesa un cajón del almacén, se echaba al cuerpo el
cado, fumaba su media tagarnina y vagaba por lo
rededores, solo y desocupado, en espera de la h
En ese tiempo, un gato que asomara por una ven
era siempre una compañía agradable, y un guía
nuevas exploraciones. Había trabado amistad co
gato de Angora, bien nutrido, lacito azul en tor
cuello, sin duda alojado donde una familia de



ción. El gatazo tenía en común con Marcovaldo la costumbre del paseo nada más comer: de donde naturalmente surgió una amistad.

Siguiendo al amigo angoreño, Marcovaldo se había acostumbrado a mirar los parajes como a través de los redondos ojos de un micho y, aunque se tratase de los acostumbrados alrededores de su empresa, los veía bajo una luz distinta, como escenarios de hazañas gatunas, con conexiones sólo al alcance de garras afelpadas y ligeras. Aunque a primera vista en el barrio hubiera pocos gatos, cada día en sus paseos Marcovaldo conocía alguno más, y bastaba un miau, un bufido, un erizarse el pelo en un lomo arqueado para que intuyera relaciones e intrigas y rivalidades entre ellos. En momentos tales se imaginaba haber entrado en el secreto de la sociedad de los felinos: pero al instante sentíase escrutado por pupilas que se tornaban rendijas, vigilado por las antenas de los bigotes enhiestos, y todos los gatos sentados en torno a él permanecían impenetrables como esfinges, el triángulo rosa de la nariz convergente sobre el triángulo negro de los labios, y lo único que se movía era el vértice de las orejas, con un meneo vibrante como un radar. Llegaban al final de un angosto pasadizo, entre esquálidos muros ciegos; y mirándose en torno a Marcovaldo comprobaba que todos los gatos que le guiaron hasta allí habían desaparecido, todos a la vez, no sabía por dónde, incluso su amigo el de Angora, dejándole solo. El reino de los gatos tenía

territorios, ceremonias, usanzas que no se le permi
descubrir.

En contrapartida, desde la ciudad de los gatos
abrían insospechadas portillas a la ciudad de
hombres: y un día fue precisamente el de Ang
quien le guió al descubrimiento del gran Restaura
Biarritz.

Quien quisiera ver el Restaurante Biarritz no te
más que adecuarse a la estatura de un gato, vale d
andar a gatas. Gato y hombre caminaban de
guisa alrededor de una especie de cúpula, al pie d
cual se abrían unos bajos ventanucos rectangula
Siguiendo el ejemplo del morrongo, Marcova
miró por allí. Eran claraboyas con el cristal lev
tado para dar aire y luz al lujoso salón. A los aco
de violines ziganes, volitaban perdices y doradas
dornices sobre fuentes de plata mantenidas en e
librio por los dedos blanquienguantados de cam
ros de frac. O, para mayor exactitud, sobre
perdices y los faisanes volitaban las fuentes, y s
las fuentes los guantes blancos, y manteniéndos
vilo sobre los zapatos de charol de los camarer
reluciente parquet, del cual pendían palmeras en
con su maceta y manteles y cristalería y cubos c
campanas con una botella de champaña por bac
todo patas por alto porque Marcovaldo de mie
que le vieran no quería meter la cabeza por el
tano y se limitaba a mirar la sala reflejada al rev
el vidrio inclinado.

Mas no eran los ventanos de la sala sino los



cocina los que más importaban al gato: mirando para
la sala se veía a los lejos, y como transfigurado, lo
que en las cocinas resultaba ser –bien concreto y al
alcance de la garra– un pájaro desplumando o un
pescado fresco. Y precisamente hacia las cocinas el
michino quería guiar a Marcovaldo, sea por un gesto
de amistad desinteresada o porque esperaba, más
bien, la ayuda del hombre para una de sus incursio-
nes. En cambio, Marcovaldo no se decidía a despe-
garse de su mirador sobre el salón: al principio como
fascinado por la gala de aquel ambiente, y después
porque vio algo que le atraía como imán. A tal ex-
tremo que, sobreponiéndose al miedo de ser visto,
repetidamente se asomaba cabeza abajo.

En el centro de la sala, precisamente al pie de aquel
ventano, había un pequeño vivero de cristal, una es-
pecie de acuario, en el que nadaban hermosas tru-
chas. Se acercó un cliente de calidad, con un cráneo
calado y reluciente, vestido de negro y con la barba
negra. Le seguía un viejo camarero de frac que traía
en la mano una red como para cazar mariposas. El
señor de negro miró las truchas con aire grave y
lento; luego alzó una mano y con lento gesto so-
lemne indicó una. El camarero sumergió la redecilla
en el vivero, acosó a la trucha designada, la capturó,
se dirigió a las cocinas, llevando en ristre como una
lanza la red en que se debatía la trucha. El señor de
negro, grave como un magistrado que ha dictado una
sentencia capital, regresó a su asiento, en espera del
ingreso de la trucha, frita «a la molinera».

«Si doy con la manera de lanzar el sedal desde
y conseguir que pique una de esas truchas –p
Marcovaldo–, no me podrán acusar de hur
cuando más por pesca no autorizada.» Y, sin
maldito el caso de los maídos que le llamaban p
lado de la cocina, salió en busca de sus aparej
pesca.

Nadie en el salón del Biarritz, lleno a rebosa
el sutil y largo hilo, armado de anzuelo y ceb
bajaba y bajaba hasta sumergirse en el vivero. El
lo vieron los peces, y se precipitaron sobre é
aquel entrevero una trucha consiguió morder
sano: al instante empezó a subir y subir, sali
agua, agitándose plateada, voló a lo alto, por en
de las mesas bien servidas y los carritos de ent
ses, sobre la llama azul de los infiernillos pa
«crêpes Suzette», y desapareció en el cielo a tra
la claraboya.

Marcovaldo dio el tirón a la caña con pront
energía de pescador provecto, al punto que le v
pez a la espalda. Mas apenas la trucha llegó al
ya se abalanzaba el gato. La poca vida que le qu
la perdió entre los dientes del de Angora. M
valdo, que en aquel momento dejaba el seda
acudir al pescado, vio que se lo escamoteaban
propias narices, con anzuelo y todo. Al instan
pie a la caña, pero el estirón era tan fuerte
hombre sólo la caña le quedó, mientras el an
escapaba con el pez, y el hilo a rastras. ¡Traid
rrongo! Se había eclipsado.



Pero esta vez no se libraba: quedaba todo aquel
ilo que lo seguía e indicaba el camino tomado. Aun-
ue había perdido de vista al gato, a Marcovaldo bas-
ba con seguir el extremo del hilo: que corría por
na pared, saltaba una barandilla, serpeaba por un
ortón, era engullido por un sótano... Marcovaldo,
etiéndose por sitios cada vez más gatescos, encara-
ándose por cobertizos, salvando barandados, con-
guía cada vez dar vista –ni que fuera un segundo
ntes de que desapareciese– al móvil vestigio del ca-
ino tomado por el ladrón.

Ahora el hilo discurre por la acera de una calle, en
lena circulación, y Marcovaldo corriendo en pos
tá para alcanzarlo. Se lanza de cabeza; vaya, ¡lo
scó! Consiguió hacerse con el cabo del sedal antes
que se escabullese entre los barrotes de una verja.

Del otro lado de la verja medio herrumbrosa y dos
chos de muro cubiertos de plantas treparadoras
abía un pequeño jardín inculto, al fondo del cual
arecía un hotelito de aspecto abandonado. Una al-
mbra de hojas secas cubría la avenida, y hojas secas
cían por doquiera bajo las ramas de dos plátanos,
rmando verdaderas montañitas en los arriates.
na capa de hojas flotaba en el agua verde de un es-
nque. Alrededor se levantaban edificios enormes,
acielos con miles de ventanas, como otros tantos
os clavados con aire reprobador, en aquel cuadra-
llo de dos árboles, pocas tejas y tantas hojas amari-
s, sobrevivido en mitad de un barrio de gran
nsito.

Y en ese jardín, encaramados en capiteles y ba
tradas, tumbados en las hojas secas de los arr
trepando por el tronco de los árboles o a las ca
ras, tiesos sobre sus cuatro patas y con la cola
un punto interrogante, relamiéndose sentados,
gatos atigrados, gatos negros, gatos blancos,
veteados, sirios, angoras, persas, gatos de piso
tos vagabundos, gatos perfumados y gatos tiñ
Marcovaldo comprendió que al fin se hallaba
corazón del reino de los gatos, en su isla secre
de emoción, casi no se acordaba de su trucha.

Había quedado, el pez, colgando de la rama
árbol fuera del alcance de los saltos de los gato
bió de caerse de la boca de su raptor a causa de
quier movimiento desmañado, tal vez para d
derlo de los otros, tal vez para exhibirlo com
presa extradordinaria; el hilo se había enred
Marcovaldo, pese a sus continuos estirones, no
seguía destrabarlo. Una lucha furiosa se hab
mado entre los gatos para alcanzar aquel pez
canzable, o sea por el derecho a intentar alcan
Cada cual quería impedir a los demás el salto: s
zaban uno contra otro, se acometían en pleno
rodaban abrazados, con chiflidos, lamentos,
dos, atroces maúllos, y a la postre una batalla g
se desencadenó en un torbellino de hojas secas
tantes.

Marcovaldo, tras muchos estirones inútile
taba ahora que el sedal se había soltado, p
guardó muy mucho de halarlo: la trucha h



nído en medio de aquel zafarrancho de felinos en-
urecidos.

Precisamente en aquel momento, de lo alto del
muro del jardín empezó a caer una extraña lluvia:
spas, cabezas de pescados, colas y también ca-
hos de pulmón y cordilla. Al instante los gatos se
istrajeron de la trucha colgada y se lanzaron so-
re los nuevos bocados. Para Marcovaldo era la
casión de tirar del hilo y recobrar su pescado.
ero, antes de que tuviera la presteza de moverse,
e una persiana de un hotelito salieron dos manos
marillas y sarmentosas: una empuñaba una tijera,
otra una sartén. La mano de la tijera se alza so-
re la trucha, la mano con la sartén se coloca de-
ajo. La tijera corta el hilo, la trucha cae en la sar-
n, manos tijera sartén se retiran, la persiana se
erra: todo en menos de un segundo. Marcovaldo
o sale de su asombro.

–¿También usted es amigo de los gatos? –Una
oz a sus espaldas le hizo volverse. Estaba rodeado
e mujerucas, muy viejas unas, tocadas con som-
reros pasados de moda, otras más jóvenes, con
ire de solteronas, y todas traían en la mano o en
bolsa paquetes con restos de carne o de pescado,
alguna incluso una escudilla de leche–. ¿Me
yuda a echar este paquete al otro lado de la verja,
ara esos pobres animalitos?

Todas las amigas de los gatos coincidían a aque-
a hora frente al jardín de las hojas secas para lle-
ar comida a sus protegidos.

–¡Pero, díganme, ¿por qué están todos aquí, gatos? –se informó Marcovaldo.

–¿Y dónde quiere que vayan? ¡Sólo este jardí lo que ha quedado! Vienen aquí los gatos, inc de otros barrios, de quilómetros a la redonda

–Y lo mismo los pájaros –intervino otra–; en pocos árboles han tenido que refugiarse a cient

–Y las ranas, metidas todas en ese estanque, y de noche no paran de croar... Las oyen hasta el timo piso de las casas alrededor...

–Pero, ¿de quién es, ese hotelito? –preguntó covaldo. Ahora, además de las mujerucas había la verja otra gente: el del poste de gasolina d cerca, los aprendices de un taller, el cartero, e dulero, algún transeúnte. Y todos a una, las mu como los hombres, no se hicieron repetir la gunta: cada cual metía cucharada, como sie que se trata de algún tema misterioso y contr tible.

–Es de una marquesa, que vive ahí, pero no ve nunca...

–Le han ofrecido no sé cuántos millones, l mobiliarias, y se niega a vender...

–¿Y qué queréis que haga, de tanto millón anciana sola en el mundo? Prefiere conserv casa, anque se le caiga a pedazos, antes que m en líos de mudanzas...

–Es el único terreno sin edificar que queda centro... Aumenta de valor cada año... Buenas tas le han hecho...



–¿Ofertas sólo? También requerimientos, amenazas, persecuciones... ¡Menudos son los contratistas!

–Y ella, firme que firme, año tras año...

–Es una santa... Sin ella, ¿dónde irían los pobres animalitos?

–¡A saber lo que le importan los animalitos, a la tía avarienta! ¿Le habéis visto jamás darles algo de comer?

–Pero ¿qué va a dar a los gatos si no tiene ni para ella? ¡Es la última descendiente de una familia tronada!

–¡Es que los odia, a los gatos! ¡La he visto encorrerlos a sombrillazos!

–¡Otra! ¡Porque le pisotean las flores de los parterres!

–Pero ¿de qué flores habla? ¡Este jardín toda la vida lo he visto lleno de maleza!

Marcovaldo comprendió que en punto a la anciana marquesa las opiniones no podían ser más dispares: unos la veían como una criatura angelical, otros como una avara y una egoísta.

–Y no digamos con los pájaros: ¡en jamás de los jamases ni una miga de pan!

–Les ofrece hospitalidad: ¿os parece poco?

–Igual que a los mosquitos, dirá usted. Vienen todos de ahí, del estanque. En verano los mosquitos se los comen vivos, ¡y todo por culpa de esa marquesa!

–¿Y las ratas? Es una mina de ratas, esta villa. Debajo de las hojas secas tienen la madriguera, y de noche salen...

–Por las ratas no hay cuidado, ya se encarga
gatos...

–¡Oh, vuestros famosos gatos! Si hubiéram
confiar en ellos...

–¿Por qué? ¿Qué tienen que decir de los g

Aquí la discusión degeneró en una trifulc
neral.

–Deberían intervenir las autoridades: ¡requis
villa! –gritaba uno.

–¿Con qué derecho? –protestaba otro.

–En un barrio moderno como el nuestro, s
jante chiribitil... Tendría que estar prohibido

–Pero si yo escogí mi piso precisamente po
da a esta pizca de verde...

–¡A saber qué verde! ¡Piense en el estupend
cacielos que se podría levantar!

También Marcovaldo hubiera querido
baza, pero no le daban ocasión. Al fin, de un
exclamó: –¡La marquesa, me ha robado una tr

La inesperada noticia prestó nuevos argume
a los enemigos de la anciana, pero sus defen
la acogieron como una prueba de la indigenc
que se hallaba la desventurada aristócrata.
unos y otros estuvieron de acuerdo en que M
valdo debía llegarse a la casa y poner la co
claro.

No había modo de saber si la verja estab
rrada con llave o simplemente entornada:
quiera que sea, se abría a empujón limpio, co
chirrido quejumbroso. Marcovaldo se abrió



entre las hojas y los gatos, subió por los peldaños al porche, llamó enérgicamente a la puerta.

En una ventana (la misma por la que asomara la sartén) se entreabrió un postigo de la persiana, y en aquel ángulo se vislumbró un ojo redondo y azulenco, un mechón con el color indefinible del cabello teñido, y una mano sarmentosa. Una voz que inquiría: –¿Quién es? ¿Quién llama? –llegó juntamente con una nube de olor a aceite frito.

–Yo, señora, marquesa, soy el de la trucha –explicó Marcovaldo–, no quisiera molestar, es sólo para decirle que la trucha, por si usted no lo sabe, el gato me la había robado pues soy yo el que la pescó, tanto es así que el sedal...

–¡Los gatos, siempre los gatos! –cortó la marquesa, escondida tras la persiana, con una voz aguda y un tanto nasal–. ¡Todas mis desgracias vienen de los gatos! ¡No hay quien se lo llegue a figurar! ¡Prisionera noche y día de semejantes fieras! ¡Y con la cantidad de basura que la gente lanza por la tapia, para hacerme rabiar!

–Pero esa trucha mía...

–¡Su trucha! ¡Y a mí qué me cuenta de su trucha! –y la voz de la marquesa se convertía casi en grito, como si quisiera cubrir la crepitación de aceite en la sartén que emanaba de la ventana a la vez que el olorcillo a pescado frito–. ¿Cómo quiere que me entienda con todo lo que me llueve en casa?

–Ya, pero la trucha, ¿la tiene o no?

–¡Con la de perjuicios que tengo por culpa de los

gatos! ¡Ah, no faltaría más! ¡Yo no [illegible]espondo [illegible]
nada! ¡Si tuviera que decir yo, lo que [illegible]evo perdi[illegible]
¡Con esos gatos que me ocupan desde [illegible]nce año c[illegible]
y jardín! ¡Mi vida a merced de esas fi[illegible]as! ¡Y vet[illegible]
buscar a sus propietarios, a que te res[illegible]n de los [illegible]
ños! ¿Daños? Una vida destruida: ¡a[illegible] prisione[illegible]
sin poder dar ni un paso!

–Pero, perdone, ¿quién le obliga a [illegible]edarse?

Por el portillo de la persiana aparec[illegible]ra un ojo [illegible]
dondo y turquí, ora una boca con do[illegible]ntes salie[illegible]
tes, por un momento se vio la cara en[illegible] y a Marc[illegible]
valdo le pareció confusamente un h[illegible]co de gat[illegible]

–¡Ellos, me tienen prisionera, ellos, [illegible] gatos! ¡C[illegible]
vaya si me marcharía! ¡Lo que daba y[illegible]or un pis[illegible]
sólo para mí, en una casa moderna, l[illegible]ia! Pero [illegible]
puedo salir... ¡Me siguen, se me cruza[illegible]n el camin[illegible]
me hacen tropezar! –La voz quedó en[illegible]surro, con[illegible]
si confiara un secreto–. Tienen mied[illegible]e que ven[illegible]
el terreno... No me dejan... no lo per[illegible]n... Cuan[illegible]
vienen los contratistas a proponer el [illegible]ocio tend[illegible]
que verlos, ¡malditos gatos! ¡Se mete[illegible] por medi[illegible]
enseñan las uñas, incluso hicieron sa[illegible]or pies a [illegible]
notario! Una vez tenía el contrato a p[illegible]o, me disp[illegible]
nía a firmar, y me cayeron desde la ve[illegible]na, volcaro[illegible]
el tintero, hicieron trizas los papele[illegible]

Marcovaldo se acordó en aquel [illegible]nento de [illegible]
hora, del almacén, del jefe de secci[illegible] Se alejó [illegible]
puntillas por las hojas secas, mientr[illegible] voz segu[illegible]
saliendo por entre las tablillas de la p[illegible]na envuelt[illegible]
en aquella nube como de aceite frito[illegible] de paso m[illegible]



arañaron... Aún me dura la señal... Aquí, abandonada a merced de semejantes diablos...

Llegó el invierno. Una floración de copos blancos adornaba las ramas y los capiteles y las colas de los gatos. Bajo la nieve las hojas secas se deshacían en légamo. Gatos se veían pocos, por aquellos parajes, y a las amigas de los gatos todavía menos; los paquetitos de espinas eran sólo para el gato que pasara a domicilio. Nadie, de algún tiempo a esta parte, había vuelto a ver a la marquesa. Por la chimenea del hotelito ya no salía humo.

Un día de nevada, al jardín habían vuelto muchos gatos como si fuera primavera, y mayaban como en noche de luna. Los vecinos comprendieron que algo había sucedido: se llegaron a la puerta de la marquesa. No contestó: estaba muerta.

En primavera el jardín estaba convertido en teatro de operaciones de una empresa de construcción. Las excavadoras habían profundizado mucho para dar lugar a la cimentación, el hormigón se vertía en los armazones de hierro, una altísima grúa alcanzaba barrotes a los operarios que levantaban el andamiaje. Pero ¿cómo diablos trabajar? Los gatos se paseaban por todos los andamios, hacían caer ladrillos y capachos de mezcla, andaban a la greña entre los montones de arena. En cuanto se intentaba levantar un caballete ya había un gato encaramado en lo más alto y con bufidos furiosos. Morrongos más socarrones trepaban a los hombros de los albañiles y dispuestos al ronroneo no había modo de echarlos. Y los pájaros

continuaban anidando por todos lados, la caseta
la grúa estaba convertida en pajarera... Y no se po
sacar un balde de agua que no apareciera lleno de
nas que croaban y saltaban...

Invierno

## 20. *Los hijos de Papá Noel*

No hay época del año más agradable y buena, para el mundo de la industria y del comercio, que la Navidad y las semanas precedentes. Sube desde las calles el trémulo son de las zampoñas; y las sociedades anónimas hasta ayer fríamente aplicadas a calcular facturación y dividendos, abren su corazón a los afectos y la sonrisa. La única preocupación de los Consejos de administración a esas alturas estriba en procurar alegrías al prójimo, enviando regalos con sus correspondientes votos de felicidad, así a proveedores como a particulares; cada empresa siente la necesidad de hacer gran acopio de productos de otra empresa para sus regalos a las demás empresas; cuyas empresas a su vez compran a una empresa otros stocks de regalos para las demás; las ventanas de las sociedades quedan encendidas hasta las tantas, en particular las del almacén, donde el personal prosigue en horas extraordinarias embalando paquetes y cajas; al otro lado de los cristales empañados, por las aceras cubiertas de una capa de hielo, avanzan los gaiteros, venidos de oscuras montañas misteriosas, se detienen en las encrucijadas del centro, un poco deslumbrados por la profusión de luces, por los escaparates demasiado adornados, y con la cabeza gacha soplan en sus instrumentos; a este son, entre los

hombres de negocios las molestas disputas de intere
ses se aplacan y ceden el lugar a una nueva porfía: ve
quién presenta del modo más bonito el regalo má
vistoso y original.

En la firma Sbav aquel año la sección de Relacio
nes Públicas propuso que, a las personas de mayo
cuenta, los aguinaldos los repartiera a domicilio u
hombre vestido de Papá Noel.

La idea mereció la aprobación unánime de los di
rectivos. Compraron al efecto un equipo complet
de Papá Noel: barba blanca, gorro y capote rojos co
orla de piel, botas enterizas. Empezaron a probar
qué ordenanza le caían mejor, pero uno era dem
siado bajo y la barba le llegaba al suelo, otro era d
masiado robusto y no cabía en el capote, el de m
allá era demasiado joven, otro en cambio demasia
viejo y no valía la pena disfrazarlo.

Mientras el Jefe de Personal mandaba llamar
otros posibles Papás Noel de las distintas seccion
reunidos los dirigentes trataban de desarrollar
idea: la oficina de Relaciones Humanas quería q
también el aguinaldo de los empleados lo entrega
un Papá Noel en una ceremonia colectiva; la secci
Comercial pretendía que, asimismo, se diera éste u
vuelta por las tiendas; la sección de Publicidad
preocupaba de que hiciera resaltar el nombre d
empresa, acaso llevando una guita con cuatro glob
marcados con las letras S, B, A, V.

Todos habían sido ganados por el clima diligen
y cordial que se expandía por la ciudad alegre y p



ductiva; nada hay más hermoso que sentirse inmerso en el flujo de los bienes materiales y del bien que al propio tiempo cada cual desea a los demás; y éste, éste sobre todo –como nos recuerda el son, firulí, firulí, de las zampoñas–, es lo que importa.

En el almacén, dicho bien –material y espiritual– pasaba por las manos de Marcovaldo bajo forma de mercancías que cargar y descargar. Y no sólo cargando y descargando se sentía partícipe de la fiesta general, sino también al pensar que en el fondo de aquel laberinto de centenares y miles de paquetes le esperaba un paquete suyo, preparado para él por la oficina de Relaciones Humanas; y más todavía al echar cuentas de lo que le correspondería entre «gratificación de Navidad» y «horas extraordinarias». Con esos cuartos podría recorrer también él las tiendas, a comprar comprar comprar para regalar regalar regalar, según dictaban sus más sinceros sentimientos y los intereses generales de la industria y del comercio.

El jefe de la sección de Personal entró en el almacén con una barba de imitación en la mano: –¡Eh, tú! –dijo a Marcovaldo–. Prueba a ver cómo te sienta esta barba. ¡Estupendo! El Noel eres tú. Ven para arriba, date prisa. Tendrás un premio especial si efectúas cincuenta entregas a domicilio diarias.

Marcovaldo disfrazado de Papá Noel recorría la ciudad, a lomos del mototriciclo cargado de paquetes envueltos con papel de colores, atados con bonitas cintas y adornados con ramitas de muérdago y de

acebo. La barba de algodón blanco le producía cierto
picorcillo pero servía para protegerle del aire la ga
ganta.

El primer viaje lo hizo a su casa, pues no resistía l
tentación de dar una sorpresa a sus chicos. «De mo
mento –pensaba–, no me reconocerán. ¡Habrá qu
ver las risas, después!»

Los niños estaban jugando en la escalera. Se vo
vieron apenas. –Hola, papá.

Marcovaldo se llevó un chasco. –Pero... ¿Es que n
veis cómo voy vestido?

–¿Y cómo quieres ir vestido? –dijo Pietruccio–. D
Papá Noel, ¿no?

–¿Y me habéis reconocido al momento?

–¡No es tan difícil! ¡Hemos reconocido también
señor Sigismondo, que estaba mejor disfrazado qu
tú!

–¡Y al cuñado de la portera!

–¡Y al padre de los gemelos de ahí enfrente!

–¡Y al tío de Ernestina, la de las trenzas!

–¿Vestidos todos de Papá Noel? –preguntó M
covaldo, y el desencanto en su voz no era sólo po
fallida sorpresa familiar, sino porque sentía afect
en cierto modo el prestigio de su empresa.

–Claro, lo mismito que tú, ¡uf! –respondieron
niños–, de Papá Noel, como de costumbre, co
barba postiza –y dándole la espalda volvieron a
juegos.

Lo sucedido era que a las oficinas de Relació
Públicas de muchas empresas se les ocurrió cont



poráneamente la misma idea; y habían reclutado a una enorme porción de gente, por lo común parados, jubilados, vendedores ambulantes, para vestirlos con el capote rojo y la barba de algodón. Los niños, después de divertirse las primeras veces al reconocer bajo aquel disfraz a conocidos y gente del barrio, al rato ya se habían acostumbrado y no les hacían el menor caso.

Diríase que el juego a que ahora se dedicaban les apasionara sobremanera. Se habían reunido en un descansillo, sentados en corro –¿Se puede saber lo que estáis tramando? –preguntó Marcovaldo.

–Déjanos en paz, papá, tenemos que preparar los regalos.

–¿Regalos para quién?

–Para un niño pobre. Tenemos que buscar un niño pobre y hacerle regalos.

–¿Pero quién os lo ha dicho?

–Viene en el libro de lectura.

Marcovaldo estaba a punto de decir: «¡Vosotros sois los niños pobres!», pero durante aquella semana a tal punto se había persuadido de hallarse en tierra de Jauja, donde todos compraban y se daban buena vida y se hacían regalos mutuamente, que no le parecía de buena crianza hablar de pobreza, y prefirió declarar: –¡Niños pobres ya no quedan!

Se levantó Michelino y preguntó: «¿Y por eso, papá, no nos traes regalos?»

A Marcovaldo se le encogía el corazón. –Ahora

me he de ganar los extraordinarios –enjaretó– luego os los traeré.

–¿Los ganas, cómo? –preguntó Filippetto.

–Llevando regalos –responde Marcovaldo.

–¿Para nosotros?

–No, para otros.

–¿Por qué no a nosotros? Acabarías antes...

Marcovaldo intentó explicarse: –Porque yo no el Papá Noel de las Relaciones Humanas: yo soy Papá Noel de las Relaciones Públicas. ¿Habéis comprendido?

–No.

–Mala suerte. –Mas como quería de algún modo hacerse perdonar el venir sin nada, se le ocurrió llevar consigo a Michelino, y llevárselo en su viaje de reparto–. Si te portas bien puedes venir a ver cómo padre lleva los regalos a la gente –dijo, subiendo al asiento del mototriciclo.

–Vamos, a lo mejor encuentro un niño pobre –dijo Michelino y saltó a su vez, agarrándose a los hombros de su padre.

Por las calles de la ciudad Marcovaldo no dejaba de encontrar otros Papás Noel rojos y blancos como mismito que él, que conducían furgonetas o triciclos o que abrían las puertas de los comercios a los clientes cargados de paquetes o les ayudaban a llevar las compras al automóvil. Y todos esos Papás Noel tenían un aire concentrado y azacanado, como si fueran los encargados del funcionamiento de la enorme maquinaria de las fiestas.



Y Marcovaldo, al par de ellos, corría de una a otra de las direcciones apuntadas en su lista, se apeaba, pasaba en revista los paquetes del triciclo, tomaba uno, lo presentaba a quien abría la puerta silabeando la frase: «La Sbav les desea felices Pascuas y próspero Año Nuevo», y recogía la propina.

Esta propina podía ser incluso generosa y Marcovaldo considerarse verdaderamente afortunado, pero algo echaba en falta. Cada vez, antes de llamar a una puerta, seguido por Michelino, saboreaba de antemano la sorpresa de quien, al abrir, se encontrara con Papá Noel en persona; se prometía agasajos, curiosidad, gratitud. Y cada vez era recibido, ni más ni menos, como el repartidor que trae el periódico todas las mañanas.

Llamó a la puerta de una casa lujosa. Le abrió una ama de llaves. –¡Huy, otro paquete!, ¿quién lo manda?

–La Sbav les desea...

–Bah, venga conmigo –y precedió a Papá Noel por un pasillo todo tapices, alfombras y jarrones. Michelino, mudo de asombro, seguía los pasos de su padre.

El ama de llaves abrió una puerta vidriera. Entraron en una sala altísima de techo, tanto que en ella campeaba un abeto descomunal. Era un árbol de Navidad iluminado con bolas de cristal de todos colores, y de sus ramas pendían regalos y dulces de toda suerte. Suspendidas del techo se veían pesadas arañas de cristal, y las ramas más altas del abeto se enredaban en los colgajos centelleantes. Sobre una gran

mesa aparecían en buen orden cristalería, vaji
cubiertos de plata, tarros de confituras, botell
abundancia. Los juguetes, diseminados en una
alfombra, eran tantos como en una juguetería
particular mecanismos electrónicos y modelos d
tronaves. Sobre la misma alfombra, en un rincón
pedito, había un niño, tumbado de bruces, de u
nueve años, con aire entre enfadado y aburrido.
jeaba un libro ilustrado, como si todo lo que le
deaba no le importase un bledo.

–Gianfranco, levanta, Gianfranco –dijo el am
llaves–, ¿no ves que ha vuelto Papá Noel con
regalo?

–Trescientos doce –suspiró el niño, sin alzar d
bro los ojos–. Déjelo ahí.

–Es el trescientos duodécimo regalo que
–dijo el ama de llaves–. Gianfranco es muy in
gente, lleva la cuenta, sin perder uno; su gran pa
es contar.

De puntillas Marcovaldo y Michelino abando
ron la casa.

–Papá, ¿ese niño es un niño pobre? –preguntó
chelino.

Marcovaldo estaba ordenando la carga del tri
y no respondió en seguida. Pero acto seguido se a
suró a protestar: –¿Pobre? ¿Qué estás diciendo?
bes quién es su padre? ¡Es el presidente de la Un
de Ventas Navideñas! El comendador...

Se interrumpió, al no ver a Michelino. –¡Michel
Michelino! ¿Dónde estás? –Había desaparecido.



«Igual ha visto pasar a otro Papá Noel, lo ha confundido conmigo y ha seguido en pos de él...»

Marcovaldo continuó con el reparto, pero estaba un poco preocupado y no veía el momento de volver a casa.

En casa, encontró a Michelino en unión de sus hermanos, muy formalitos.

–Oye, tú, ¿dónde te has metido?

–Vine a casa, a buscar los regalos... Sí, los regalos para aquel niño pobre...

–¡Eh! ¿Quién?

–Aquel que estaba tan triste... aquel de la villa con el árbol de Navidad.

–¿A él? ¿Pero qué regalo le podrías hacer, tú a él?

–Oh, los habíamos preparado a modo... tres regalos, envueltos en papel de plata.

Intervinieron los hermanitos. –¡Hemos ido juntos a llevárselos! ¡Si vieras lo contento que se ha puesto!

–¡Calcula! –dijo Marcovaldo–. ¡Tenía necesidad precisamente de vuestros regalos, para estar contento!

–¡Sí, sí de los nuestros... A toda prisa ha arrancado el papel para ver qué eran...

–¿Y qué eran?

–El primero un martillo: aquel martillo grande, redondo, de madera...

–¿Y él?

–¡Saltaba entusiasmado! ¡Ha tirado de él y venga a usarlo!

–¿Cómo?

–¡Ha machacado todos los juguetes! ¡Y toda l
cristalería! Luego ha tomado el segundo regalo...
–¿Qué era?
–Un tiragomas. Si hubieras visto, qué alegría... S
ha cargado todas las bolas del árbol de Navida
Luego ha pasado a las lámparas...
–¡Basta, basta ya no quiero oír más! ¿Y... el terc
regalo?
–No teníamos otra cosa que regalar, así que envo
vimos en papel de plata una caja de mistos de cocin
Ha sido el regalo que más le gustó. Decía: «¡Los fó
foros, que nunca me los dejan tocar!» Se ha puesto
encenderlos, y...
–¿Y?
–...¡ha pegado fuego a todo!
Marcovaldo se llevaba las manos a la cabeza.
–¡Estoy perdido!
Al día siguiente, al presentarse al trabajo, barru
taba la tempestad. Volvió a vestirse de Papá Noel, a
perder momento cargó en el triciclo de reparto
paquetes que quedaban por entregar, y ya se ext
ñaba de que nadie le hubiera dicho nada, cuando v
venir hacia él a tres jefes de sección, el de Relacio
Públicas, el de Publicidad y el de la Oficina C
mercial.
–¡Alto! –le intimaron–, ¡a descargarlo todo, inm
diatamente!
«¡Te caíste!», dijo entre sí Marcovaldo y ya se v
despedido.
–¡Rápido! ¡Hay que sustituir los paquetes! –di



ron los jefes de sección–. ¡La Unión Incremento Ventas Navideñas ha iniciado una campaña para lanzar el Regalo Destructor!

–Así de pronto... –comentó uno de ellos–. Se les podía haber ocurrido antes.

–Se trata de un descubrimiento repentino de su presidente –explicó otro–. Según parece han llegado a su hijo unos artículos-regalo modernísimos, creo que japoneses, y por vez primera le han visto divertirse.

–Lo que de veras importa –añadió el tercero–, es que el Regalo Destructor sirve para destruir artículos de cualquier clase: precisamente lo que conviene para acelerar el ritmo del consumo y devolver la vivacidad al mercado... Todo ello en menos de nada y al alcance de un niño... El presidente de la Unión ve abrirse nuevos horizontes, está como loco de entusiasmo...

–Pero el crío ese –preguntó Marcovaldo con un hilo de voz–, ¿de verdad ha destruido muchas cosas?

–Calcularlo, ni que sea por aproximación, resulta difícil, puesto que la casa se incendió...

Marcovaldo volvió a la calle iluminada como si fuera de noche, llena de mamás y niños y tíos y abuelitos y paquetes y pelotones y caballos de cartón y árboles de Navidad y Papás Noel y pollos y pavos y turrones y botellas y gaiteros y deshollinadores y castañeras que daban vuelta a calderadas de castañas en su redondo hornillo negro ardiente.

Y la ciudad parecía más chica, recogida bajo una

campana luminosa, sepultada en el corazón sombr
de un bosque, entre los troncos centenarios de lo
castaños y un infinito manto de nieve. Por algun
parte de aquella oscuridad se oía el aullido del lobo
los lebratos tenían una madriguera sepultada bajo
nieve, en la cálida tierra roja cubierta por una capa d
erizos de castaña.

Surgió un lebrato, blanco, en la nieve, meneó la
orejas, corrió bajo la luna, mas era blanco y no se
distinguía, como si no estuviera. Únicamente sus pe
titas dejaban una ligera huella en la nieve, como hoj
llas de trébol. Tampoco al lobo se veía, porque er
negro y estaba en la negra oscuridad del bosque. Sól
si abría la boca se veían sus colmillos blancos y pun
tiagudos.

Había una línea en que concluía el bosque entera
mente negro y comenzaba la nieve enterament
blanca. El lebrato corría a este lado y el lobo al d
allá.

El lobo distinguía en la nieve las huellas del le
brato y las iba siguiendo, pero sin salirse de lo negro
para no ser visto. En el punto en que las huellas se d
tenían debía de estar el lebrato, y el lobo salió de l
negro, abrió de par en par la boca roja y tendió lo
agudos dientes, pero mordió al viento.

El lebrato se mantenía allá cerca, invisible; se rasc
una oreja con la pata, y escapó brincando.

¿Anda por ahí?, ¿está allí?, ¿no, un poco más allá

Se veía sólo la extensión de nieve blanca como est
página.



ÍNDICE


Primavera
1. *Setas en la ciudad* . . . . . 16

Verano
2. *De unas vacaciones en banco* . . . . . 21

Otoño
3. *El pichón municipal* . . . . . 32

Invierno
4. *La ciudad perdida en la nieve* . . . . . 36

Primavera
5. *La cura de avispas* . . . . . 43

Verano
6. *Un sábado de sol, arena y sueño* . . . . . 49

Otoño
7. *La fiambrera* . . . . . 55

Invierno
8. *El bosque de la autopista* . . . . . 61

Primavera
9. *El aire sano* . . . . . 66

Verano
10. *Un viaje con las vacas* . . . . . 73

Otoño
11. *El conejo venenoso* . . . . . 80

Invierno
12. *Una equivocación de parada* . . . . . 93

Primavera
13. *Donde es más azul el cielo* . . . . . 103

Verano
14. *Luna y Gnac* . . . . . 108

Otoño
15. *La lluvia y las hojas* . . . . . 116

Invierno
16. *Marcovaldo en el supermercado* . . . . . 126

Primavera
17. *Humo, viento y pompas de jabón* . . . . . 134

Verano
18. *La ciudad entera para él* . . . . . 144

Otoño
19. *El jardín de los gatos obstinados* . . . . . 149

Invierno
20. *Los hijos de Papá Noel* . . . . . 165

## Colección Destinolibro

**LUIS RICARDO ALONSO**
119 El Supremísimo
**FERNANDO ARRABAL**
202 Baal Babilonia
227 Tormentos y delicias de la carne
**GABRIEL G. BADELL**
110 De Las Armas a Montemolín
**SAUL BELLOW**
19 Herzog
79 Las memorias de Mosby y otros relatos
**JUAN BENET**
162 Volverás a Región
**HEINRICH BÖLL**
169 El tren llegó puntual
**LOUIS PAUL BOON**
72 El camino de la capillita
**EMILY BRONTË**
22 Cumbres borrascosas
**LOTHAR-GÜNTHER BUCHHEIM**
36 Picasso
**MIJAÍL BULGÁKOV**
17 La guardia blanca
**ITALO CALVINO**
84 Marcovaldo
**JOSÉ LUIS CANO**
10 García Lorca
188 Antonio Machado
**BERNARDO V. CARANDE**
90 Suroeste
**JOSÉ MARÍA CARRASCAL**
138 Groovy
**J. L. CASTILLO-PUCHE**
123 El vengador
207 Sin camino
238 Ramón J. Sender: el distanciamiento del exilio
**CAMILO JOSÉ CELA**
4 La familia de Pascual Duarte
27 El gallego y su cuadrilla
45 Pabellón de reposo
58 Mrs. Caldwell habla con su hijo
70 Judíos, moros y cristianos
113 Nuevo retablo de Don Cristobita
139 Las compañías convenientes y otros fingimientos y cegueras
**C. W. CERAM**
12 Dioses, tumbas y sabios
29 El misterio de los hititas
**GILBERT CESBRON**
26 ¡Soltad a Barrabás!
116 Verás el cielo abierto
**JOSEPH CONRAD**
158 Freya, la de Las Siete Islas
186 El Hermano de la Costa
**ÁLVARO CUNQUEIRO**
34 Las crónicas del sochantre
143 Un hombre que se parecía a Orestes
164 Merlín y familia
204 Vida y fugas de Fanto Fantini
**MIGUEL DELIBES**
8 Las ratas
31 Mi idolatrado hijo Sisí
44 Diario de un emigrante
56 Diario de un cazador
67 Un año de mi vida
73 La sombra del ciprés es alargada
100 El camino
108 Dos días de caza
144 Cinco horas con Mario
151 La hoja roja
179 Aún es de día
181 El otro fútbol
196 Las guerras de nuestros antepasados
203 El príncipe destronado
214 Parábola del náufrago
231 Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo
242 La primavera de Praga
**FIODOR DOSTOYEVSKI**
37 El jugador
**JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS**
35 Los bravos
173 Libro de las memorias de las cosas
**RAMÓN GARCÍA DOMÍNGUEZ**
237 Miguel Delibes: un hombre, un paisaje, una pasión
**EUSEBIO GARCÍA LUENGO**
220 Extremadura
**F. GARCÍA PAVÓN**
1 Las Hermanas Coloradas
3 El rapto de las Sabinas
6 Nuevas historias de Plinio
24 Cuentos republicanos
81 El reinado de Witiza
93 El último sábado
109 Los liberales
**JOHN GARDNER**
134 Grendel
**LUIS GASULLA**
52 Culminación de Montoya
**M. L. GHAROTE**
221 Guía práctica del yoga
**J. A. GIMÉNEZ-ARNAU**
120 Línea Siegfried
**JOSÉ MARÍA GIRONELLA**
91 Un hombre
**RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA**
97 Museo de Reproducciones
125 El doctor Inverosímil
**JUAN GOYTISOLO**
39 Juegos de manos
63 Duelo en El Paraíso
140 Fiestas
172 El circo
**ALFONSO GROSSO**
178 La zanja